



DEPORTE, DESAPARECIDOS Y DICTADURA

Gustavo Veiga



NUEVA EDICIÓN AMPLIADA

Prólogo: Ariel Scher



Secretaría de
Deportes
LA PROVINCIA

ediciones
al arco

Declarado de interés por la Dirección de Deporte de la Ciudad de Buenos Aires,
la Confederación Argentina de Deportes (CAD) y con la adhesión de la Secretaría de Deportes de la Nación.

Agradecimientos

A Ezequiel Fernández Moores, Pablo Llonto, Carlos Prieto y Claudio Zeiger por sus textos, indispensables para completar este libro al que se sumaron en esta edición aumentada y corregida tres colegas del interior: Gustavo Ferradans, Claudio Cherep y Nicolás Lovaisa.

A Marcos González Cezer y Julio Boccalatte, reincidentes en un proyecto que nos debíamos.

A Claudio Morresi por la primera edición y a Alejandro Rodríguez por la segunda, a Ariel Scher y César Francis por lo que ellos saben. A Néstor Vicente. A los familiares y amigos de los atletas desaparecidos que recrearon cómo fueron sus historias de vida con infinitas anécdotas durante todos estos años.

A Ana Paoletti mención especial por su diseño. A María Marinas por su búsqueda en Internet. Y a los compañeros que aportaron el dato olvidado o una actualización necesaria a pie de página.

Dedicatorias

A los deportistas desaparecidos y en ellos, a los 30.000 que acunaron sueños semejantes.

Al Vasco (in memoriam) y Martín, dos amigos entrañables cruzados por historias parecidas.

A Adriana, mi compañera.

Prólogo

Este es un libro hecho de huellas. Huellas: las de uno, dos, tres, muchos jugadores de rugby, que tuvieron coraje para hacer fuerza a favor de un equipo de quince y también a favor de una sociedad más justa; las de Miguel Sánchez, que pisó y pasó senderos con su tranco de atleta noble; las de Daniel Schapira, que marcó con risas y con raquetazos el mundo que cabe dentro de una cancha de tenis. Huellas: las de las víctimas de la última dictadura militar argentina. Huellas: las de los criminales de ese mismo tiempo. Huellas: las de una época que arrasó derechos y respetos, conciencias y respiraciones, ilusiones y existencias, una época que atacó el sentido de la condición humana. Huellas: huellas pequeñas y huellas majestuosas, huellas repugnantes y huellas del honor, huellas del peor poder y también huellas del deporte.

Gustavo Veiga es un gran periodista y, por lo tanto, es un empecinado observador de huellas. En estas páginas se nota. Durante años, a la par que escribía semana a semana las alegrías y las miserias del espectáculo deportivo, investigó y contó cómo la dictadura, que no dejaba nada fuera de su alcance, también impactaba, por ejemplo, en las canchas. Si Veiga, persistente, inteligente, no hubiera rastreado las huellas del ex futbolista Juan de la Cruz Kairuz en el norte argentino, probablemente hoy no sería un dato público que ese hombre durante el día entrenaba y durante la noche reprimía.

Algo más: como este es un libro hecho de huellas, resulta más que un libro.

Es una demostración de que las huellas resisten: están ahí, esperando que alguien, como hizo Veiga, las perciba, las siga, las continúe, las sienta propias. Y debe ser también porque está hecho de huellas que este libro es un camino: las generaciones que vengan tendrán que recorrerlo para conocer qué cosa es el horror, cuánto importa no olvidarlo y cómo se manifiesta en el deporte, un escenario enorme para todos los procesos políticos y sociales.

Pero, fundamentalmente, todas estas huellas que Veiga buscó con el oficio y encontró con el alma constituyen un homenaje. Los homenajeados son miles y miles. Y están desaparecidos. Están desaparecidos pero están en este libro.

Están desaparecidos pero sobre todo están: en un partido, en una carrera, en una tribuna, en una emoción, en la vida. En donde sea están y van seguir estando, siempre hechos memoria, siempre un albergue de esperanzas. Y siempre vueltos una huella. Una huella que no se borra ni se borrará jamás.

Ariel Scher

Presentación de la segunda edición

Pasaron cuatro años y dos meses desde que salió "Deporte, desaparecidos y dictadura". Decíamos en la primera edición que la compilación de artículos no sería completa, que incurriría en olvidos y depararía alguna polémica. La versión ampliada y corregida que ahora tiene el libro, confirma nuestra presunción de aquel 24 de marzo de 2006.

Esta segunda edición incluye historias que no conocíamos entonces, que habíamos escuchado de manera difusa o que algún colega y militante de la vida comenzaba a investigar en nuestra geografía inabarcable, mucho más allá de esta elefantiásica Buenos Aires, donde todo parece que sucede dentro de sus límites.

Habíamos encontrado veintiséis casos de deportistas desaparecidos; hoy son treinta y cinco. Estamos persuadidos de que el número de atletas federados o que -sin serlo-, practicaban con método y disciplina su actividad, es todavía mayor. Pero descubrimos las historias de Adriana Acosta, la jugadora de hockey sobre césped y de Alicia Alfonsín de Cabandié, basquetbolista y mamá de Juan, nacido en la ESMA. Ellas abonaron una convicción que todavía no presentaba evidencias: había mujeres que además de ser mujeres, mamás, hijas y hermanas, eran también deportistas.

Carlos Alberto Rivada, el puntero derecho de Huracán de Tres Arroyos, ya no juega solo al fútbol en este gran partido por la memoria. Lo acompañan el defensor cordobés Eduardo Requena y el goleador riojano Gustavo "Papilo" Olmedo. Muy cerca de ellos pateaba la pelota Luis Ciancio, un volante derecho de Gimnasia y Esgrima La Plata. Estuvo desaparecido 33 años, pero ahora descansa en el cementerio de Berisso. Gustavo Bruzzone canta jaque mate sobre el tablero de la amnesia colectiva y el Flaco Ricardo Lois se suma a la extensa lista de desaparecidos del rugby para hacerle un tackle a la memoria.

La nómina de nefastos personajes vinculados a la dictadura, militares y civiles, también se amplió. Juan de la Cruz Kairuz, el director técnico que integraba un grupo de tareas en Jujuy, tuvo imitadores.

Por eso repetimos casi con exactitud lo que sosteníamos en la primera edición: aquellos militantes comprometidos con la sociedad de su tiempo, deportistas vocacionales antes que profesionales, fueron las víctimas propicias de un aparato represivo que los secuestró, procuró robarles su identidad y no dejó señales de dónde están sus cuerpos. En su homenaje, los rescatamos desde el deporte, pero sin separarlo de sus luchas y la entrega con que las encararon, por las que debe reivindicárselos. No hay contradicción posible entre una cosa y la otra.

Eso fue posible porque hubo dirigentes como Carlos Lacoste, Antonio Rodríguez y Julio Cassanello condujeron el deporte en aquellos años irrespirables, al amparo de los mismos uniformes. Civiles o militares, fijaron las reglas, se enseñorearon en un poder que pretendió legitimarse con su torneo emblema: el Mundial '78.

La idea nació de sucesivas ideas que nos fueron asaltando, como si semejaran capas geológicas, una detrás de la otra, pero con un solo fin: brindar un aporte a la memoria colectiva sobre lo que pasó en nuestro deporte, y con nuestros deportistas, durante la última dictadura. Había que instalar, no uno, sino varios casos como el de Miguel Sánchez, recuperado del olvido por periodistas como el italiano Valerio Piccioni, Ariel Scher y Víctor Pochat.

Así sobrevino la penosa comprobación de que en el club de rugby La Plata habían desaparecido - como mínimo - diecisiete jugadores, a juzgar por el recuerdo y la evocación de familiares y amigos que, enhorabuena, los homenajearán por primera vez a treinta años del golpe. Diecisiete que se multiplican si contamos cómo los grupos de tareas también se ensañaron con rugbiers de San Luis, Los Tilos y Universitario, todos de La Plata y su zona de influencia, una de las áreas del país más castigada por la represión ilegal.

Con el tiempo, el colega Oscar Pinco descubriría que Daniel Schapira, un tenista federado, de la valiosa generación que intentaba cambiar el mundo en los años '70, había desaparecido el 7 de abril de 1977, en plena calle. Con el tiempo también - lo que señala cuánto resta aún saber de aquellos años - aparecería otro caso, quizá, el del primer futbolista desaparecido en estas tierras: Carlos Alberto Rivada. Un puntero de los de antes que, en Huracán de Tres Arroyos - evocan en ése, su pueblo - era el crédito local. Casi tres décadas antes de que su club ascendiera a la Primera División del fútbol argentino.

Claudio Tamburrini, futbolista como él, pero arquero de Almagro, logró escapar de Mansión Seré, un campo clandestino de detención de la Fuerza Aérea, y de ese modo le contó al mundo cómo se vivía en las oscuras mazmorras de la dictadura. Hoy, residente en Suecia, tal vez no sepa que Rivada y otros deportistas desaparecidos, son tantos que ya superan los veinte. Todos militaban, habían decidido luchar, incluso a riesgo de perder sus vidas. Así como ellos fueron las víctimas propicias de un aparato represivo que los secuestró, procuró robarles su identidad y no dejó vestigios de sus cuerpos, hubo quienes condujeron el deporte en aquellos años irrespirables, al amparo de los mismos uniformes. Civiles o militares, fijaron las reglas, se enseñorearon en un poder que pretendió legitimarse con su torneo emblema: el Mundial '78.

Lacoste, Rodríguez, Suárez Mason, son apenas algunos de los personajes más notorios que tomaron al deporte como su patio trasero, e inclusive, proyectaron sus influencias hasta bien entrada la democracia, en rigor, hasta nuestros días. Ezequiel Fernández Moores, un referente insoslayable del periodismo deportivo, acierta en este aspecto con un texto sobre Julio Cassanello que nos brinda las pistas para comprender el presente. Y es que, para sacar ciertas conclusiones, sin otras pretensiones que describir lo que pasó, para abordar al deporte como espejo de la sociedad que lo contiene, se seleccionaron las notas que siguen. Seguramente, la compilación de estos artículos no será completa, incurrirá en olvidos y habrá de deparar polémicas. Pero el sólo propósito de intentarlo, de ordenar tantas notas publicadas como historias que cruzan el deporte, los atletas desaparecidos y la dictadura, valía la pena. Como valió la pena el compromiso de esos jóvenes con sus ideales y que, por vocación, también jugaban al fútbol, al rugby, al tenis o corrían un maratón hasta quedar exhaustos.

Gustavo Veiga

La Plata, un club diezmado

El necesario ejercicio de robustecer la memoria debe hacerse desde cualquier ámbito. En la educación, en la actividad política, en los organismos de derechos humanos y hasta en el deporte. Reconstruir una historia que tiene piezas dispersas, es parte de esa apasionante tarea. Una historia que, en este caso, contiene más de una pregunta inquietante: ¿Por qué la dictadura hizo desaparecer o asesinó a una generación de jugadores del club de rugby La Plata? ¿Qué unía a esos jóvenes, además del amor por una camiseta? ¿Por qué los hechos no han sido difundidos lo suficiente?

Cinco seres sacudidos por un mismo dolor - tres hijos, un hermano y un compañero de equipo - aceptaron unir los fragmentos de esta saga trágica y matizada de olvidos. Quebrados por el llanto e indignados por lo que pasó, ellos reivindican hoy los ideales de un mundo mejor que enarbolaban sus familiares y amigos.

Verónica Sánchez Viamonte es la hija de Santiago, el “Chueco”, acaso el mejor jugador de todas las épocas que pasó por la institución de Gonnet, fundada hace 70 años. Diego Sánchez Viamonte es uno de los hermanos menores de ese destacado rugbier, desaparecido porque militaba en el PCML, el pequeño Partido Comunista Marxista Leninista de los años '70. Ana y Pablo son los hijos de Pablo Balut, otro integrante de aquel plantel de Primera y también sobrinos de Mariano Montequín, el capitán del equipo, ambos secuestrados por los grupos de tareas. El arquitecto Raúl Barandarian era compañero de todos ellos y amigo íntimo de Otilio Pascua, muerto de varios balazos en uno de los tantos enfrentamientos fraguados por los militares.

Durante tres horas, en una tarde apacible y fértil como pocas en evocaciones, Página/12 entrevistó a quienes apenas conocieron a sus padres – como Verónica, Ana y Pablo – a alguien que, además del rugby, compartió con ellos el compromiso solidario de esa generación –como Barandarian – o las travesuras de la infancia y adolescencia, como Diego Sánchez Viamonte.

-¿Por qué, hasta donde pudimos contar, hubo diecisiete desaparecidos o asesinados por razones políticas en el club La Plata?

Barandarian responde: “No puedo explicarlo racionalmente. Pero siempre me pregunto por qué fue el único club que sufrió esto, en un porcentaje mayor que otros. Cuando nosotros empezamos a jugar en los años sesenta y pico, éramos egresados del Colegio Nacional, que depende de la Universidad de La Plata. Y entre los jugadores desaparecidos creo que no hay estudiantes de escuelas privadas. Nosotros crecimos en la educación pública. Después fuimos a las facultades del estado. Todos militábamos. Y en el club nunca nos preguntaron qué hacíamos nosotros. Nunca nos discriminaron. Acá están las fotos de todos, pero en otros clubes de La Plata no están las imágenes de los desaparecidos”.

¿De qué manera se habían acercado a la militancia política? es una pregunta que a Barandarian, ex jugador, entrenador y dirigente del La Plata Rugby Club, le permite exhibirse en la descripción de su generación:

“Todos los que estudiábamos en la Universidad de La Plata teníamos un alto grado de compromiso con lo que pasaba. Cuando volvió Perón, estábamos cenando y definiendo si íbamos a Ezeiza, la noche previa al 20 de junio de 1973. Y ya jugábamos todos en Primera. Esas discusiones se daban naturalmente, aunque después, los que no éramos peronistas decidimos no ir. Hasta que llegó un punto de inflexión que es la gira del '75. Los que optamos por viajar nos salvamos y los que no, no pudieron. Digo esto porque tuvimos cuarenta días para repensar algunas cosas. Nos alejamos de la militancia y lo digo siempre: me siento con culpa, porque estamos vivos. Hubo una asamblea de jugadores para decidir si íbamos a Europa. Santiago (por Sánchez Viamonte) no viajó

por ella – señala a Verónica – y Otilio (por Pascua) tampoco, porque ya tenía al padre muy enfermo”.

El “Chueco”

Diego Sánchez Viamonte no supera un par de frases antes de emocionarse y ponerse a llorar. Con la voz quebrada por la evocación de su hermano Santiago, comienza a recordarlo: “Iba al frente, tenía audacia. Yo soy cuatro años menor y él cumplía el rol de hermano mayor, aunque en realidad era el segundo. Un poco por mandato de mis padres, que se habían separado cuando nosotros éramos chicos. El mayor sufría una discapacidad física y falleció en un accidente automovilístico. Santiago, Gonzalo, Carloncho y yo, cuatro de los cinco varones, jugamos en el club”.

Diego es veterinario, el cuarto de los seis hermanos Sánchez Viamonte y apenas alcanza a contar que jugó “algún partido en la Superior”. En cambio, Santiago, el “Chueco”, integró durante casi tres años el plantel de Primera División. “Cuando aparece un pibe con perfil de crack, se dice que juega tan bien como el Chueco. El parámetro es él. Dejó una huella. Era medio scrum, apertura, insider, jugaba de cualquier cosa. Porque con tres años en el club podría haber pasado sin pena ni gloria, pero no... A mí me da un poco de vergüenza decirlo porque es mi hermano. Acá lo reivindicamos igual los que no compartían sus ideas”.

-¿Qué recuerdo tiene de su militancia política?

D. Sánchez Viamonte: “En aquella época, la militancia era clandestina. Yo no militaba, pero alguna vez le di una mano, como “levantar” una casa, por ejemplo. Fui y le saqué los muebles. O cada tanto, venía un compañero de él y me decía: fulano de tal pasará a buscar un televisor. Santiago me reclamaba: ‘vos sabés que pasa esto, ¿cómo no militás?’. Yo sólo participaba solidariamente, le hacía gauchadas...”

-¿Siempre participó en el PCML?

D. Sánchez Viamonte: “Creo que sí, Aunque vos, Raúl, ¿por ahí lo sabés mejor que yo?”.

Barandarian: “Jamás militó en el peronismo, de eso estoy seguro”, sonríe su ex compañero en el Seven campeón de 1974, disputado en el club DAOM.

Otilio

Barandarian jugó al rugby en La Plata hasta 1978 y tiene un hermano, Mario, que integra el actual cuerpo técnico de Los Pumas. Su amigo, Otilio Pascua, un empleado de la Municipalidad de La Plata y estudiante de arquitectura, ya conocía lo que era la represión ilegal antes del golpe del 24 de marzo de 1976. “El 23 de diciembre de 1975, el ejército le revienta la casa y, él se salvó, porque en ese momento estaba festejando con el Chueco y conmigo la navidad”.

-¿Qué más puede contar sobre Pascua?

“Fue mi íntimo amigo, éramos como hermanos. En la facultad nos decían Bochini y Bertoni. Otilio había jugado antes al rugby en Universitario de La Plata, un club vecino, pero muy poquito. El está sepultado en el panteón de los periodistas, porque su papá era un periodista de la agencia Télam”.

Pablo Balut: “Si, me acabo de acordar una cosa. A Otilio lo asesinaron. Su cuerpo apareció...”

En efecto, a Pascua lo encontraron en una bajante del Río Luján, con las manos atadas a la espalda y una pesa en los pies. Su familia se enteró después que el cadáver había permanecido como un mes en el agua, junto al cuerpo de una mujer.

Hernán

“A mí, un tipo conocido del rugby, pero de otro club, me agarró un día en 8 y 48 de La Plata y me dijo: de los veinticuatro tiros, uno fue para él y los otros veintitrés para ustedes”.

El arquitecto Barandarian, tan locuaz como memorioso, se refiere a Hernán Roca, el primer asesinado del club, en abril de 1975. “Lo de Hernán fue como un bombazo, porque era un jugador vigente, de la Primera, que un día estaba y al otro día lo mataron”, completa Diego Sánchez Viamonte.

“Nosotros esa semana llegamos de Europa y el club nos dio la libertad de tomar una decisión, porque a la semana siguiente comenzábamos el campeonato contra Champagnat, que nos ofreció postergar el partido. Pero decidimos jugarlo en honor a Hernán y el minuto de silencio duró diez. Cuando empezamos, estábamos como unos indios y ganamos con trece jugadores porque el hooker se lesionó rápidamente y después se quebró la tibia y el peroné otro compañero. En esa época jugábamos en Primera...” describe el más veterano del grupo.

Pablo Balut recuerda cómo pesó aquella muerte en el espíritu de su padre: “Yo sé que mi papá comenzó a militar por lo que le pasó a Hernán Roca. Fue como un click que le hizo en la cabeza”.

Mariano y Pablo

“A mi tío Mariano lo secuestraron en la Capital Federal y a mi papá en Mar del Plata...” cuenta Pablo, quien milita en H.I.J.O.S de La Plata, como lo hizo en otra etapa su hermana Ana. Ciertos detalles de la desaparición de su padre, los consiguió recrear a través de testimonios recogidos en su familia.

“Se dieron cuenta que había pasado algo raro con mi viejo cuando el 26 de octubre no llamó para mi cumpleaños. Era muy extraño que no me saludara. A él lo habían secuestrado el 24 y ése fue el disparador que los llevó a sospechar. Yo cumplía cuatro y nosotros estábamos en La Plata”, asegura. Ana, su hermana, señala otro hecho que sorprende a los demás: “Un dato interesante es que mi mamá estuvo presa. Y mi vieja no militaba. Yo no sé bien en qué fecha fue, pero me aseguró que no militaba”. Diana Inés Montequín se entregó en el Regimiento 7 de La Plata, fue sometida a una parodia de juicio, sobreseída más tarde y liberada.

“Cuando secuestraron a mi viejo, los militares tenían contactos con la familia. Lo hacían para obtener más información. O para venderle información trucha. Iban al negocio de mi abuelo y le pedían plata o vinos a cambio de ciertos datos. Hasta pusieron a trabajar a una persona en su negocio. Ese era la forma en que manejaban la situación”, agrega Pablo.

Mariano Montequín y Pablo Balut (p) eran cuñados, como también hijos de conocidos comerciantes platenses de indumentaria. Además, no tenían antecedentes de militantes en la familia. El primero fue secuestrado el 6 de diciembre de 1977 en la Capital Federal por un grupo de tareas. Desapareció junto con su pareja, Patricia Villar, y Virginia Casalaz, que continúan en esa condición hasta hoy.

“Una de las preguntas más interesantes que debería hacerse es, cómo este grupo en el que estaban Santiago, Otilio, mi viejo y mi tío, llegó a militar en una organización marxista leninista”, se interroga Pablo, quien en H.I.J.O.S propicia una investigación histórica sobre el PCML.

Operativo en Mar del Plata

Verónica Sánchez Viamonte tiene los ojos de un azul profundo como su hija Emilia, la nieta del “Chueco”. Cuando la marina secuestró a sus padres, Santiago y Cecilia Eguía - la hija de un ex presidente del La Plata Rugby Club-, ella tenía apenas tres años y su hermana menor, dos.

Luego de que Pablo Balut aportara el dato de dónde vivía su padre con el matrimonio Sánchez Viamonte y Otilio Pascua – en la calle Corrientes 2732, de Mar del Plata -, Verónica repite la trágica historia que debe haber explicado decenas de veces: “A mí me contaron que ese día estaban todos juntos almorzando, menos Otilio, que había salido a comprar papas. Fue cuando apareció un grupo de civil que le preguntó a la portera del edificio si los conocía. Como la encargada tenía buena relación con mis viejos y los demás, les dijo: viven en tal piso. Entonces se quedaron esperando al que había ido de compras y se llevaron a todos. Incluso había más gente que papá, mamá, el viejo de ellos (por Balut) y Pascua”. Corría el 24 de octubre de 1977.

Pablo y el arquitecto Barandarian mantienen una discusión no saldada sobre cómo inició su militancia el grupo integrado por Sánchez Viamonte, Montequín, Balut, Pascua y Roca, entre otros. Pero los dos coinciden – y Diego, Verónica y Ana asienten – en que los desaparecidos del club La Plata eran muy buena gente y que su compromiso con la sociedad en que les tocó vivir, debería ser reivindicado.

“No creo que haya una mancha que pueda encontrárseles. Por eso, en el club se los respeta y nadie va a ocultar quiénes eran. La Plata reivindica a todos...” sostiene Barandarian. Ana Balut lo interrumpe para decir que, quizá, haya un reconocimiento de los antiguos compañeros del grupo, “pero no sé si del club como institución”. Y Pablo cierra la enésima ronda de testimonios con una reflexión que pretende ir más allá, como él mismo dice, de “si fueron buenos tipos, buenos jugadores o militantes de una época lejana”.

“Reivindicamos su lucha – afirma – porque es una lucha que está vigente. Dentro de nuestro país hay gente que se sigue muriendo de hambre. Acá cerca de las canchas de rugby, tenés una villa miseria ahí, otra más allá. Las cuestiones fundamentales por las que pelearon nuestros viejos hoy continúan. ¿Qué los llevó a pibes de clase media, media alta, a jugadores de rugby, a ser parte de organizaciones revolucionarias? es la pregunta que yo me hago. Eran cinco jugadores de Primera División, pero todavía no se los recordó en ningún partido”.

Gustavo Veiga

(Página 12, 9 de mayo de 2004)

PD: Con motivo del trigésimo aniversario del golpe militar del 24 de marzo de 1976, el club La Plata decidió hacerles un homenaje a sus jugadores desaparecidos.

La extensa lista del rugby

Los desaparecidos del La Plata Rugby Club, hasta donde se pudo comprobar durante la entrevista y por medio de otras fuentes, serían diecisiete. Varios, como Santiago Sánchez Viamonte, Mariano Montequín, Hernán Roca, Otilio Pascua y Pablo Balut, llegaron a jugar en la categoría superior en el primer lustro de los años '70. Incluso, algunos ganaron el Seven de verano que se realizó en 1974 en el club DAOM, con 128 tantos a favor y apenas 24 en contra, a lo largo de siete partidos. Pero también hubo otros jugadores que alternaron en Primera División o pasaron por las divisiones juveniles, que desaparecieron o fueron asesinados antes y durante la dictadura militar instalada en 1976. Se los cuenta entre las víctimas del terrorismo de estado y de la Triple A.

Jorge Moura, hermano de Federico - el cantante fallecido del grupo Virus -, es uno de ellos. Raúl Barandarian evocó al músico en su otra faceta: "Era zurdo, muy buen jugador" "Y su hermano mayor, Jorge, militaba en el PRT", completó Pablo Balut (h). En una de las tantas fotos que atesora Verónica Sánchez Viamonte se los ve a los Moura – muy parecidos entre sí - formados en el mismo equipo de seven.

Rodolfo Jorge Axat era hijo del doctor Carlos Alberto Axat, quien había sido juez de la Corte Suprema Bonaerense. Alfredo Reboredo, también desaparecido, era hijo de un actual camarista del fuero federal. Luis "Luti" Munitis, quien llegó a jugar en la Primera y fue entrenador de Barandarian, Marcelo "Beto" Bettini, Abel Vigo, Eduardo "Manopla" Navajas, Mario Mercader, Pablo Del Rivero y otros jóvenes que durante la nota sólo fueron recordados por sus apodos, también figuran en la extensa lista de desaparecidos unidos por la camiseta amarilla del La Plata Rugby Club. Ellos son el "Shortorn" Sierra, "Pinino" Lavalle y el "Choclo" Alvarez.

Los otros clubes de la ciudad o de sus inmediaciones, Los Tilos, San Luis y Universitario, también tienen desaparecidos cuya memoria evocar. Diego Sánchez Viamonte recordó a un grupo de su camada en el Colegio Nacional que "fue en patota a jugar en la U. Casi todos eran militantes de la JP o de la JUP. Ricardo Posse, el "Negro" Cordero..." y la memoria se le pierde. En San Luis, de la congregación marista, jugaba como medio scrum Ricardo Dakuyaku, quien cuando desapareció, el 6 de diciembre de 1977, tenía apenas 22 años. Estudiaba arquitectura como los jugadores de La Plata, su tradicional rival y, todavía hoy, Verónica Sánchez Viamonte busca a sus familiares para compartir sus historias.

G.V

(Página 12, 9 de mayo de 2004)

Media vida en Pucará

Ricardo Omar Lois reivindicaba el espíritu del rugby pero, por sobre todo, las luchas que en los años '70 le costarían su desaparición. Jugaba en el club Pucará desde los 8 años, donde llegó hasta el umbral de la Primera. Graciela, su esposa, lo conoció cuando había abandonado la práctica de ese deporte donde forjó en buena medida su temple y espíritu solidario. María Victoria, su hija, sólo pudo conocerlo por evocaciones sucesivas que, con los años, recrearon familiares, militantes como su padre y ex compañeros de equipo. A Lois, un morocho de jopo rebelde, flaco y fibroso, que combinaba su pasión por el rugby con la simpatía por San Lorenzo, lo secuestró un grupo de tareas de la Armada en el barrio de Belgrano, el 7 de noviembre de 1976. Su último sueño deportivo había sido reunir quince voluntades en la Facultad de Arquitectura de la UBA -donde estudiaba-, para correr detrás de una pelota ovalada. No lo dejaron. Los militares le truncaron ése, como otros sueños.

Graciela recuerda: “El se había organizado con varios compañeros de curso para armar el equipo de rugby de Arquitectura. De hecho, jugaban informalmente. Y el domingo en que desapareció estábamos en el campo de deportes de Ciudad Universitaria. Yo lo conocí en el '74, cuando tenía 21 años y hacía muy poco que había dejado Pucará...” A su lado, María Victoria, quien hoy tiene 29 años, la contempla con cierta mezcla de ternura y devoción. Ella atesora algunas fotografías de Ricardo en su adolescencia, vestido con los colores rojo y azul de Pucará; también lleva consigo una revista que hizo época, Rugby XV, donde se lo puede observar en una quinta formativa junto a Ricardo Mayoral y los hermanos Rosales.

Lois se crió en Burzaco, junto al club donde pasó casi la mitad de su vida. Y había cursado sus estudios en un colegio religioso en Rafael Calzada. María Victoria recuperó ese pedacito de la historia, cuando se topó hace tres años, de manera fortuita, con un grupo de ex compañeros de su padre. Ocurrió en el balneario de Santa Clara del Mar: “Un verano me encontré con ellos en la casa de Daniel Camejo, que llegó a jugar en la Primera de Pucará. Estaba también Guillermo Alonso. Y se acordaban de mi viejo, de mi abuelo... Una amiga mía, Dolores Aragón, que ahora está en H.I.J.O.S, es hija de la pareja de Camejo y así fue como los conocí. Ellos se juntan todos los años a comer asado en Santa Clara y se sorprendieron cuando se enteraron de lo que pasó”.

Ricardo y Graciela cruzaron sus vidas en Arquitectura. Una de sus primeras experiencias compartidas resultó una detención por haberse movilizado hacia el rectorado. “Nuestra relación comenzó en septiembre de 1974 y nos casamos el 28 de febrero del '75. Yo vivía en La Tablada y él, después de la muerte de su padre, se había mudado a Mansilla y Ecuador. Vivimos en la Capital un tiempo, después en la casa de mis padres y cuando nació María Victoria nos trasladamos a Mataderos, que es cuando él desaparece”.

Los recuerdos surgen de a borbotones mientras se desarrolla la entrevista. Graciela intercala anécdotas con un perfil de su compañero, que dice haberse modelado gracias al deporte: “El rugby lo formó. Era una persona muy noble, muy limpia y él decía que eso se lo había dado el deporte. Lo que más le gustaba era que lo acompañara al tercer tiempo. También llevábamos a un sobrino nuestro, Germán. Y seguimos yendo cuando estábamos casados. Ricardo trabajaba en mantenimiento de ascensores por la mañana, llegaba a casa, se duchaba y después se iba a la Facultad. Esa era su vida. Le faltaban tres materias para recibirse”.

Las raíces del apellido Lois se pierden en Santiago de Compostela, Galicia. La madre y los dos hermanos varones de Ricardo residen hoy en Madrid. María Victoria, la nieta y sobrina que quedó en Buenos Aires, tenía apenas tres meses cuando a su papá lo

secuestraron. Y se le parece demasiado. Al punto de que su abuela le dice “mi Ricardita”.

“Mi mamá empezó a ir a reuniones por los derechos humanos a los pocos meses de la desaparición. Yo crecí en el organismo, en Familiares de Desaparecidos, era normal para mí estar ahí. Mi vida cotidiana pasaba por el jardín y el organismo, las marchas... De más grande fui preguntando más cosas” describe la hija, quien a partir de los cuatro años empezó a vincularse con chicos que vivían tragedias semejantes.

“Ricardo era un tipo buenazo, pero de ideas firmes, sabía muy bien lo que quería. Era igual en la vida, en el estudio y el deporte. Se trataba de alguien muy alegre, ni triste ni melancólico, con muy buenos principios. Su padre era un militante de la resistencia peronista, muy comprometido también y él lo admiraba muchísimo”, comenta Graciela.

Lois había nacido el 22 de diciembre de 1952. Aquel domingo caluroso de noviembre de 1976, lo arrancaron de una vida que él concebía en armonía con su entusiasmo por el rugby. “Pese a que le decían que era un deporte burgués, él lo defendía. Cuando yo estaba embarazada queríamos un varón y Ricardo decía que lo anotaría en Pucará”, agrega su compañera. Un deporte donde decenas de militantes como él cincelaron su compromiso con los demás. Basta una acción del juego utilizada como metáfora para describirlo: el empuje coordinado del scrum, donde los ocho forwards de un equipo tiran para un mismo lado.

G.V

(Página 12, 26 de marzo de 2006)

Para vos, atleta

Miguel Sánchez ha comenzado a ganar una de las carreras más importantes de su vida, aquella que tiene como meta a la memoria. Su espíritu solidario y su matriz de atleta, sobreviven entre nosotros. Y su fuerza radica en que nos congrega y nos rebela de furia al mismo tiempo, a quienes no lo conocimos. Cuando la última dictadura lo secuestró y le decretó su destino de desaparecido, estaba convencida de que su ejemplo no sobreviviría al paso del tiempo. No contaba con que su poder residía, precisamente, en eso, su condición de argentino con ideales firmes y un compromiso de lucha.

Miguel había jugado al fútbol en las divisiones inferiores de Gimnasia y Esgrima La Plata, pero como deportista se destacó en el atletismo. Su historia, que merece ser divulgada, ha sido rescatada del olvido por un puñado de periodistas, aquí y en Italia. Como tantos fondistas, experimentó esa intransferible sensación que provoca el viento sobre el rostro, mientras recorría distancias que acaso ni imaginara en su Tucumán natal, donde había nacido el 6 de noviembre de 1952.

Miguel, quien hoy será homenajeado por otros deportistas que prometieron asistir a una carrera que lleva su nombre, nos permite evocar, una vez más, la magnitud de la tragedia que devoró a 30.000 argentinos. Y sí es porque el deporte ocupa un lugar desmesurado en la sociedad actual, que amplifica sus éxitos y fracasos, bienvenida sea la prueba que se largará en el CENARD, entre tanta inmundicia que abunda. Porque permitirá recordar aquello que sobrevive en quienes todavía desean competir, sin ponderar la dimensión del dinero en juego, una efímera victoria o una derrota profana.

La lista de mártires que hicieron del deporte su ocupación principal, es larga y ha sido poco difundida. Desde los futbolistas del Dínamo Kiev que murieron durante la invasión nazi a la Unión Soviética por negarse a perder un partido, hasta los jugadores de rugby rumanos que cayeron combatiendo a Nicolae Ceausescu. A Miguel Sánchez, el 8 de enero de 1978, lo secuestró un grupo de tareas porque militaba en una unidad básica de la Juventud Peronista en Villa España, Berazategui. Fue una semana después de haber competido en la tradicional prueba de San Silvestre, en San Pablo, Brasil. El, integrante de una generación que luchaba por un mundo más justo, dejó escrito un poema que retrata sus pensamientos:

"Para vos, atleta

que recorriste pueblos y ciudades
uniendo estados con tu andar

Para vos, atleta

que desprecias la guerra y ansías la paz" (*)

(*) Extraído de "Para vos atleta", de Miguel Sánchez.

G.V

(Página 12, 11 de marzo de 2001)

PD: En 2010 se agregó una nueva versión de la Carrera de Miguel en la Provincia de Buenos Aires. Ya se realiza anualmente en Roma, Italia; la Capital Federal; San Miguel de Tucumán; Berazategui y Bariloche.

Rivada, un wing de los antiguos

Carlos Alberto Rivada era uno de esos wines que vivía en armonía con la raya de cal. Un puntero derecho que, al decir de ciertas voces, “hoy podría jugar en la primera de Huracán de Tres Arroyos”, el club donde se formó. Y también un deportista que se destacaba en el básquetbol. El “crédito local”, afirmaría un lugareño de esa ciudad, corazón triguero de la provincia de Buenos Aires que se levanta a 500 kilómetros de la Capital Federal.

“Siempre fue un delantero con desborde, muy completo, que además jugaba para la selección de Tres Arroyos. Era uno de los mejores de la época. Incluso, había despertado el interés de clubes de afuera. Recuerdo que una vez, Huracán jugó en condición de visitante contra Racing de Olavarría y estaba obligado a ganar, porque había perdido como local 3 a 2. Fue allá e igualó la serie con el mismo resultado. Y, para desempatar, tuvieron que patear penales. Carlos hizo un gol en la definición...” evoca Juan Alberto Poteca, un relator de fútbol nacido en Tres Arroyos, ex periodista del diario La Voz del Pueblo y que compartió con Rivada muchos momentos durante su juventud.

Aquel extremo habilidoso que despertaba tantos elogios en la zona, jugó el último partido de su vida contra Estación Quequén, el campeón de Necochea, la noche de su desaparición. En la madrugada del día siguiente, el 3 de febrero de 1977, la enfermera María Rosalía Fernández halló abandonados a un chico de tres años y a una beba de sólo cuatro meses en la puerta del Hospital Pirovano de la ciudad. Eran los hijos de Rivada y su esposa, María Beatriz Loperena, nacida en un pueblo vecino: González Chaves.

Pocos días después de que secuestraran al matrimonio, el club Huracán se dirigió por escrito al comandante del V Cuerpo de Ejército, el general Osvaldo René Aizpitarte, para requerirle información sobre el paradero de su futbolista. Un párrafo de la nota citado en el libro “22. Los tresarroyenses desaparecidos”, de Andrés Vergnano y Guillermo Torremare, y editado por El Periodista de Tres Arroyos, transmite una absurda versión sobre la dictadura militar: “En pleno vigor de los derechos constitucionales de todo habitante del país, consideramos un deber de autoridades y ciudadanos proceder a un exhaustivo examen y análisis de lo sucedido, lo que demuestre la vigencia de tales derechos, el fundamental de los cuales es la libertad”.

El texto está firmado por quien era presidente de Huracán, el doctor Roberto Seghezzeo y su secretario, Abel J. Pérez.

El 4 de julio de 1982 y sin haber conseguido ni un dato sobre el destino corrido por su hijo Carlos y su nuera María Beatriz, falleció Héctor “El Chivo” Rivada. En su juventud, había sido arquero de Villa del Parque – otro club de Tres Arroyos – y además presidente de la Asociación de Básquetbol de la ciudad. Sólo le quedó el consuelo de haber recuperado a sus nietos, Diego y Josefina, gracias al hallazgo de la enfermera Fernández.

“La familia Rivada es muy querida y respetada. Los padres tenían una sastrería y casa de deportes, que, si mal no recuerdo, representaba a la marca Sportlandia. Carlos era un muchacho muy simple y había estudiado para técnico electromecánico en el colegio Industrial. Un día nos cruzamos en la plaza del centro de la ciudad. Yo venía de misa y él iba caminando con el bolso porque esa tarde jugaba contra Boca de Tres Arroyos, el gran rival de Huracán en aquellos años. No me caben dudas de que fue uno de los mejores futbolistas de esa época, que hoy hubiera integrado cualquier equipo”, sostiene Poteca, quien siguió a Rivada por algunos pueblos de la provincia, donde dejaba las huellas de su gambeta.

Los periodistas deportivos locales destacarían esas condiciones en enero de 1977, el mes anterior a su desaparición. Aquel wing jugaba todavía por la camiseta y también para costear sus estudios universitarios en Bahía Blanca, donde se recibió como ingeniero electrónico. Allí había conocido a María Beatriz, una profesora de letras, con quien se instaló en Tres Arroyos. Hasta la fecha de su secuestro, los dos gozaban “en su vida de relación o en las actividades profesionales que ambos desarrollaban, del mejor de los conceptos”, como sostenía La Voz del Pueblo en su edición del 3 de abril de 1977.

Rivada tenía 27 años cuando le tomaron por asalto su casa, contigua al comercio de indumentaria deportiva que tenía don Héctor y que se llamaba “Los mellizos Rivada”. Su padre radicó la denuncia en la comisaría 1° de Tres Arroyos el 4 de febrero de 1977 – que quedó caratulada como privación ilegítima de la libertad y hurto, ya que a Carlos le robaron su camioneta Fiat multicarga – y, desde ese día, no cesó de buscarlo por todo el país. Se entrevistó con autoridades militares y navales, les cursó telegramas al dictador Jorge Rafael Videla y a su ministro del Interior, Albano Harguindeguy y hasta el envió una carta al cardenal Raúl Primatesta, quien le respondió su mensaje con un piadoso “el señor lo bendiga y fortalezca”.

En los archivos de la Conadep, Carlos Alberto Rivada figura con el número de legajo 4345 y la inscripción de que nunca pasó por un centro clandestino de detención. Aquel puntero de mirada despierta y que bien podríamos imaginar despegándose con un quiebre de cintura de la raya de cal, dejó su marca en el fútbol de Tres Arroyos. Si hoy estuviera entre nosotros, hubiera jugado en sus sueños junto al “Novillo” García, Izquierdo y los dos hermanos del apellido difícil: Dragojevic. Los mismos que, veintisiete años más tarde, (la misma cantidad que él vivió) ascendieron a su Huracán querido hasta el escalón más alto del fútbol argentino para entreverarse con River y Boca.

G.V

(Página 12, 18 de octubre de 2004)

PD: Huracán de Tres Arroyos, el club donde se destacó Carlos Alberto Rivada, jugó en Primera División durante la temporada 2004-2005.

Ciancio descansa en Berisso

La pose de futbolista con las manos en la cintura, la camiseta de Gimnasia cuello en V sin publicidad, los árboles del bosque platense como fondo, la tribuna cabecera de madera, los mismos sueños de Primera División que cualquier pibe. Todo en la fotografía en blanco y negro (una entre tantas que conserva su hermano menor, Gabriel), parece estar en el mismo lugar cuarenta años más tarde. Todo menos él: Luis Alberto Ciancio. El tiempo que se prolongó su desaparición, su pérdida de identidad ahora recuperada, supera con holgura a sus años de vida. Por eso resulta imposible llenar semejante espacio vacío. Aún después de que finalizó su búsqueda.

Pese a la tarea formidable del Equipo Argentino de Antropología Forense que identificó sus restos, faltan completar algunas partes de su historia. ¿Dónde está su compañera Patricia Dillon, la madre de su hijo Federico? ¿Quiénes dieron la orden de secuestrar a la pareja? ¿Por qué el estudiante de ingeniería que militaba en política no pudo terminar su carrera? ¿Por qué se ensañaron con la mayoría de los jóvenes que integraban su organización, el Partido Comunista Marxista Leninista (PCML)?

“Hoy lloro a todos esos chicos, con los que tuve amigos compartidos con mi hermano. Casi todos están desaparecidos. El viernes, cuando regresaba con mi mujer del cementerio de Berisso, nos decíamos: si volviera a pasar lo mismo que aquella vez en el país, seríamos muchos más los que saldríamos a dar pelea. Lo que hizo la dictadura fue un genocidio que quedará en la historia como la Guerra del Paraguay o la Conquista”, dice Ricardo (57), el segundo de los hermanos Ciancio, un empleado especializado en recursos humanos. Luis era el mayor, Alejandro (46) es el tercero y Gabriel (45) el cuarto.

Sus padres, Luis Alberto y Dora Hilda Alegre, provenían de Chacabuco, la ciudad de Haroldo Conti y Daniel Passarella. El jefe de familia participaba de carreras en ruta con su bicicleta y un día, en uno de los tantos viajes que realizaba, pasó de la pensión en donde vivía a trabajar en el frigorífico Swift de Berisso. La familia comenzó a crecer en la calle 8, frente al legendario club Estrella fundado en 1921. Luis, el primogénito, cursó la primaria en la Escuela N° 2, Manuel Alberti, donde fue elegido abanderado (otra fotografía en poder de Gabriel lo corrobora).

Cuando eran chiquilines, los hermanos mayores se probaron en Gimnasia, el club del que son hinchas los Ciancio. Luis quedó y Ricardo no: “A mí me echaron”, recuerda. La poca diferencia de edad entre los dos más grandes hace que Alejandro y Gabriel (12 y 13 años menores que el joven desaparecido) sugieran que, para este tipo de evocaciones, Ricardo sea la persona más indicada.

“Luis jugó desde la división más chica hasta la tercera. Sólo un año interrumpió sus entrenamientos en Gimnasia para participar en torneos barriales, pero después volvió para 5° o 4°. Era un volante derecho que llegaba al gol, aunque cuento esto y yo, en realidad, no soy futbolero. Mi deporte era el rugby”, confiesa.

Alejandro es – según Gabriel – el más parecido al hermano que secuestró un grupo de tareas de la marina. Médico de 46 años, hoy vive en Ingeniero Maschwitz y dirige la Corporación Médica de San Martín. También pasó por el área de Salud en el gobierno porteño hace varios años. Aunque era un pibe con edad de escuela Primaria cuando Luis había fichado en Gimnasia, se acuerda de que “jugaba bien, tenía muy buena pegada y su puesto era el de volante por la derecha. Petiso, gambeteador, un día me contó que había compartido el vestuario con Gatti. Yo también jugué en Gimnasia y llegué hasta la tercera donde tenía como compañeros al arquero Castagnetto, que ahora es

viceministro de Desarrollo Social, al Flaco Rifourcat, Marchi y otros jugadores que habían bajado de Primera como Espósito y Abel Alves”.

Luis Alberto, el antiguo empleado de Swift - frigorífico que cerró en 1970 -, era un seguidor incondicional de su hijo, que en parte lo decepcionó cuando abandonó la carrera de futbolista para dedicarse por completo a sus estudios universitarios en la Facultad de Ingeniería platense. Ricardo confirma ese dato de la simbiosis que había entre su padre y su hermano mayor: “Lo seguía a todos lados, era infaltable en sus partidos. Por eso después lo buscó como lo buscó. Nosotros, el resto de la familia, lo hacíamos con algunos miedos, pero mi viejo no. Iba al frente contra lo que fuera”.

De aquella etapa en la que el mediocampista de Gimnasia combinó brevemente estudios y deporte, sus hermanos también atesoran una foto en la que se lo observa junto a Juan Miguel Tutino, un volante creativo que hasta hace un tiempo trabajaba como taxista. Alejandro asegura que hay otra en la que se lo ve con el delantero sanjuanino Oscar Fornari, integrante de la llamada selección fantasma que jugó las Eliminatorias del Mundial 74 en la altura de La Paz.

Pero si Luis hoy pudiera responder con cuál de las imágenes del álbum futbolero se quedaría, seguramente elegiría la que comparte con su íntimo amigo Horacio Cegatti, con quien jugó en las divisiones menores de Gimnasia. A los dos se los observa en cuclillas, ataviados con el equipo del Lobo platense, antes de empezar un partido. Cegatti y el otro amigo íntimo de Luis, Miguel Segismundo, se mataron en un accidente automovilístico en Chacabuco, hace como veinte años.

En ese lugar situado a 215 kilómetros de Buenos Aires todavía vive un hermano de Hilda Alegre, la mamá del militante y futbolista que estuvo desaparecido durante casi 33 años. El tío de Luis se llama Ricardo Osmar Alegre, alias Caíto, y viajó, pese a que tiene algunos problemas de salud, a la inhumación de los restos de su sobrino (ver aparte). Militante del Partido Auténtico en los 70 (un intento político de los Montoneros por ir a elecciones en 1975), estuvo detenido durante nueve meses en 1976, incluso desde antes del golpe del 24 de marzo.

A Luis lo recuerda en la infancia como “un chico bárbaro. Me acuerdo que lo subía a un trencito, acá en Chacabuco, en el que le gustaba jugar. Él venía generalmente a pasarla en lo de mis padres, o sea, sus abuelos”. Con los años, tío y sobrino se enfrascaban en charlas políticas aunque no pertenecían al mismo partido. El joven desaparecido se había comprometido con el PCML (Partido Comunista Marxista Leninista Argentina), y según Caíto “tenía, como yo, la colección del periódico Militancia, que dirigían Ortega Peña y Duhalde. Cuando venía a Chacabuco había una confitería que se llamaba Lacentra donde discutíamos de política”. El mayor de los Alegre, Antonio, ocupó la presidencia de Boca Juniors entre 1985 y 1995. Hoy tiene 86 años y también es tío de Ciancio.

Caíto evoca que cuando estuvo detenido a lo largo de 1976 “pensaba mucho en él”. Pero cuando Alegre - quien ahora tiene 73 años -, recuperó su libertad, a la semana secuestraron a Luis. Ocurrió el 7 de diciembre de 1976, en el acceso a las oficinas de Vialidad Provincial, donde trabajaba el joven Ciancio. Ese mismo día la detuvieron a Dillon, presuntamente en la sucursal del Banco Provincia de Berisso, donde se desempeñaba. Otra versión indica que su desaparición ocurrió en la ex Casa Beige, una tienda de 48 y diagonal 74.

Para entonces, ya había nacido Federico, el hijo de Luis y Patricia o Pato, una rubia de rostro aniñado, pelo largo y estudiante de Letras, dos años menor que Luis. A los dos se los ve sonrientes en un par de fotografías; él demasiado delgado y ella “menuda, dulce, divina, la conocí cuando tenía cinco años”, recuerda Gabriel, su cuñado.

Federico nació un día después del golpe, el 25 de marzo de 1976. Hoy está casado con Silvina y tienen una hija, Galatea, la nieta de Luis. Él es un músico prestigioso que acaba de recibir el premio Konex. Toca el órgano y el clavecín en composiciones clásicas, como lo ha hecho bajo la dirección de Carlos López Puccio, también integrante de Les Luthiers. A Federico lo criaron sus abuelos Hilda y Luis Alberto, que fallecieron en 2001 y 2003, respectivamente. Junto a los dos, en el cementerio Parque de Berisso, ahora descansan los restos de Luis.

El 21 de abril pasado, la familia Ciancio se enteró de que el Equipo de Antropología Forense había identificado a su ser querido. Hubo que esperar un tiempo más para tener la confirmación oficial de un juzgado. Y habrá que seguir varios años para seguir sumando certezas. Sobre 337 cuerpos encontrados en el cementerio de Avellaneda, 47 ya se sabe de quiénes son. El ex futbolista de Gimnasia, estudiante de Ingeniería y cuadro político del PCML que pasó por el centro clandestino de detención denominado Pozo de Banfield, fue fusilado de tres tiros. Ahora su familia quiere saber quién disparó. “Sin espíritu de venganza, sin odio. Pero sí con un profundo sentido de justicia”, afirma Ricardo, con quien Luis también solía discutir de política. Una postal de época que hoy escasea y que cruzó a la generación de los dos.

G.V

(Página 12, 13 de septiembre de 2009)

Requena, el profesor futbolista

Eduardo Raúl Requena era para todos “El Gallego”, un querido y respetado profesor, un comprometido militante social y gremial hasta aquel atardecer de julio de 1976 en que fue secuestrado y luego desaparecido.

Había nacido el 15 de noviembre de 1938 en Villa María (Córdoba), y desde muy chico practicó atletismo y jugó al fútbol en el club del mismo barrio en que se crió: Almirante Brown. Cursó la escuela primaria en el Instituto Santísima Trinidad y la secundaria en el Bernardino Rivadavia.

En 1963, se recibió de profesor de Historia y Geografía, en la Escuela Normal Víctor Mercante, de su ciudad. Fue docente del mismo Rivadavia y en el Profesorado de la ciudad de Bell Ville, donde inició su actividad gremial cuando lo eligieron delegado en el Sindicato de Educadores Privados y Particulares de la provincia de Córdoba (SEPPAC). En 1973, fue uno de los delegados a las reuniones de Huerta Grande en el Congreso Unificador de la Docencia Argentina, donde nació la CTERA. Nunca le cobraba sus viáticos al gremio, por entender que no correspondía: “Usando la plata de los trabajadores es fácil hacer sindicalismo”, solía decir. Así pensaba él “Gallego”. Su compromiso trascendía lo gremial y se articulaba con una militancia política y social en defensa de los intereses populares.

A los 13 años comenzó a practicar atletismo, integrando el equipo de la Escuela “Domingo F. Sarmiento”, la única institución que contaba con la actividad, de la que también participaban alumnos de otros colegios. Su profesor era un ex atleta olímpico Guillermo Evans, el primer villamariense en participar en los Juegos Olímpicos (Londres 1948).

Requena tenía un físico privilegiado: era alto, delgado, con mucha flexibilidad. Había sido campeón argentino en 64 metros con vallas y subcampeón en salto en alto, en el Campeonato Evita, en los años 1953 y 1954, representando a Córdoba.

Una de las grandes pasiones del “Gallego” era el fútbol y comenzó a jugar en el club River Plate de Villa María desde los 12 años. A su vez lo hacía en la selección villamariense, en el que debutó con sólo quince años, enfrentando al club Tigre de Buenos Aires.

En 1956 debutó en la primera de su club, con el que logró el histórico tetracampeonato entre 1958 y 1962. Todos los que lo conocieron tienen un gran recuerdo de lo que fue como jugador, pero mejor aún como persona. Para muchos era un crack, un gran defensor, un diestro que se destacaba por el sector izquierdo de la defensa. Veloz y con buen manejo de pelota. Sobresalía en el juego aéreo y era un gran cabeceador tanto en defensa, como en ataque. Anotó muchos goles. Era un auténtico tres de esa época.

Siempre jugó en River, y pese a los ofrecimientos que recibía nunca quiso jugar en otro club que no fuera el de su barrio, sin pretender retribuciones económicas que en esa época comenzaban a ser algo común en ese fútbol liguero.

En la selección villamariense jugó muchos partidos. Su forma de ser era la misma en la cancha y en el gremio, en un aula como en la vida. Era leal, honesto, querido, respetado y solidario, un caballero con todas las letras, un idealista, un gran maestro, un formador de hombres. Se retiró muy joven en 1965, con apenas 27 años, para darle prioridad a su actividad gremial.

En el atardecer del 23 de julio de 1976, Eduardo Requena entró al café Miracles en la Avenida Colón al 1100 de la capital provincial (ubicado a pocos metros de la plaza Colón). Eran tiempos en los que el General Luciano Benjamín Menéndez y su patota se consideraban “amos y señores” en la provincia. El “Gallego” sabía que lo buscaban, pero no se ocultaba. Un grupo de civil lo estaba esperando y se lo llevó. Muchos

sobrevivientes lo vieron en el Centro Clandestino de Detención La Perla, de donde desapareció.

Gustavo Ferradans

(El Diario de Villa María, Córdoba, noviembre de 2008)

Sangre de goleador

Para todos los compañeros que en Santa Fe luchan cada día por memoria, verdad y justicia

Quizás fue ese el día en que Cielo se enamoró de Gustavo. A lo mejor ella estaba en la cancha o acaso leyó al otro día, en el diario, que con un gol de él, el modesto equipo de Los Andes de Los Sarmientos había vencido nada menos que a Atlético Chilecito, el más grande de la región. Centro de "Cachavacha" Valverdi y gol de "Papilo". "Atlético no pudo cruzar Los Andes", tituló el diario.

Romance de pueblo entre el goleador y la mujercita de sus desvelos a la que se le ilumina la cara fresca de la adolescencia pensando en un hijo. Casi una novela, protagonizada por el pibe que debutó en primera a los 15, que tenía condiciones en el área rival y que, con tal de jugar siempre, hasta se defendía si lo mandaban al arco. Los Sarmientos tenía a Gustavo Olmedo, "Papilo", el centrodelantero goleador de físico privilegiado y futuro prometedor, a Cielo, la mocosa que lo hacía suspirar y no tantos otros habitantes.

Serían doscientos más allí por los comienzos de la década del '70. Es que el riojano pueblo de Los Sarmientos está muy influenciado por Chilecito, la segunda ciudad de la provincia, con quien la une un río de montaña que trae poco agua y mucha piedra desde lo alto del cerro, donde el nevado de Famatina deja caer su barba de eterna nieve blanca.

En Los Sarmientos los días se contaban hasta el otro domingo, cuando jugaba Los Andes, para esperar los goles de Papilo y alimentar el sueño de campeón que a los más pequeños pocas veces se les concede. Hasta que Papilo llegó a la mayoría de edad y se fue a estudiar a Córdoba, a cumplir con el mandato familiar de ser Ingeniero, como el viejo Tomás, o como los hermanos que ya estaban en la Docta.

Y Papilo no volvió más al pago. Cielo lo miraba desde aquel recorte del diario, cuando le ganaron a Atlético, los amigos se preguntaban en que cuadro cerraban los puños para gritar los goles de Papilo y algunos chismosos repetían con necedad que podría estar en México o el Caribe. 27 años pasaron y Papilo no volvía.

Pero una tarde, una inolvidable tarde de jueves, el 23 de octubre de 2003, Gustavo llegó otra vez al pueblo. Volvió así, como llegaba Pichuco al barrio haciendo roncar el bandoneón y clamando que nunca se había ido, o como vuelven los poetas que regresando a la querencia quieren recuperar la infancia. Sólo que Papilo ya no era Papilo, ni el goleador que prometía, ni el ingeniero que quiso ser, ni el padre de los hijos que Cielo soñó. Nada de eso.

Gustavo "Papilo" Olmedo llegó hecho jirones, maniatado en sus manos y en sus pies, muerto en una urna gigante,

baleado en la espalda por una jauría del Tercer Cuerpo de Ejército que en Córdoba conducía el genocida Luciano Benjamín Menéndez. A las puertas de Los Sarmientos, más de 100 personas fueron a recibirlo.

"Cachavacha" Valverdi, el wing derecho, corrió por la punta a invitar a todos. Una bandera argentina rodeó los restos, los pibes de la escuela Pizzurno gritaron fuerte ¡presente! al paso de la caravana, un caja chayera improvisó sentidas coplas, los pibes de las divisiones inferiores de Los Andes, enfundados en la camiseta rojiblanca del cuadrito del pueblo, le hicieron un respetuoso cordón de aplausos, un ser querido gritó "llegaste a casa, Papilo, volviste y ya nadie te podrá hacer daño" y Cielo derramó algunas lágrimas, corroborando en ese instante el injusto paso del tiempo por su vida.

El 26 de marzo de 1976, un grupo de militares rodeó una casa del Barrio Altamira, en la capital cordobesa, evacuó las zonas aledañas sigilosamente y cortó las luces. Cerca de las diez de la noche, una tanqueta del ejército argentino fusiló a José Luis Nicola, a Vilma Ethel Ortiz y a Gustavo Olmedo, que tenía 20 años, cursaba el tercer año de Ingeniería y recién empezaba su vida como militante universitario.

"Papilo" tenía dos tiros de gracia y muchos orificios de bala por la espalda. Es que la muerte lo sorprendió salvando una vida. Ante la furia asesina, atinó a cubrir a Fausto, el bebé de 9 meses que tenían sus amigos. Saciada la sed caníbal de la tropa de Menéndez, se olvidaron a Fausto pero se llevaron para siempre a José, a Vilma y a Papilo. El cuerpo fue encontrado en una fosa común del Sector C del Cementerio de San Vicente, tras un trabajo realizado por Arhista, Antropología Forense y las Abuelas de Plaza de Mayo de Córdoba.

Durante la investigación para dar con el cuerpo de Gustavo, sus familiares tuvieron acceso a un radiograma de época, con la firma de Menéndez, en la que recomendaba la apropiación de niños como un modo de dominación sobre el enemigo. El chacal decía que "los escandinavos mataban al primogénito de sus adversarios y se tomaban su sangre, como símbolo". Como él era "cristiano", decía que no se permitía tanto, pero quedarse con los hijos de sus víctimas lo hacía verdaderamente vencedor y feliz.

Ahora Gustavo "Papilo" Olmedo está sepultado en el Cementerio de Los Sarmientos. Luciano Benjamín Menéndez anda en silla de ruedas, pero anda, indultado por otro riojano, Carlos Menem. Fausto, el pibe cubierto por la espalda de "Papilo" milita junto con las Abuelas cordobesas. "Cachavacha" sobrevive con un plan de Jefe de Hogar. Y dicen que Cielo, que no pudo tener ningún Fausto, pasa todos los días por una calle de Los Sarmientos que

antes se llamaba Gendarmería Nacional y que, desde el 23 de octubre de 2003, se llama Gustavo "Papilo" Olmedo.

Claudio Cherep

(Un Caño, número 9, mayo de 2006)

Una leona solidaria y talentosa

“Por la derecha resplandece Adriana,
que por ser buena y capaz es capitana...”

(Segmento de un cantito que sus compañeras del club Lomas le dedicaron a Adriana Inés Acosta, desaparecida el 27 de mayo de 1978)

La jugadora de hockey corría sobre el césped a la par de esa joven sensible y solidaria o de la alumna prodigiosa que en el colegio Balmoral se sacaba casi siempre la nota más alta. Tenía 22 años cuando un grupo de tareas la secuestró en una pizzería de Francisco Beiró y Seguro, una esquina de Villa Devoto, a las 3 y media de la tarde. Adriana Inés Acosta le había dedicado casi la mitad de su vida al deporte que aprendió en la Primaria, y cuando la selección femenina no imaginaba los éxitos de esta época, ni el apodo que sería su marca registrada, era ya una Leona. Por su compromiso arrollador hacia los demás y porque vistió, tanto en juveniles como en el seleccionado mayor, la misma camiseta con que hoy despliegan su talento en una cancha, Luciana Aymar, Magdalena Aicega y Soledad García. Ella es la primera deportista desaparecida de la que se conocen datos fehacientes; los demás son hombres (ver aparte).

Su mamá, Teresa Bernardi de Acosta y la hermana que le sigue, Leticia, recrearon su vida de estudiante, atleta y militante política, que están ligadas por una idéntica matriz de principios. El núcleo familiar se completa con Oscar Enrique, el padre y Marcelo, el hermano más chico. En el corazón de Lomas de Zamora, a escasas tres cuadras de la iglesia conducida por el obispo Desiderio Colino – hoy fallecido – que les dio la espalda durante la dictadura, la presencia de Adriana recorre como un duende los ambientes de la amplia casona. Se descubre su sonrisa entre las fotografías del hockey desparramadas sobre un escritorio, la libreta universitaria de la Facultad de Medicina de La Plata y varias copas y trofeos que atesora un mueble.

“Adriana hacía todo bien. Se mataba por su deporte. Tenía un tajo acá, otro más allá. Le gustaba mucho el hockey, tanto que un día se subió al colectivo para ir a la Facultad y se llevó el palo con ella. Cuando se dio cuenta que no iba a jugar, me lo tiró por la ventanilla”, recuerda Teresa. Su hermana evoca el perfil solidario que la caracterizaba: “Desde chiquita ayudaba a los demás. Por ejemplo, a las internadas del Hogar Patiño, que eran pobres. Ella las iba a cuidar, les llevaba botas o las traía a casa para el cumpleaños”. La madre completa la imagen de su hija desaparecida con otra anécdota: “Una vez se descompuso en el tren un viejito, no la dejaron ayudarlo y vino llorando. Estaba muy mal ese día”.

Leticia es cuatro años menor que Adriana, también jugó al hockey en Lomas e integró la selección nacional. Comenzó en las infantiles del club, - que es socio fundador de la AFA y de la UAR-, y a sus puertas, en plena dictadura, corroboró el calvario que había sufrido su hermana. Una noche, mientras estacionaba su automóvil, una joven se le acercó: “Era la prima de un novio que Adriana tenía en la Secundaria. A esta chica la secuestraron y la llevaron a El Banco, un campo de concentración ubicado cerca del aeropuerto de Ezeiza. Aparentemente, en su familia había un militar o un policía y la liberaron. Ella me preguntó: ‘¿vos sos la hermana de Adriana? Yo estuve con ella y no te puedo decir más nada porque tengo miedo de que le pase algo a mi familia’. Tenía terror...”

Teresa no olvida los traumáticos instantes previos a la desaparición de su hija. “Cuando ella terminó el primero o segundo año de Medicina (antes había estudiado Ciencias de la Educación), me dijo: voy a tener que cambiar la carrera de nuevo, porque

acá no me puedo quedar más. Yo estaba chocha. Pero claro, la razón la explicó después. ¿Vos no sabés la gente que desaparece en La Plata? Por eso me voy a venir a vivir acá. Eso sucedió luego del golpe en el '76".

Sentada junto a su madre, Leticia amplía la visión que conserva de aquella etapa y describe cómo se cruzaron el destino de su familia y la de Hebe Bonafini: "Adriana estudió Medicina en La Plata y abandonó. Me acuerdo que unos años después, yo iba a dar el examen de ingreso en la misma carrera y le pedía a ella los libros. Pero me respondía: se los presté a fulano y ese compañero terminaba tirado en una zanja. En aquella época desapareció uno de los hijos de Hebe. Adriana alquilaba un departamento con él y su esposa, la Negra".

El recuerdo de los Bonafini continúa muy vívido en la memoria de Poli, como también la llaman a Teresa. "Nos cruzábamos con ellos, estábamos encantados con esa familia. Decíamos: en qué buena casa cayó Adriana. Por qué una siempre andaba con miedo, ¿sabe?. Y cuando Adriana no venía un fin de semana porque tenía que estudiar, nosotros llevábamos mercaderías. Muy buena gente".

A esa altura y tras una gira por Inglaterra en 1975, la mayor de las hermanas Acosta abandonaría casi por completo el hockey, donde se destacaba como número 7. Sólo continuaría un tiempo más en el club Longchamps. "Me parece que hasta el primer año de Medicina todavía jugaba, aunque era una locura, porque estudiaba un montón e iba de un lado para el otro con el palo", describe Leticia. De aquel año es una revista editada por el club Lomas, en la que Adriana aparece en una foto a los 19. Una reseña de su carrera deportiva la acompaña: "Jugadora de Primera División; integrante del equipo juvenil campeón de la temporada 1972. Jugadora del seleccionado juvenil argentino en 1972. Preseleccionada para la Copa del Mundo de Cannes en 1974. Integrante del combinado argentino que enfrentó a la Selección de Estados Unidos en 1973 y del equipo de Capital, campeón del torneo de la República en 1973...", entre otros datos.

La semblanza también está traducida al inglés, como no podía ser de otra manera en un club fundado por británicos. Teresa y Leticia coinciden en que la hija y hermana desaparecida se hubiera destacado por su nivel deportivo entre las jugadoras actuales. Pero eso importa muy poco comparado con su clamor de justicia. Además, de Lomas y del colegio Balmoral donde Adriana se formó, sería deseable un tributo a su memoria que ni siquiera se insinuó en 28 años. Si se guiaran por la amnesia de un ex entrenador que supuestamente la valoraba y una íntima amiga que cursó la escuela con ella, los Acosta seguirán esperando.

Como fuere, su madre retiene una imagen mucho más entrañable: "A Adriana la lloró todo el barrio", cuenta. Su entrega y sensibilidad social son un ejemplo de los ideales que hoy escasean en el mundo del deporte y otros mundos. ¿Habría alguien de los ambientes que frecuentó capaz de rescatarlos del olvido?

G.V

(Página 12, 1 de octubre de 2006)

PD: el 6 de octubre de 2009 se inauguró la nueva cancha de hockey sintético en el Cenard que fue bautizada Adriana Acosta en homenaje a la jugadora desaparecida en 1978.

Alicia, el básquet y Colegiales

Alicia no vivía en el país de las maravillas, pero soñaba con Juan. También soñaba con cambios transformadores mientras jugaba al básquet en el Club Deportivo y Social Colegiales. Juan, su hijo, la imagina hoy en un gesto solidario o encestando un tiro libre. Es como si tuviera que armar un montón de piezas sueltas de su vida deportiva, y de una vida con la que apenas compartió una ráfaga de encierro en las mazmorras de la ESMA. Damián Cabandié, su papá, había conocido a su mamá en la sede de la calle Teodoro García 2860, a pasos de la estación Colegiales del ferrocarril Mitre. Hacia allí se había replegado desde la Unidad Básica del barrio con la excusa de montar una obra de teatro. “Cada vez que voy es emocionante. Tiene un gran componente simbólico para mí. Porque en ese lugar nace mi historia. Yo soy el producto del encuentro de mis papás en ese club”, dice el nieto 77 recuperado por las Abuelas de Plaza de Mayo, transformado en un diputado porteño de 31 años.

Juan evoca que Alicia llegó al club Colegiales (no es el que participa en el torneo de la Primera B), con apenas 7 u 8 años. Vivía a la vuelta y caminaba esa cuadra y media sola. Así empezó a jugar al básquet como federada. Donde el tango había dominado el escenario con grandes valores como Aníbal Troilo, Osvaldo Pugliese y el *Polaco* Roberto Goyeneche o donde todavía se mantiene vigente el deporte que había elegido Alicia Alfonsín a fines de los 60 (*Básquet ambos sexos*, informa un cartel en la puerta).

La genética dejó su huella en los rasgos de Juan. Pero también hay otras coincidencias notables que escapan a un estudio de ADN. Su mamá jugaba con la camiseta número seis. Era la mejor encestantora del equipo. Él practicó un deporte muy distinto: el hockey sobre patines. Y también llevaba ese número en la espalda. Su puesto era back – más un rudo que exquisito defensor – en las categorías menores del Círculo Policial. Luis Antonio Falco, el agente de inteligencia de la Policía Federal que se lo apropió cuando era un bebé, había decidido que viajara desde su casa en Floresta hasta Núñez para que jugara en aquel club, a una cuadra de la ESMA.

La segunda coincidencia es que Alicia estudió la primaria en la escuela Capitán General Bernardo O’Higgins de la avenida Federico Lacroze mientras empezaba a jugar al básquet. Juan la visita cada dos años cuando hay elecciones porque le toca votar en sus aulas. La tercera es que en el Deportivo y Social Colegiales, durante la campaña en que Daniel Filmus compitió por la jefatura del gobierno porteño, el candidato a diputado Cabandié le organizó un acto de la Juventud Peronista en sus instalaciones. Por eso, insiste, “es maravilloso cada vez que voy al club. Tanto por la vida deportiva de mi mamá, como por la actividad política que desarrollaba con mi viejo, escapando de la dictadura, del terrorismo de Estado”.

Juan empezó a reconstruir la vida que no le dejaron vivir a partir del 26 de enero de 2004. Ese día se encontró con sus dos abuelas, un abuelo, cinco tíos y tías y más familiares en la sede de Abuelas de Plaza de Mayo. Cinco años después, sentado en su despacho de la Legislatura que irradia un continuo movimiento de jóvenes, habla de otras coincidencias con Alicia: “Digamos que en circunstancias totalmente distintas y en lugares totalmente distintos, tuvimos una vida similar, la vida de club, la vida social de club. Y la constancia de ir a entrenar, de jugar cada fin de semana”.

La imagen deportiva de su mamá, que ahora percibe con mayor nitidez, se la transmitieron su familia biológica, una compañera que compartió el equipo con Alicia – cuyo nombre no recuerda – y Juan Carlos Junio, el actual director del Centro Cultural de la Cooperación que durante muchos años fue dirigente del club. “Todos con los que hablé destacaban el estilo con que mi mamá encestabá los tiros libres. Es una característica que me mencionaban y me llamó la atención eso. Junio conoció a mi papá,

a mi familia materna, a mis abuelos. Él recuerda con datos muy precisos cómo entrenaba mi mamá, cuando se acercó mi papá al club y se pusieron de novios. Y casualmente me lo encontré hace poco y mencionaba esto de cómo tiraba, que era la goleadora del equipo y la que más tiros libres metía”.

A Juan hay algunos datos que se le pierden entre esa información que, el día del reencuentro y toda junta, las Abuelas de Plaza de Mayo y Claudia Carlotto, la presidenta de la CONADI (Comisión Nacional por el derecho a la Identidad), le entregaron en un CD con un resumen del archivo biográfico de su familia biológica. Ése que se le dan a todo nieto recuperado “con un relato audiovisual de los lugares por los que pasaron sus padres, dónde vivían, por dónde se movían y que contiene el relato de gente cercana a ellos que cuenta todo”.

El material menciona al club Colegiales, donde se conocieron Damián y Alicia. “Mi mamá tenía ahí su grupo de pertenencia, sus amigos, sus compañeros. Mi viejo era del mismo barrio, aunque él ingresó al club cuando cerraron la Unidad Básica que estaba sobre la calle Zabala, muy cerquita. Entonces los dos comenzaron a hacer política ahí. Se conocieron a fines del 75, se casaron y en el 77 desaparecieron”, cuenta Juan mientras pregunta si puede fumar un cigarrillo.

El relato sigue: “Mi papá estaba en la JP; mi mamá era más admiradora del Che Guevara. Aunque por supuesto, con el vínculo que construye con mi viejo, también se le despierta el interés por el peronismo. Ella era la más chiquita de cuatro hermanos. La gente que la conoció me dice que era muy dulce. Muy dulce en el trato, en las formas, tenía una cara angelical, ésas eran sus características”.

Alicia era una buena estudiante, buena lectora – como casi toda su generación – y le gustaba escribir versos. También la cautivaban los temas musicales de bandas de rock nacional como Vox Dei, Almendra y Aquelarre. Había empezado la secundaria en el colegio religioso Compañía de María. Ella tenía 15 años cuando lo conoció a Damián y él (hincha de River y amante del automovilismo)¹⁹. Los dos hacían trabajo social en la ex villa miseria de Colegiales, donde se levantaba la cancha de fútbol del club Fénix. Juan calcula que a esa edad, su mamá dejó de jugar al básquet. En la historia que va rearmando de a fragmentos, se apura a explicar una situación que le contó Junio: “Él me dijo que en el club había una muchachada del Partido Comunista y que convivía en armonía con la JP cuando este sector apareció en el club. Algo que no pasó a otros niveles”.

En el Deportivo y Social Colegiales se mantienen sus equipos de básquet en la Federación Regional de Básquet de Capital Federal, se practican patín, gimnasia y artes marciales, se juega al casín (una variedad de billar), a las cartas y se enseña danza árabe. Las instalaciones en que los padres de Juan se conocieron también sirvieron de escenografía para varias imágenes de la película Luna de Avellaneda, de Juan José Campanella, que se estrenó el mismo año (2004) en que Cabandié recuperó su verdadera identidad.

G.V

(Página 12, 26 de abril de 2009)

El tenista al que le cortaron los sueños

Mientras habla, Edgardo Topo Schapira tiene frente a sí fotos en blanco y negro de su hermano mayor, Daniel. Y en su memoria, la imagen de una tarde. "Yo tenía 11 años y Daniel, 15 -rememora-, un día fui a jugar al tenis a San Lorenzo y unos muchachos de una barrita, de unos 18 o 19 años, me amenazaron por ser judío. Mi papá era de la Comisión de Tenis, y cuando le avisé los echaron. Ellos vinieron a buscarme a casa, en Pedro Goyena y Avenida La Plata. Pero Daniel se enteró y, solo, salió a hacerles frente con una botella en la mano".

Hace demasiado tiempo que Edgardo no puede repasar aquella anécdota con su hermano. Porque Daniel Schapira, que era tenista al igual que su hermano menor, es una de las miles de víctimas de la represión ilegal de la dictadura militar que usurpó el poder el 24 de marzo de 1976, hace hoy 27 años. El 7 de abril de 1977, Daniel fue secuestrado por un Grupo de Tareas, y continúa desaparecido.

Daniel Schapira, contemporáneo de jugadores como Rubén Cano y Pancho Mastelli, llegó a estar entre los 10 primeros del ranking argentino de Juveniles. A principios de los '70 casi no había tenistas profesionales, y Daniel se ganaba la vida dando clases. En esa época lo conoció, en el club Macabi, el hoy periodista Oscar Pinco. "Tenía la nariz pelada de pasar tanto tiempo al sol, lo tomé por un rubio fachero; era buen jugador pero lo imaginaba desinteresado de cualquier cosa que no fuera el deporte", cuenta Pinco, que hace dos años publicó la historia de Schapira en el diario Los Andes, de Mendoza. Los prejuicios de Pinco sobre el profe de tenis quedaron en nada un día de 1973, cuando lo encontró en una manifestación de protesta por el golpe contra el presidente chileno Salvador Allende: "De ahí en más hablamos muchas veces, y supe que tenía una preparación intelectual brillante".

Edgardo cuenta que su hermano empezó a militar en la Juventud Universitaria Peronista en la Facultad de Derecho -"ya en la secundaria quería ser abogado"-, y que fue ayudante de cátedra de Rodolfo Ortega Peña (asesinado por la Triple A en 1974) y Eduardo Luis Duhalde, abogados y defensores de presos políticos.

"Daniel era un caballero en el tenis, y un tipo leal en todo", dice su hermano, mientras mira a otro Daniel, su sobrino, que nació 8 meses después del secuestro de su papá (su mamá, Andrea Yankilevich, también está desaparecida). "En el '76 mi hermano militaba en Córdoba, y en un operativo le dieron tres balazos. Pero era fuerte, herido y todo pudo escaparse. La familia le pidió que dejara el

país, pero él se negó porque consideraba que era traicionar a sus compañeros. Yo admiro esa entrega que él tenía, su convicción".

En abril de 1977 Daniel fue secuestrado mientras viajaba en colectivo, cerca de San Juan y Boedo. Por testimonios de sobrevivientes se sabe que estuvo detenido ilegalmente en la ESMA. A Edgardo le duele contar que "lo torturaron, incluso un torturador al que le decían "Trueno" le disparó dardos venenosos para probarlos y Daniel tuvo un infarto". Los hechos figuran en el auto de procesamiento del juez español Baltazar Garzón contra represores argentinos, que indica que "Trueno" era el alias del represor Alejandro Pernías. En esa causa por genocidio y torturas está también acusado el ex marino Ricardo Miguel Cavallo, detenido en México en 2000.

Carlos Prieto

(Clarín, 24 de marzo de 2003)

PD: Daniel Schapira tiene una placa que lo recuerda desde el 17 de noviembre de 2004 en la Secretaría de Deporte. Cada 7 de abril se fijó hacer un torneo de tenis que lo evoque.

Jaque mate al olvido

“El ajedrez es un pasatiempo, pero es además un educador del raciocinio, y los países que tienen grandes equipos de ajedrecistas marchan también a la cabeza del mundo en otras esferas más importantes”, dijo el Che Guevara al abrir un torneo organizado por el Estado cubano en junio de 1961. Gustavo Ramón Bruzzone tenía apenas seis años cuando el revolucionario argentino pronunció aquellas palabras y ya movía los alfiles y las torres sobre un tablero en la vereda de su casa del barrio San Martín, en Santa Fe. Su padre Rodolfo les había enseñado a él y a su hermano mayor el juego ciencia, aunque nunca comprobaría la evolución de sus hijos. Una enfermedad terminal acabó con su vida en 1962.

Gustavo se transformaría con el tiempo en uno de los ajedrecistas más promisorios de la región, al punto de que los medios locales reflejaban sus condiciones. “Confirmando sus antecedentes y buen momento, triunfó el representante de la Federación Santafesina, Gustavo Bruzzone”, informó el Nuevo Diario allá por enero de 1972 tras un torneo de juveniles. Tanto se tomaban en cuenta sus atributos para el juego, que desde ese medio salió el dinero para pagarle la inscripción en el Argentino de Mar del Plata que la promesa no estaba en condiciones de abonar.

Un indicio de la conducta que guiaba a Gustavo lo dio el 24 de marzo de este año Ricardo Hase, su profesor, y además campeón santafesino en varias oportunidades, campeón zonal de seis provincias y seis veces finalista de campeonatos argentinos. En declaraciones formuladas al periodista Nicolás Lovaisa del diario UNO, lo recordó así: “Hay algunos ajedrecistas que se encierran en el juego y otros que juegan sus mejores partidas fuera de los tableros”. La vida comprometida de Gustavo le disparó esa reflexión.

El menor de los Bruzzone había nacido el 31 de agosto de 1954 en la localidad de San Javier, aunque junto a sus padres y su hermano mayor, también llamado Rodolfo, se mudó a Santa Fe al año siguiente, cuando derrocaron a Perón. Durante su niñez, Gustavo compartió el ajedrez con el fútbol. Era el arquero del club Gimnasia y Esgrima de Ciudadela, de donde su entrenador quiso llevárselo a Unión en 1965.

“Gimnasia no lo quiso ceder; se enojó, abandonó el club y no jugó nunca más”, evoca Irma, su mamá, que hoy tiene 84 años y pide gentilmente que su otro hijo comente las vivencias de Gustavo. El dolor por su ausencia le remueve un pasado que prefiere mantener en respetuoso silencio. Rodolfo, que tiene 57, saca cuentas y menciona que su hermano cumpliría 53 en un par de meses. Hoy continúa ligado al ajedrez a través de una escuelita donde les enseña a los chicos cómo hacer un enroque a cambio de una

módica cuota. Para el próximo sábado 30 de agosto ya tiene decidido que organizará un torneo al que le pondrá el nombre de Gustavo Bruzzone. Rodolfo compartía con él su amor por Unión de Santa Fe. “Íbamos siempre a la cancha, éramos muy tatengues los dos. En 1966, cuando fuimos campeones, llevábamos a la cancha un muñeco con la cara de Victorio Nicolás Cocco, que era nuestro ídolo”, le dijo a Lovaisa en aquella nota. Hase también lo recordó como un joven que tenía un intenso afán de conocimiento.

Además de competir, y ya en su adultez, el menor de los hermanos Bruzzone sería designado profesor de ajedrez por el Ministerio de Educación en la escuela General San Martín, donde había cursado la primaria. En 1974 se casó con su novia de siempre, Carmen Liliana Nahs, con quien militaba en política y decidieron mudarse a Rosario. No había sido una opción voluntaria. La represión y el accionar de la Triple A les hicieron tomar decisiones semejantes a muchos jóvenes comprometidos como ellos.

El 19 de marzo de 1977, cuando la dictadura militar ya se había ensañado con miles de argentinos, Gustavo salió de su casa para buscar su Citroën 3CV que había quedado en reparación en un taller mecánico. Era el mismo auto que doña Irma vería muchos años después en Santa Fe cuando caminaba haciendo compras por la ciudad. “Sí, el mismo, con la misma patente y todo”, le confirma Rodolfo a Página/12. Desde aquel día de hace 31 años, la familia Bruzzone no volvió a saber de él. “Recorrimos hospitales, comisarías, pero nadie sabía nada”, dijo la mamá en marzo pasado.

Gustavo no había cumplido aún los 23 años. Todavía continúa desaparecido y ni siquiera hay una causa judicial donde esté mencionado su nombre. Es uno de los 30 mil, pero también uno de los tantos deportistas que un día abandonó su juego, el ajedrez, para tratar de darle un simbólico jaque al sistema. Aunque en ello le fuera la vida, como finalmente ocurrió. Igual que a muchos de su generación: el atleta Miguel Sánchez, los rugbiers de La Plata, el tenista Daniel Schapira, el jugador de fútbol Carlos Alberto Rivada, la jugadora de hockey Adriana Acosta y otros que aún faltan rescatar del olvido.

G.V

(Página 12, 15 de junio de 2008)

El arquero que volvió de la muerte

La historia que Claudio Tamburrini empezó a vivir el 23 de noviembre de 1977 es uno de esos relatos que, una vez superado el momento en que el horror deja de ser inenarrable, cuando su puesta en discurso pasa a ser imprescindible, no necesita de adjetivos ni de trucos narrativos. Decir que el suyo es un relato "terrible" o "dramático" no sólo le quedaría chico, sino que en cierto modo opacaría su verdadera naturaleza. Al escucharlo contar una vez más (como hizo durante el juicio a las juntas militares) el cautiverio de ciento veinte días que sufrió junto a otros detenidos en la Mansión Seré y los avatares de la fuga, uno se da cuenta de que Tamburrini evita todo efectismo: no busca provocar piedad, no se esfuerza por impresionar al interlocutor. Su relato es parco y detallado, contenido y a la vez lleno de matices vívidos, un testimonio que desafía las leyes de la literatura más imaginativa y que, como auténtico non fiction, terminó convirtiéndose en una pieza clave en el juicio histórico de 1985. A tal punto que sirvió para condenar al brigadier Orlando Agosti. Y no sólo eso: durante aquella estadía en Argentina, el joven que, al momento de ser secuestrado por un "grupo de tareas", era futbolista (arquero del club Almagro) y, al momento de volver en 1984 (sólo como turista) preparaba su doctorado en filosofía en Estocolmo, terminó trabajando en el alegato final junto al equipo del fiscal Julio César Strassera.

Actualmente Tamburrini sigue viviendo en Suecia, pero desde aquel primer regreso de 1984, empezó a modificar su relación con Argentina. Especializado en derecho penal, a partir de 1996 se dedica a investigar la relación entre ética y deporte; viene frecuentemente a dar charlas y seminarios a la Facultad de Filosofía y Letras (donde no pudo concluir sus estudios bajo la dictadura) y acaba de embarcarse en dos nuevos proyectos: dar nuevas vueltas de tuerca sobre su experiencia, escribiendo Pase libre, una novela sobre los hechos de la Mansión Seré ("con muy poco de ficción") y revisar un guión cinematográfico basado en esos mismos hechos. "La historia durmió por lo menos quince años, concretamente desde el Juicio a las Juntas. En parte porque estuve haciendo otras cosas y en parte porque sentía que era algo que quería hacer, pero con la distancia que da el tiempo", dice Tamburrini.

EN CAUTIVERIO

El joven Claudio llevaba dos vidas paralelas en 1977: por las tardes entrenaba en el club Almagro y por las mañanas y las noches estudiaba filosofía. "Eran dos vidas que no se comunicaban entre sí, porque yo no hablaba de un mundo en el otro. Mi proyecto personal era seguir con el fútbol a ver si podía lograr cierta trascendencia en eso, y a la vez llegar a doctorarme en filosofía". Pero en noviembre de ese año fue secuestrado por un grupo de tareas, a raíz de su militancia universitaria, y aquellas dos vidas quedaron en suspenso.

Cuando se produjo el golpe de 1976, la otrora majestuosa Mansión Seré fue cedida por el intendente Cacciatore a la Brigada Aérea de Morón. El edificio principal, una casa de dos pisos ubicada en un predio que después de sucesivos loteos abarcaba cinco hectáreas en Castelar, había sido usado como casino de oficiales hasta que, en 1977, fue convertido en uno de los centros clandestinos de detención de la dictadura. Ahí estuvo secuestrado durante ciento veinte días Claudio Tamburrini; de allí se escapó la madrugada del 24 de marzo de 1978.

"Después de los primeros días de detención me pasaron a un cuarto donde había otras cuatro personas. Pasadas las Fiestas, empezó a correr la versión de que seríamos trasladados a una base en Morón, lo cual nos daba una esperanza: creíamos que ahí nos iban a poner a disposición del PEN. Había un guardia de nombre Lucas, que nos alentaba en este sentido, especialmente a uno de los muchachos, Guillermo Fernández, con quien había trabado una relación especial, en parte lo protegía. Pero a fines de enero sacaron a dos de los cuatro muchachos que estaban allí, Jorge y Alejandro, diciéndoles que iban a ser trasladados. Todos lo tomamos con alegría, porque era prueba de que los casos se estaban moviendo. Cuando ese guardia llamado Lucas volvió a la Mansión, en febrero, nos preguntó si nos habíamos enterado de Jorge y Alejandro. Nosotros les dijimos que sí, que habían sido trasladados. Sarcástico pero sorprendido, él comentó: ¿Eso les dijeron? Aquellos dos están bajo tierra. Enterarnos de la verdad coincidió con el empeoramiento de las condiciones. Por esos días, volvió la patota del grupo de tareas y se cayó cualquier expectativa de traslado. Fue un momento desesperante. Yo tuve la convicción de que todo iba a empeorar aun más".

EL PLAN DE FUGA

El relato mítico de la fuga de los cuatro detenidos cuenta una especie de "gran escape" hecho en medio de las pésimas condiciones en que se encontraban -desnudos y atados con correas de cuero durante la noche-; sin embargo, el verdadero disparador de la fuga fue un hecho nimio. "Una tarde, Guillermo encontró por casualidad debajo de su cama un clavo que sostenía el elástico y que estaba medio suelto. Se paró y probó abrir la ventana con él. Por supuesto, al picaporte del lado de adentro lo habían quitado. Pero no habían tapado el agujero. Maniobrando con el clavo, logró abrir la ventana. En ese momento nos dimos cuenta de que la patota estaba en la casa, porque al abrir la ventana escuchamos las voces. Inmediatamente cerramos, pero ya en aquel momento Guillermo empezó a elaborar el plan de fuga: abrir la ventana, desatar el cable de plancha que unía las persianas, atar las colchas con las que dormíamos, reforzar las uniones de la colcha con esas correas de cuero con las que nos ataban las manos y las piernas antes de ir a dormir, salir al balcón, afirmar la colcha para bajar por el balcón, bajar al jardín y salir corriendo. Con el cable de plancha que sujetaba las persianas, íbamos a hacer un puente eléctrico para escapar en un auto".

Pero los días pasaban y ellos postergaban el momento de la fuga. Entre otras razones, porque los cuatro que debían compartir su destino no terminaban de ponerse de acuerdo. Las diferentes guardias tenían distintas modalidades, y esperaban una que fuera más "profesional", con rigor en los horarios, cosa que hiciera más previsibles sus movimientos de vigilancia. Unos pocos días antes del 24 de marzo de 1978, sin embargo, los acontecimientos se precipitaron. "Había una broma recurrente que hacían los de la patota. Entraban y decían: ¿Quién es el arquero de Almagro? Yo, señor, contestaba, y ya me iba poniendo en guardia, porque por lo general me pegaban muy fuerte en la boca del estómago mientras decían: Atajate ésta. Alrededor del 20 de marzo entraron, nos pegaron a todos, pero en lugar del chiste, un tipo se paró a mi lado y, en vez del 'chiste', me puso una pistola en la cabeza y dijo: Sabemos que están preparando una fuga. Y los dejamos. Para bajarlos cuando salgan. Ese incidente generó un conflicto entre nosotros, porque si bien podía ser una apretada más, nos dio mucho miedo. Un par de noches después, Guillermo Fernández me dijo que él creía que no tenía otra alternativa que fugarse porque lo iban a matar. Habían vuelto a torturarlo después de varios meses y le habían tirado datos nuevos que ponían, o iban a poner en evidencia que él les había estado dando información falsa. Todo eso apresuró la fuga, finalmente, para el 24 de marzo".

Los fugitivos siguieron al pie de la letra los pasos previstos en el plan (Fernández logró zafarse de las correas de cuero y desatar a los otros), salvo que no hubo manera de encontrar un auto para alejarse de la zona. Uno de los aspectos más escalofriantes de sus testimonios es aquel que refiere que, ya afuera del predio de la Mansión Seré, los helicópteros de la brigada salieron a rastrearlos y una providencial tormenta eléctrica los obligó a volverse a la base. Desnudos, descalzos, rapados, jugados a todo o nada, los tres fugitivos se mantuvieron ocultos mientras Guillermo Fernández conseguía ropa y partía en busca de un teléfono. Cerca del amanecer, los otros tres fueron rescatados por el padre de uno de ellos, quien había recibido el desesperado mensaje de Fernández. Increíblemente estaban a salvo. Para Claudio Tamburrini empezaba la segunda parte de la historia, la más ambigua: formalmente nadie lo perseguía. Pero él se sabía en peligro. Y no se equivocaba.

EN TRANSITO

"Las primeras semanas estuve en casa de gente amiga. Cambiaba de vivienda, de costumbres, manejé un taxi por un tiempo, y por supuesto no volví a jugar más al fútbol. Lo único que hice ligado a mi vida anterior al secuestro fue volver a la facultad, meses después, en diciembre de 1978, para rendir dos exámenes. La situación era muy confusa, porque al hacer averiguaciones descubrí que no tenía antecedentes ni pedido de captura. Incluso tramité el DNI nuevo, para sacar el pasaporte. Pero cuando mi novia de entonces lo fue a retirar, le dijeron que el documento estaba retenido y que tenía que ir yo personalmente. Ahí me di cuenta de que no era cuestión de grupos aislados parapoliciales: evidentemente había conexiones entre ellos y todas las dependencias del Estado. Con la cédula salí por Puerto Iguazú hacia Brasil, y desde allí viajé a Suecia con status de refugiado. Recién pude sentirme instalado en una vida normal ya en Estocolmo. Allí retomé mis dos viejas vidas paralelas: seguí jugando unos meses al fútbol en un club de primera hasta que me cedieron a otro donde ya no era profesional. Ahí dejé el fútbol, porque en realidad no me divertía jugar de arquero: aquí era una manera de tener trabajo. Así que retomé los estudios y me metí de lleno en eso".

Cuando se le pregunta si todavía hoy sueña con el cautiverio en la Mansión Seré, Claudio Tamburrini dice que ya no. "Hasta hace unos años, digamos los primeros cinco años que siguieron, sí tenía un sueño recurrente: estaba en un lugar abierto, no el cuarto del cautiverio, pero yo sabía que desde alguna parte me estaban vigilando, estaban acechando si yo quería salir. Lo tenía bastante seguido,

siempre más o menos igual. ¿Qué creo que me hubiera pasado si no me fugaba? Creo que me hubieran matado”.

JUICIOS Y CASTIGO

A lo largo de los años, Tamburrini fue recomponiendo su relación con Argentina, que en este momento lo encuentra viajando bastante seguido y con el deseo de publicar pronto su novela testimonial. “A partir de 1985, empecé a venir muy seguido, entre dos y tres veces por año. Mi inserción fue muy abrupta, porque en 1984 llegué como turista y terminé no sólo dando testimonio en el Juicio a las Juntas sino trabajando también en la parte del alegato final, que tiene que ver con la justificación de la pena que se pedía para los comandantes. De hecho, mi decisión de dedicarme a la filosofía penal fue un coletazo del Juicio a las Juntas. Conversando con Strassera, él me sugirió que investigara el tema de la justificación ética del castigo jurídico, para mi tesis doctoral. Cuando volví a Suecia, hice efectivamente mi tesis sobre ese tema y seguí trabajando en filosofía penal. A partir de 1996 también empecé a trabajar en las relaciones entre ética y deporte. A eso me dedico desde entonces, publicando mucho, especialmente ahora, que estoy en un momento de mucha producción”.

Tamburrini cree que ha llegado el momento de escribir el libro sobre lo que sucedió en la Mansión Seré y de contemplar el proyecto de que se filme una película. No sólo por sus tiempos emocionales: “También es un tiempo político justo. Es algo que advierto cuando vengo a Argentina: son días muy intensos en lo emocional pero también son un tiempo de reflexión. Hace poco estuve en un programa periodístico donde me preguntaron un típico cliché: qué siento yo, habiendo estado detenido, en un país donde la gente suele mirar para otro lado. Yo contesté que, en principio, todas las sociedades miran para otro lado. Y hasta es necesario, quizá, porque en un momento hace falta respirar un poco y tomar aire para más adelante. Pero si hay algo que caracteriza a la sociedad argentina es que, en el tema de los derechos humanos, no miró para otro lado: en cuanto fue posible sacar el tema y discutirlo abiertamente, se lo hizo. Y no se agotó, a pesar de la obediencia debida, el punto final y los indultos. Hoy no sólo hay Madres, Abuelas; hay Hijos también. Mansión Seré es el primer museo en su género en toda América latina, una Casa por la Memoria y por la Vida. Y todo eso pasa porque el tema no está cerrado. Faltan deslindar responsabilidades, pero también creo que la gente entiende, aunque sea intuitivamente, que muchas situaciones de desigualdad económica y social que aún se dan hoy, se originaron en el terror de esa época, durante la dictadura militar”.

VOLVER

Aunque parezca increíble, Claudio Tamburrini volvió a Mansión Seré en plena dictadura, aproximadamente al año de la fuga. Necesitaba ver de vuelta, a la luz del día, ese lugar que había visto por última vez la noche de la fuga. Años después, cuando se encontró con Guillermo Fernández en Europa, descubrieron que los dos recordaban la misma escena: darse vuelta en mitad de la huida hacia la libertad para fijar una imagen final, la casa ya lejos, y una luz mortecina emanando del cuarto donde habían estado encerrados. Pocos días después de la fuga, los represores incendiaron el edificio principal de Mansión Seré, trasladando a los detenidos a otros lugares, y luego la dinamitaron para borrar los rastros.

"En julio estuve en la inauguración de la Casa por la Memoria y por la Vida. La primera vez que volví allá fue una locura, por supuesto, pero sentía que tenía que hacerlo. Supongo que pasa por una relación muy particular con ese lugar. Yo comparto el duelo colectivo por los desaparecidos y los muertos; en lo personal, la experiencia que yo viví ahí me sigue movilizándolo, generando vivencias y haciendo crecer. Yo sé que lo que voy a decir es muy difícil de poner en palabras, porque las palabras en una entrevista no registran las sensaciones que pueden acompañarlas. Pero lo que viví es una historia que, sabiendo el final, aceptaría volver a vivir".

Claudio Zeiger

(Página 12, 27 de agosto de 2000)

Lacoste, el hombre del Mundial

“El hito histórico no es el Mundial ni el fútbol. El hito histórico es que pasamos de perdedores a ganadores. No en fútbol, en todo”. (Carlos Alberto Lacoste).

El gesto altivo y la pose de marino sedicioso que lo caracterizaban se habían ajado con el paso del tiempo. Ya setentón, sólo conservaba su aspecto rollizo – que hacía juego con su apodo de juventud, “el Gordo” – y un pasado tan siniestro como la dictadura militar que lo había entronizado en puestos clave: Presidente provisional de la Nación, ministro de Acción Social, titular del Banco Hipotecario y de la Secretaría de Vivienda. Pero en ninguna de esas funciones, ni siquiera en los once días que condujo al país durante diciembre de 1981, Carlos Alberto Lacoste acumularía tanto poder como en el fútbol.

Fue la cara del régimen en nuestro deporte masivo, controló al Ente Autárquico Mundial '78 y, por añadidura, todo lo relativo al campeonato que se jugó ese año mientras desaparecían miles de argentinos. Su mando, incluso, no decreció ni siquiera en democracia. Conservó la vicepresidencia de la FIFA hasta que Julio Grondona lo reemplazó en ese cargo cuando gobernaba Raúl Alfonsín. Con la muerte del vicealmirante, hombre de Emilio Massera y de José López Rega también, parecería que concluye la historia política más sombría del fútbol nacional, aunque en realidad es al revés: simbolizó una etapa sobre la que aún resta investigarse y escribirse demasiado.

Lacoste había nacido el 2 de febrero de 1929 en el barrio de Belgrano, donde solía vérselo caminar sin contratiempos por sus calles. Cierta vez, este periodista notó su presencia cuando esperaba para ingresar al cine a una cuadra de Cabildo y Juramento. Por entonces, otros militares como él, ya vivían cada tanto esporádicas temporadas tras las rejas. Pero a él, la gente no lo reconocía y ese era su mejor salvoconducto para pasar inadvertido.

Integrante de la promoción 77 de la Armada, había participado en el golpe de 1955 y a partir de 1961 se instaló seis años en los Estados Unidos para realizar cursos en administración y armamentos. Era primo de Raquel Hartridge de Videla y también primo político de Leopoldo Galtieri. Esos vínculos familiares explican en parte, sólo en parte, su carrera como funcionario de la última dictadura.

En octubre de 1974 y como capitán de navío, se sumó a la comisión formada en el Ministerio de Bienestar Social para tratar de organizar el Mundial '78. Representaba a la marina en ese ámbito donde convergían el comisario Domingo Tesone, quien años después sería presidente de Argentinos Juniors, Paulino Niembro, el sindicalista y dirigente de Nueva Chicago que concurría en representación de la AFA y hasta el mismísimo Lorenzo Miguel, por las 62 Organizaciones, entre otros. Lacoste estaba allí gracias a la influencia de su superior, el por entonces vicealmirante Massera y a la venia de López Rega.

Consumado el golpe de 1976, el marino se convirtió en un sujeto omnipresente dentro del fútbol argentino. Y, sobre todo, después de que lo asesinaron al general Omar Actis, designado para encabezar el EAM '78. Este militar, quien había sido jugador de la tercera de River en la década del '40, resultó cosido a balazos el 19 de agosto del '76, el mismo día en que se aprestaba a dar su primera conferencia de prensa como el hombre clave del Mundial. El episodio ocurrido en Wilde se le atribuyó a la guerrilla, pero las inútiles pruebas que se recogieron allí, llevaban otra marca, más relacionadas con el ancla de los uniformes que lucían las patotas armadas por Massera.

Lacoste no perdió el tiempo. Ni siquiera concurrió al velatorio de Actis, a quien secundaba en el EAM '78. Desde ese momento, comenzó a manejar a su antojo la organización del Mundial pese a que el ejército reemplazó al uniformado muerto con el general Antonio Merlo. Una de las primeras medidas que le simplificó su tarea fue el decreto 1261 de abril del '77. Permitía que el ente a su cargo mantuviera “reserva en la difusión de sus actos”.

El vicealmirante se movió a sus anchas en la AFA donde colocó a su amigo, el abogado Alfredo Cantilo y también respaldó la candidatura de su sucesor, Julio Grondona, quien continúa en la presidencia hasta hoy. “No sé si él tenía peso, pero en la AFA no se metió jamás. No se le permitió hacerlo”, dijo hace unos años Cantilo, sin convencer. La dictadura, a diferencia de otros gobiernos de facto como los de 1955 y 1966, no intervino a la asociación del fútbol argentino. No hacía falta. Ni siquiera le importaba lo que determinara la FIFA que, en teoría, no acepta la intromisión de los estados sobre sus países afiliados. Lacoste controlaba todo desde el EAM '78.

El Mundial le salió a la Argentina unos 517 millones de dólares, 400 más que los pagados por España en la siguiente edición de 1982. Y jamás se presentó un balance, de lo que Lacoste se jactaba. Según él, las cuentas de ese mega-evento constaban en apenas siete carillas que no valían la pena difundirse. El periodista Aldo Proietto, a cargo de las informaciones oficiales en el EAM '78, quizá recuerde esta anécdota que su jefe solía repetir ante la prensa.

Sea como fuere, la FIFA premió al vicealmirante como miembro del Comité que organizaría el Mundial de España, aunque se topó con una traba formal. No integraba la comisión directiva de ningún club ni cumplía funciones en la AFA. Sólo era un confeso hincha de River, esa especie de patio trasero para él, donde se sentía con derecho a hacer de todo: desde serrucharle el piso a un ídolo como Angel Labruna para reemplazarlo por Alfredo Di Stéfano, hasta presionar a Ubaldo Fillol para que renovara su contrato por la suma que los dirigentes le ofrecían.

Su amigo Joao Havelange, sin embargo, le encontró la vuelta a aquel problema. Y entonces, Lacoste reemplazó en la vicepresidencia de la Confederación Sudamericana de Fútbol (CSF) al fallecido Santiago Leyden, con lo que se le abrieron las puertas de la FIFA. El 7 de julio de 1980 lo designaron como vice de la federación internacional, donde llegó a ocupar seis cargos. Su ambición de poder no le permitió cumplir siquiera, lo que había prometido durante una entrevista que le formularon apenas terminado el Mundial '78.

“Cuando termine la liquidación del EAM vuelvo a mi arma, que es mi familia y junto a mi familia”.

Gustavo Veiga

(Página 12, 27 de junio de 2004)

PD: Lacoste falleció el 24 de junio de 2004 cuando tenía 75 años. Su muerte se conoció a través de varios avisos fúnebres que publicaron sus familiares y amigos en los diarios.

Cassanello, siempre Cassanello

Julio Cassanello corta por lo sano. Mete la mano en el bolsillo de Miguel Angel Bruno y vuelve a poner su voto. Minutos antes, alguien lo había cambiado por el de Mario Moccia, su rival. Es que el pobre Bruno ni siquiera sabía dónde se votaba el 18 de mayo pasado, en las elecciones para presidente del Comité Olímpico Argentino (COA). Creía que en el primer piso, lo llevaron a la planta baja y le cambiaron dos veces el voto. El ex interventor de la Confederación Argentina de Deportes (CAD) pasa los 80 años. Y algún pícaro quiso aprovecharse de él. Con Bruno asegurado, Cassanello ya está 2-0. El primer voto fue el de su padrino, el coronel Antonio Rodríguez presidente del COA desde 1977, por orden militar y voto olímpico. Seis veces reelegido y a los 79 años dando las hurras, tras 28 en el cargo.

Cassanello tiene otras ayudas. Cuentan que al coronel Jorge Monge, representante de la Federación Deportiva Militar, lo llama un superior y le ordena no salir de su casa hasta después de las diez de la noche, tarde para darle su voto a Moccia. Y a Cristian Attance, representante del bobsleigh y skeleton lo hacen venir de Costa Rica por un día sólo para votar por Cassanello. El voto del bobsleigh, esos carros que se deslizan en la nieve, sin canchas en Argentina y con menos de una decena de practicantes en el país, termina siendo clave. Cassanello gana 26-25 en una votación que es casi una interna militar. Porque así como el coronel Rodríguez busca uno por uno los votos para Cassanello, los de Moccia tienen la protección del mayor del Ejército Sergio Groupierre. Moccia se conforma con ser reelegido tesorero. Al fin y al cabo, todos son parte de la familia olímpica. La familia que lleva décadas votándose a sí misma. En dictadura y en democracia. De uniforme o de civil.

Cassanello ya había ganado una elección. En 2003 lo reeligieron presidente de la Confederación Argentina de Taekwondo (CAT). Hubo dos listas, la de Metropolitana y Buenos Aires y la del interior. Ambas, eso sí, con Cassanello a la cabeza. ¿Cuál fue el resultado? Cassanello 7 vs Cassanello 5. Ganador: Cassanello, un hombre del fútbol que ni siquiera sabía lo que era un tatami cuando le ofrecieron acercarse al taekwondo, ironizan sus críticos. El taekwondo de la WTF (el oficial en Argentina, porque también existe el de la ITF), es poco vistoso. Sólo los muy especialistas entienden a veces quién va ganando. Dicen que el surcoreano Kim Un Yong logró incorporarlo igualmente como deporte olímpico después de repartir algunos Mercedes Benz. Kim, que soñó con ser presidente de Corea del Sur, está arrestado en Seúl por corrupto. Un escándalo que lo dejó afuera del Comité Olímpico Internacional (COI), del

que era vicepresidente. A Rogelio Lomazzo, entonces presidente del taekwondo argentino, también lo echaron por estafar a la Secretaría de Deportes de la Nación. Fue la oportunidad para Cassanello, que dejó al fútbol por la CAT. Hasta aquí relatos tragicómicos. Pero la historia del hombre que a partir de octubre asumirá como nuevo presidente del olimpismo argentino tiene costados menos coloridos.

Cassanello se incomoda. Intendente de Quilmes entre 1979 y 1982, en los días de las elecciones en el COA, a Cassanello, de 66 años, no le gusta leer que los diarios lo recuerden como "funcionario de la dictadura". ¿Cómo llegó allí? Por el prestigio ganado como presidente del club Quilmes, que bajo su gestión conquistó en 1978 su único título en la era profesional del fútbol. Lo designan secretario general de la Asociación de Fútbol Argentino (AFA). Encabeza la delegación de aquel brillante equipo de Diego Maradona y Ramón Díaz del Mundial juvenil de Japón, en 1979. Argentina gana la final 3-1 nada menos que a la Unión Soviética. Y el "Gordo" José María Muñoz se desespera por Radio Rivadavia para lograr la conexión con el ex general Videla, que habla primero con el técnico César Menotti. "Mucha suerte en su gestión", lo despide el entrenador. Y viene Cassanello.

"Veo nuevamente al pueblo argentino volcado ya en las calles al grito de Argentina rememorando al que hace casi un año atrás fuera nuestro campeonato mundial", le dice Videla.

Responde Cassanello: "sus palabras constituyen el honor máximo al que puede aspirar este grupo de jóvenes argentinos...Tenemos la convicción creíble de que realmente hemos podido demostrar a través de nuestra estada aquí la forma de ser libre, la forma de pensar, la forma de vivir de toda una juventud argentina, de hoy y de siempre". "Los argentinos -dice también Muñoz en aquellas horas- somos derechos y humanos".

Cassanello tiene sus padrinos. Llega al club Quilmes de la mano del ex jugador y luego presidente Amílcar Rosso. El mismo que, ante un pedido de Alberto J. Armando, mítico presidente de Boca, que una vez le pidió un partido para saldar una deuda, le respondió: "no puedo mandar al equipo para atrás". Rosso, según lo confesó en una asamblea, optó por incluir a un jugador de modo antirreglamentario. Armando protestó y Boca ganó los puntos. La tradicional Lista Azul de Cassanello renuncia en masa a fines del '83. Deja un club con las líneas de teléfono cortadas por falta de pago, las cuentas bancarias cerradas por el Banco Central, tres meses de deuda a los jugadores y seis a los empleados, que estaban en huelga.

Pero Cassanello había dejado el fútbol. Tras el emotivo diálogo con Videla, en 1979 se convierte en intendente,

aprobado, según cuentan, por el general Ibérico Saint Jean, uno de los militares más tristemente célebre de la dictadura. Había muerto el comodoro Osvaldo Galli y lo ponen a él, un afiliado de la UCR, donde llegó de la mano del caudillo Esteban Tomero. Numerosos radicales deben exiliarse. Muchos son torturados, como Hipólito Solari Yrigoyen. Otros son asesinados, como el abogado de La Plata Sergio Karakachoff. Cassanello es uno de los trescientos intendentes que la UCR presta a la dictadura. Llena de rosas las plazas. Pavimenta calles con la empresa De Armas como favorita, dialoga con entidades de bien público y se va en el '82. Un proyecto de partido cívico-militar ideado por el Ejército y del que él forma parte junto con el entonces intendente de Lanús, Gastón Pérez Izquierdo, termina en la nada. Llega la democracia. El Concejo Deliberante recuerda casos de NN en el cementerio, el centro clandestino Pozo de Quilmes a ocho cuadras de la intendencia, contratos polémicos de basura. Lo preside Juan Carlos Colela. Y con el voto de 13 radicales y 11 justicialistas lo declara "persona no grata". Cassanello vuelve al deporte. Viaja por el mundo, ve taekwondo y habla de fair play olímpico.

Cassanello vuelve a la política. El tiempo todo lo olvida y en 1991 se postula como candidato a intendente de Quilmes con la Unión Vecinal. Supera a su ex partido, la UCR, pero termina segundo detrás del candidato del PJ, Aníbal Fernández, actual ministro de Interior. La Unión Vecinal no es justamente opositora. "Amigos son los amigos, Aníbal Fernández + Julio Cassanello= Aumento de impuestos", dice un volante, que muestra a los concejales de Unión Vecinal votando con los del PJ un fuerte aumento de impuestos. Firmado por la Unidad para un cambio Radical por Quilmes, se titula "La Boda del Año". Aníbal Fernández aparece vestido de novio y Cassanello de novia. Detrás, con la cola de la novia, está Angel Abasto. El diputado, dicen, es el operador clave para que el peronismo bonaerense comandado por Eduardo Duhalde apruebe sin más la designación de Cassanello como juez de la Sala I de la Cámara de Apelaciones en lo Civil y Comercial de Quilmes. Su currículum, sin carrera judicial previa, ni docencia destacable, no es el mejor. Pero sí el más recomendado.

Cassanello sabe aprovechar los momentos. De Quilmes campeón a intendente de la dictadura. De la Unión Vecinal a juez de Duhalde. Y del taekwondo al sillón olímpico. El pasado vuelve. "Hable con los vecinos de Quilmes", responde Cassanello cuando le preguntan sobre sus años con la dictadura. Uno de esos vecinos guarda hoy los volantes que recibió en su casa cuando Cassanello se postuló para ser otra vez intendente, pero ya en democracia. Uno de esos volantes dice: "Los vecinos de Quilmes tenemos buena memoria". Cassanello aparece en un acto público al lado de

José Alfredo Martínez de Hoz y de Videla. Sigue el texto: "Jorge R. Videla: 30.000 desaparecidos-miles de torturados y asesinados-Logia P2. José Alfredo Martínez de Hoz: Deuda externa-Destrucción de la Industria-Caso Italo-Corrupción-60 mil millones de dólares fugados. Julio Ernesto Cassanello: Caso Venturino, 4 millones de dólares de defraudación al Municipio- Cadáveres NN en el Cementerio Municipal-Legajos de personal municipal enviados a los centros ilegales de tortura-Caso Montes, 400 mil dólares por una obra que no se hizo". Y termina el texto: "Los pueblos con memoria no repiten sus errores. Fundación por la democracia - Quilmes".

Al fallecido monseñor Jorge Novak, entonces obispo de Quilmes, lo entrevista el diario Nuevo Horizonte. Setiembre de 1991. Le dice el periodista que "aquí mismo, en Quilmes, se presentan en estas elecciones candidatos que tienen un pasado y una pertenencia en ese llamado Proceso de Reorganización Nacional" y le pregunta "qué respuesta debe dar el católico ante estos señores, ante los personeros de la muerte y sus cómplices". Responde Novak: "Lo que tiene que hacer el católico es pedirle a estos personajes que renuncien públicamente a los que han hecho o a lo que han colaborado. Que pidan perdón, que hagan reparación para hacerse fiables. El católico tiene que exigir, como cualquier otro ciudadano, a que se conviertan y pidan perdón y repudien su propia acción. para que puedan ser candidatos dentro de un sistema que ellos denostaron, rechazaron y del cual nos privaron".

Ezequiel Fernández Moores

(Un Caño, número 2, julio de 2005)

PD: Julio Cassanello sucedió al coronel Antonio Rodríguez, quien fue presidente del Comité Olímpico Argentino entre 1977 y 2005. En septiembre de 2008 tuvo que renunciar empujado por las denuncias sobre su pasado como intendente de Quilmes durante la dictadura.

El señor Suárez

El señor Suárez parece un anciano apacible. Goza de todos los derechos ciudadanos, camina por la calle sin urgencias y gusta cubrir su calva con una gorra. Sin embargo, sus apariciones públicas son cada vez más furtivas, acaso porque teme beber un mal trago. Una de las escasas actividades sociales que cumple se desarrolla en el club con el que siempre se identificó: Argentinos Juniors. De vez en cuando suele ver algún partido en el estadio de Ferrocarril Oeste, donde su equipo favorito juega como local. Cuando asiste al fútbol no paga la entrada. Posee el carnet de asociado N° 322.082 de la institución cuyo corazón late en el barrio de La Paternal. Pero además, goza de un privilegio destinado sólo a cierta gente; es socio honorario. También -se ha dicho- sería presidente de la Comisión de Patrimonio de la entidad.

El señor Suárez abandonó hace tiempo todo vestigio anglosajón de su apellido. En el padrón de socios de Argentinos figura como Guillermo Suárez (no aparece su primer nombre, Carlos). Ya no es Mason, como Perry, el famoso abogado de una serie de televisión. El genocida indultado, general todopoderoso en los tiempos más sangrientos de la represión ilegal, está en condiciones de votar el próximo 28 de noviembre por cualquiera de las tres listas que se presentan para conducir el club. Su imagen, un tanto difusa para muchos jóvenes argentinos, sobrevuela a los candidatos -perturba a varios, seguramente despierte simpatías en alguno- y devuelve hacia el presente los más oscuros recuerdos de un pasado inconcebible y cruel.

El señor Suárez no está solo en la institución de La Paternal. Su cuñado, Félix Alejandro Alais, alias el "Oso", es el propietario de la empresa de seguridad "Fast" que custodia el complejo deportivo Malvinas, en la calle Punta Arenas 1271. Este ex comisario fue denunciado el 8 de marzo de 1983 por el oficial inspector de la Policía Federal, Rodolfo Peregrino Fernández, ante la Comisión Argentina de Derechos Humanos (CADHU). Su colega lo acusó de integrar la Alianza Anticomunista Argentina (Triple A), bajo la tutela de Alberto Villar y consideró "altamente probable" que haya intervenido en el asesinato del diputado nacional Rodolfo Ortega Peña. Suárez Mason está casado con Noemí Angélica Alais, la hermana del "Oso". Pero los lazos familiares y políticos del general no se agotan allí.

Eduardo Anguillesi es el actual titular de la Asamblea de Representantes de Argentinos Juniors y, a su vez, es cuñado de Félix Alais. Hoy aspira a conducir la tesorería del club por la lista "Argentinos Unidos" que lleva como candidato a la presidencia a Oscar Giménez, quien intentará continuar en el cargo durante un nuevo período.

Anguillesi -un próspero agenciero de loterías-, Alais y Suárez Mason coinciden a veces en determinados eventos sociales. No resulta casual, entonces, que el ex colaborador del temido comisario Villar haya obtenido la tutela del polideportivo. En tiempos más propicios, el ex jefe del Primer Cuerpo de Ejército y su cuñado solían almorzar en el desmantelado asilo San Miguel, contiguo al predio Malvinas. Ahora, "Pajarito" trata de pasar inadvertido en la tribuna los días de partido y el "Oso" es detectado en ocasiones cuando pasa a cobrar por la sede social alguna factura de los servicios que presta "Fast".

La lista "Frente para el cambio" lleva como candidato al máximo cargo al empresario Luis Miguel Segura, vicepresidente durante el período en que el fallecido Próspero Cónsoli gobernaba a la institución. Este había sido militar y hombre de confianza de Suárez Mason, a tal punto que el general llegó a sostenerlo en la presidencia del Círculo de Suboficiales del Ejército cuando tambaleaba en ese puesto durante la dictadura por su filiación peronista.

La dimensión de los favores que el genocida le hizo al club mientras disponía de la vida de tantos argentinos indefensos, obtuvo como moneda de cambio el reconocimiento.

Cónsoli, Segura y los dirigentes que conducían formalmente el club, le otorgaron la distinción de socio honorario o presidente de la Comisión de Patrimonio, mención que, en cualquiera de los dos casos, contribuía a alimentar el ego del siniestro personaje. Varias fuentes consultadas por Líbero coincidieron en que Suárez Mason todavía es socio honorario. No corrió la misma suerte que sus antiguos superiores en las fuerzas armadas - Videla, Massera y el fallecido Agosti- quienes perdieron la misma condición de asociados en River (ver aparte). El personaje que optó por usar sólo su apellido de origen español, no fue despojado de los honores que le concedió el club en el pasado.

Aún hay viejos socios que rescatan la obra realizada por el militar con fondos que le pertenecían a toda la sociedad. Cuando manejaba dos ex empresas del estado como la petrolera YPF y la compañía de aviación Austral, contribuyó con dinero fresco a oxigenar las deterioradas arcas de Argentinos.

El máximo objetivo que se había fijado fue retener en el plantel profesional a un astro que ya asombraba a todos los hinchas, sin distinción de camisetas: Diego Armando Maradona. "Pajarito" logró que el futbolista -había debutado en 1976- permaneciera en La Paternal hasta 1980. Según evocan en aquel barrio porteño, impidió que el vicealmirante Carlos Alberto Lacoste -reconocido hincha riverplatense- se llevara al zurdo que deslumbraba haciendo filigranas sobre el césped a otro barrio, el de Nuñez.

La lista "Alianza Roja", un grupo de dirigentes que se separó de la mayoría oficialista, tiene un integrante al que se le adjudica un vínculo político con el general. Hugo Daniel Maiello, aspirante a la vicepresidencia segunda en el comicio de este mes, desmintió esa relación que se basa en su participación dentro de un sector respaldado por Suárez Mason en 1996. En efecto, Maiello fue candidato a primer vocal suplente por la lista perdedora que encabezaba Emilio Asad en las elecciones de marzo de 1996. Este último sí consideraba al militar indultado por el Presidente Carlos Menem "un hombre del club", como consignó Clarín el domingo 3 de diciembre de 1995 en un artículo publicado en su sección Política.

"Yo ocupaba el vigésimo noveno lugar en esa lista. Ni política, ni ideológicamente tengo algo que ver con Suárez Mason. Lo ví una o dos veces y, sí por mi fuera, yo del brazo con él no voy a ningún lado. Es más, en caso de que ganemos las elecciones aspiramos a quitarle la calidad de socio honorario que hoy mantiene" expresó Maiello. Por su parte, un integrante de la lista que encabeza Luis Segura, confió que "no tratamos el tema de una eventual expulsión". Acaso, porque como la misma fuente agregó, "con el general no se mete nadie".

Socio activo de Argentinos Juniors desde el 5 de setiembre de 1977, el militar no vive en La Paternal. Reside en Barrio Norte, en un cuarto piso de la calle Libertad. En octubre de 1996 le concedió a la revista Noticias un extenso reportaje durante el que se explayó con varias definiciones de su sello. Dijo, entre otras cosas, que "yo nunca mandé fusilar a alguien. A algunos los eliminamos. Creo que eso está más o menos claro" y "la mayoría del periodismo de este país esta infiltrado por la izquierda. Salvo Hadad, que es el más benigno con nosotros".

Quizá ni los propios hinchas del equipo que conduce Osvaldo "Chiche" Sosa sepan una cosa. Quien gusta presentarse como el señor Suárez, habría sido arquero en las divisiones inferiores del club. Además, su hijo Marcos también le siguió los pasos, aunque no se estiraba de palo a palo como su padre. Jugaba de delantero y, dicen los memoriosos socios vitalicios, disputó varios partidos oficiales en la tercera división durante la década del setenta.

"Algunas veces iba a entrenarse custodiado por un helicóptero", recordó uno. Tampoco se olvida un encuentro decisivo para el "Tifón" de Boyacá a comienzos de la década del ochenta y que podía determinar el descenso del club a la "B". Cuentan que el señor Suárez

se apersonó en el vestuario del árbitro antes del juego y con gesto marcial le dijo al juez:
"Espero que tenga un buen partido".

Argentinos Juniors permaneció en Primera "A".

G.V

(Página 12, noviembre de 1998)

PD: Suárez Mason murió el 21 de julio de 2005 mientras estaba detenido, aunque no había recibido condena por los 200 secuestros y 30 homicidios por los que se encontraba procesado.

Los socios honorarios de River

Jorge Rafael Videla, Emilio Eduardo Massera y el fallecido Orlando Ramón Agosti permanecieron durante dieciocho años y medio como socios honorarios del club River Plate. Habían recibido esa distinción el 13 de octubre de 1978 junto a un grupo de militares menos notorios en tiempos que gobernaba el club Rafael Aragón Cabrera. Una devolución de gentilezas -la dictadura había acondicionado a nuevo el estadio Monumental para el Mundial '78- permitió que los principales genocidas gozaran del privilegio concedido hasta el 24 de abril de 1997.

La inquietud del abogado Marcelo Parrilli, quien fue el primero en ocuparse del tema, dejó la situación en evidencia mucho antes. El letrado había solicitado a la Inspección General de Justicia un informe sobre si los militares continuaban en aquella condición. Ocurrió también que el diputado nacional Alfredo Bravo, socio vitalicio 19.551, se movilizó con el afán de que los ex integrantes de la Junta fueran expulsados de la institución. Y así sucedió.

El vocal oficialista José María Aguilar redactó un proyecto que fue aprobado por la comisión directiva encabezada por el presidente Alfredo Davicce. Veintidós de sus veinticinco integrantes votaron por la iniciativa. Aunque demasiado tarde, los dirigentes de River habían hecho una contribución a la memoria colectiva y contra el terrorismo de estado.

G.V.

(Página 12, 12 de noviembre de 1998)

Cuando el fútbol se lo comió todo

Cambian los nombres pero continúa la misma política. Tampoco se modificó la estrategia de dominación que emplea ardidés o mentiras para oprimir al mundo. George W. Bush puede ser como Richard Nixon y Colin Powell como Henry Kissinger. Es igual, no importa. Con la pantalla de un Mundial de Fútbol o con las armas de destrucción masiva como pretexto, el Imperio avanza, al revés que en la zaga sobre La guerra de las galaxias, en que el imperio de ficción contraataca.

En 1978, Estados Unidos intentaba desembarazarse de uno de los tantos enemigos que se ha ganado en la humanidad durante sus 228 años de historia. El propio Kissinger, de visita en la Argentina para acompañar a sus esbirros de la dictadura, lo definía sin ambages: "Hay que terminar con el chantaje comunista, enfrentándolo sin miedo". Y daba como ejemplo a la república socialista de Fidel y del Che: "Hay que poner fin a la aventura imperial de Cuba (Sic) que manda soldados a África".

Aquí, mientras se jugaba el Mundial '78, hacían de las suyas los torturadores que aprendieron tormentos en la misma escuela que otras bestias, las mismas que hoy se ensañan con el pueblo iraquí. Les daba lo mismo que fuera a un puñado de cuadradas del estadio Monumental de River (en la ESMA), del Chateau Carreras cordobés (en la

Perla) o del mundialista de Mar del Plata (en la Base Naval). Esa era la manera en que se enfrentaba al fantasmal “chantaje comunista”. Cuando se despellejaba o electrocutaba a militantes populares en las catacumbas de los centros clandestinos de detención, en la superficie, a ras del césped, se jugaba al fútbol, un antídoto comprobado en cualquier época contra disidentes u objetores de conciencia.

De Mussolini a Videla

Mussolini y el Mundial de Italia en 1934, Hitler y sus Juegos Olímpicos del '36, Franco y el Real Madrid que ganaba todo lo que se proponía en los años '50 y '60, son apenas algunos ejemplos de cómo el deporte – y en particular el fútbol – puede convertirse en un narcótico que opere con eficacia sobre el cuerpo social. Osvaldo Bayer, refiriéndose a los militantes anarquistas y socialistas de principios del siglo XX, describe en su libro “Fútbol Argentino” (Sudamericana 1990): “Comparaban, por sus defectos, al fútbol con la religión, sintetizando su crítica en el lema: “misa y pelota: la peor droga para los pueblos”.

La utilización del Mundial '78 como antifaz del régimen fue confesada a todo el mundo por los amos y señores de ese gran campo de concentración en que se convirtió la nación: “Este fue un triunfo de la Argentina que excede el ámbito estricto de lo deportivo. Esta fue la confirmación de la nunca desmentida victoria de la Argentina como país”, expresaba el genocida Videla. A su lado, Kissinger, el ideólogo de varias intervenciones militares en América Latina, le ponía la frutilla al postre: “Fue una fiesta magnífica, con un merecido vencedor. Esto, y no sólo por la conquista deportiva, es una prueba irrefutable de lo que son capaces de hacer los argentinos”. Del resto se ocuparían los procónsules del Imperio como él.

La historia puede ser útil para relacionar entre sí las intervenciones militares, más o menos encubiertas, en diferentes lugares del planeta. A la Argentina no hizo falta mandar tropas para dar un golpe de estado en 1976 como ocurrió en la isla de Granada, Panamá o República Dominicana en distintas épocas. La guerra sucia, como la denominaron los propios militares, se hizo con genocidas, torturadores y secuestradores formados en la Escuela de las Américas, epicentro de la maquinaria bélica y de inteligencia con que Estados Unidos escarmentó a países hostiles durante décadas.

Cuando ellos cumplían su faena en nuestra tierra, el Mundial surtía el mismo efecto que la música en los campos de concentración: garantizaba que nadie escuchara o viera a las víctimas de la tragedia. O acaso, ¿quién les prestaría atención a sus familiares mientras se jugaba un campeonato financiado con 517 millones de dólares, unos 400 más que los pagados por España en la edición siguiente de 1982?

La prensa y el Mundial

El Mundial se transmitió a todas partes por Argentina Televisora Color (ATC) y, fue tal la penetración que alcanzó en los sitios más alejados del globo que, a poco de finalizar el torneo, el dictador ugandés, Idi Amín, invitó al seleccionado argentino a pasar dos semanas de descanso en esa nación africana. Esa, la del éxito deportivo, fue la imagen que recorrió el mundo. El régimen nos atribuía ser derechos y humanos, slogan que José María Muñoz, el relator emblemático de aquellos años, esparcía por el aire convertido en un cruzado futbolístico.

Las revistas de Editorial Atlántida se destacaron en la campaña que pretendía edulcorar lo que sucedía en el país. “Para ti” obsequiaba postales a sus lectores para que las enviaran a quienes protestaban en Europa por las violaciones a los derechos humanos. “Somos” se alarmaba cuando ya había comenzado el Mundial de que un “subversivo” encarcelado como Adolfo Pérez Esquivel pudiera ganar el Premio Nobel de la Paz. El

Gráfico publicaba una carta apócrifa que el capitán de la selección holandesa, Ruud Krol, jamás le envió a su hija y que se convertiría en algo “indigno, artero y cobarde”, según el propio futbolista.

El texto que se le atribuía decía: “Mamá me contó que los otros días lloraste mucho porque algunos amiguitos te dijeron cosas muy feas que pasaban en la Argentina. Pero no es así. Es una mentirita infantil. Esta no es la Copa del Mundo, sino la Copa de la Paz... Papá está bien. Tiene tu muñeca y un batallón de soldaditos que lo cuidan y que de sus fusiles disparan flores. Diles a tus amiguitos la verdad, Argentina es tierra de amor”. La carta fue escrita por el periodista Enrique Romero, aunque él dijo años después que Krol la autorizó. “Jamás escribí eso”, retrucó el holandés.

Bernardo Neustadt se ufanaba en la revista “La Semana” que Kissinger, cuatro horas antes de que se disputara la final del Mundial, le había dicho: “Argentina le gana a Holanda 3 a 1”, como en efecto ocurrió. La periodista Reneé Salas, de la revista “Gente”, según revela el libro “El Terror y la Gloria”, de Abel Gilbert y Miguel Vitagliano (una investigación sobre la Argentina en tiempos del Mundial '78), recorría las redacciones de medios europeos “para conocer las razones que los llevan a publicar notas contra la Argentina y qué argumentos tienen. En toda Europa hay una moda antiargentina. Es la moda de los intelectuales de izquierda. Es mucho más nota un jefe monotonero que yo, y eso no lo dudes”, diría.

Mientras estos periodistas beatificaban a la dictadura militar y casi un centenar de compañeros, que entendía el oficio de otro modo, desaparecía en sus mazmorras, el Mundial se continuaba disputando bajo la atenta mirada de Kissinger, conmovido hasta los tuétanos por la parafernalia desplegada. Su presencia en la Argentina de aquella época – según el despreciable Neustadt “el más importante visitante que tuvo la Argentina durante el Mundial” – resultó más que simbólica. Icono de la guerra fría, pieza clave de la política exterior imperialista en la guerra de Vietnam, Kissinger jamás había pisado nuestro suelo, ni siquiera como secretario de Estado de EE.UU.

Vino para recordarnos lo que éramos capaces de hacer. Presenció más de un partido decisivo y hasta se permitió sugerir antes de partir: “Busquen la democracia, pero con autoridad”. No debe haber demasiada diferencia con lo que Powell les dice hoy a los iraquíes. Puede ser tan sólo una coincidencia de la misma política, aunque hayan cambiado los protagonistas. Qué más da.

Gustavo Veiga

(Periódico de las Madres de Plaza de Mayo, junio de 2004)

Futbolistas y pañuelos blancos

La imagen sintetizó el espíritu de la evocación. Leopoldo Luque y Julio Ricardo Villa tomaron la larga bandera con las fotografías de los desaparecidos, la levantaron y posaron un par de minutos para los reporteros gráficos. Sobre la pista que bordea al raleado césped del Monumental, los dos campeones mundiales del '78 consumaban así lo que había costado tanto tiempo concretar. Que un gesto recíproco, un gesto de aquellos jugadores y de los organismos de derechos humanos que hasta ayer se miraban con recelo, los reuniera treinta años después, en el mismo escenario donde la Selección nacional había ganado su primer título mundial. Un título que se festejó mientras la dictadura militar perfeccionaba el terrorismo de Estado sobre 25 millones de argentinos con su secuencia de secuestros, torturas y desapariciones.

En la cancha de River, esta vez, no hubo genocidas ni multitudes galvanizadas por la alegría de aquellos goles que Kempes y Bertoni convirtieron en la final contra Holanda. En la cancha de River, esta vez, la memoria jugó su propio partido, que empezó con una marcha entre la ESMA y el Monumental, siguió con fútbol y concluyó con un espectáculo ofrecido por músicos de raíces diferentes.

El Instituto Espacio para la Memoria organizó lo que durante treinta años y dos aniversarios redondos (en 1988 y 1998), jamás había sido posible. Juntar en una convocatoria pública, en un acto sensible y con las mejores intenciones, a los jugadores que abrazaron la gloria deportiva en el '78 y a quienes durante los años posteriores militaron bajo una consigna que se hizo huella: "Aparición con vida y castigo a los culpables". Allí estaban Luque, Villa y René Houseman, los únicos campeones presentes, entremezclados con Nora Cortiñas, de Madres Línea Fundadora, Alba Lanzilotto, de Abuelas, y el Premio Nobel de la Paz, Adolfo Pérez Esquivel. Los primeros se habían colocado la camiseta celeste y blanca de la Selección y hasta los pantalones cortos (Luque fue el único que jugó 5 minutos) y las mujeres de los pañuelos blancos habían llegado caminando desde la ESMA hasta detener su marcha en la pista del Monumental.

A las 15 ingresó en el estadio el grupo más nutrido, que portaba la extensa bandera con los rostros de los desaparecidos encabezado por Pérez Esquivel. Quique Pesoa modulaba su voz grave y Daniel Viglietti abría la parte artística del acto desde el escenario montado a espaldas de la tribuna Centenario, la única que no se habilitó de un inmenso Monumental. El intendente de Morón, Martín Sabbatella; el secretario general de la CTA, Hugo Yasky, y el secretario de Deporte de la Nación, Claudio Morresi, habían detenido su marcha frente a la platea San Martín, donde un instante después recibirían sus medallas los campeones mundiales.

La gente se había acercado hasta Núñez con la típica pereza dominguera posterior al almuerzo. Algunos, los más militantes, arengaban con sus cantitos en la esquina de Figueroa Alcorta y Avenida Udaondo. Agrupaciones como La Cámpora, Proyecto Sur, el Movimiento Nacional Ferroviario y la FTV hacían flamear sus banderas y repartían prensa propia a los padres que llegaban con sus pequeños hijos de la mano. Adentro de la cancha, como si fueran trapos futboleros ante la inminencia de una final, balcaneaban los de la CTA (El hambre es un crimen), de Hermanos de Desaparecidos por la Verdad y la Justicia, del Frente Nacional Campesino y uno que pedía Basta de Terrorismo de Estado en Colombia. Pero el que más se destacaba decía 30.000 detenidos desaparecidos ¡Presentes! y estaba detrás del escenario desde donde Poesía continuaba leyendo textos alusivos y algunas adhesiones, como las de Diego Maradona, Daniel Passarella, César Luis Menotti, Carlos Bilardo, Carlos Bianchi, Amadeo Carrizo, Víctor Hugo Morales y el empresario Carlos Avila. También se difundieron comunicados que acompañaron la iniciativa, como uno del Colectivo de Exiliados de la Operación Cóndor.

El árbitro Guillermo Rietti esperaba que los periodistas desocuparan el campo de juego para comenzar el partido. Pero Luque y Villa se detenían ante cuanto grabador o micrófono se les interponía en el camino y decían su verdad. “Si mi presencia acá sirve para despegarme definitivamente de lo que pasó, bienvenido. Pero yo nunca me consideraré partícipe del horror, aunque es probable que la dictadura nos haya utilizado”, dijo el ex futbolista de Racing y el Tottenham inglés.

Luque se paró de volante retrasado para distribuir juego y se retiró apenas comenzó el partido. Villa y Houseman salieron con los equipos pero no se pusieron los cortos. Se cantó el himno con la versión de Charly García de fondo, hubo fotografías para los protagonistas (militantes, jugadores Sub-20 y Sub-23 y el director de cine Tristán Bauer), hasta que el referí dijo basta. Desde ese momento, la atención se centró en el escenario, mientras una parte del público que ocupaba las plateas bajas empezó a saltar hacia la cancha para ver desde más cerca a Luis Alberto Spinetta.

Cuando el Flaco apareció en el escenario con su Fender (anteojos oscuros, campera blanca, la misma melena de siempre, aunque más canosa), el fútbol, por primera vez en la tarde, quedó desplazado. Regaló cuatro o cinco temas y entre ellos, un par de Almendra, su mítica banda: “Laura va” y “Plegaria para un niño dormido”. Después le dejó paso a Lito Vitale y su trío, que terminó tocando un par de temas con un músico que no estaba anunciado, pero levantó al público con un par de éxitos de su repertorio: Juan Carlos Baglietto. Siguieron Liliana Herrero, Horacio Fontova, Sara Mamani, La Bomba de Tiempo y Arbolito.

La tarde caía sobre el Monumental, los organizadores de Espacio para la Memoria seguían comunicándose entre ellos para no dejar detalle librado al azar y en el Monumental, esa caja de resonancia donde miles de voces atronaron aquellas tardes de junio del '78 festejando un título mundial, todavía se escuchaban los ecos de palabras que se repetían una y otra vez. Memoria, desaparecidos, derechos humanos, compromiso, militancia, compañeros, todas ellas unidas por el hilo conductor de una jornada que intentó zanjar las diferencias de dos visiones aparentemente irreconciliables sobre un mismo hecho. El hecho maldito del país futbolero que algunos prefirieron no evocar o del que tomaron prudente distancia.

Las presencias de Luque, Villa y Houseman, apenas tres campeones de aquel plantel de veintidós, de cualquier modo operaron como un símbolo para cumplir con el objetivo de La Otra Final. Hacer memoria en un país de memorias flacas. Un buen antídoto para recuperar la otra historia, ésa en la que aún resta mucho por escarbar.

G.V

(Página 12, 30 de junio de 2008)

El hecho maldito del país deportivo

Trilogía: “Conjunto de tres obras trágicas que un autor presentaba a concurso en los juegos de la antigua Grecia”.

Comprender el significado que tiene el Mundial 78 para la Argentina de los últimos treinta años requiere de un paso previo: la búsqueda de similitudes en procesos semejantes. La rueda de la historia gira (Benito Mussolini en el Mundial de Italia del 34), gira (Adolf Hitler en los Juegos Olímpicos de Berlín del '36) y sigue girando (Jorge Rafael Videla en un estadio de River colmado). En ese trípode se apoya un paradigma del acontecimiento deportivo que explica, cómo estas tres dictaduras del siglo XX, se apropiaron de su subjetividad, de los valores que representa el deporte para la política cuando ésta lo necesita. Las tres pudieron glorificar de manera extrema los éxitos de sus atletas, porque la Italia del Duce se consagró campeón, la Alemania del Führer ganó con holgura los juegos que organizó y la Argentina obtuvo su primer título mundial de fútbol.

Si parafraseáramos a John William Cooke por aquella célebre definición sobre el peronismo (“el hecho maldito del país burgués”), no resultaría descabellado decir que el Mundial 78 es el hecho maldito del país futbolero. Un torneo que duró veinticinco días - desde el 1° al 25 de junio- y del que ningún integrante del plantel campeón reniega (ni parece que deba hacerlo), o realiza autocritica alguna. Y que sólo un puñado de periodistas o autores independientes han investigado, con limitaciones, desde sus entrañas. Esas que incluyen sospechas de un partido presuntamente arreglado, el 6 a 0 a Perú, todo un emblema de la corrupción, aún hoy, para el imaginario colectivo.

La orgía de muerte, destrucción, rapiña y el plan sistemático de desaparición forzada de personas que es la marca en el orillo de la última dictadura, hacen más espinoso el camino de aproximación a la época, y despiertan pasiones descontroladas entre los testigos privilegiados de ese momento histórico.

Ahora bien, ¿qué hay del resto de los argentinos y el Mundial 78? ¿Acaso será imposible redimir a los protagonistas que levantaron la Copa y el resto de la sociedad que los vitoreó quedará siempre a salvo? Pablo Llonto, en su libro *La vergüenza de todos* (un título que parodia a la película *La fiesta de todos*, de Sergio Renán, alusiva al campeonato) escribió: “...El Mundial 78 aparece como el primer símbolo de aprobación masiva a la dictadura: Videla recibió seis veces el aplauso de las multitudes en estadios repletos. La fiesta del despilfarro en la organización del torneo apenas se cuestionó. Las voces de denuncia de los exiliados y los familiares de los asesinados, desaparecidos y encarcelados fueron tomadas como expresiones de la antipatria. El periodismo fomentó el anticomunismo, la delación de los luchadores y militantes de izquierda y defendió, a buen precio, casi todos los actos de gobierno de la dictadura militar. Millones sucumbieron ante la idea publicitaria y megaoficialista de que la victoria deportiva ‘era el triunfo de un pueblo en paz’”.

¿Y ahora qué?

El próximo domingo 29 se jugará un encuentro de fútbol que su organizador, el Instituto Espacio para la Memoria (un ente creado por la Legislatura de la ciudad de Buenos Aires), promociona como “La otra final”. En el estadio Monumental donde Videla le entregó la Copa al capitán Daniel Passarella se desarrollará esta actividad que “reivindicará la vigencia de los derechos humanos”. La idea, más allá de las buenas intenciones que conlleva, generó un efecto revulsivo. César Luis Menotti, el técnico de aquel equipo campeón, afirmó en una entrevista que le realizó La Voz del Interior el 7 de mayo: “Yo sé dónde estaba parado, lo que hice y cuál ha sido mi participación en

aquella época. Y no tengo que reconciliarme con nada ni con nadie, así que no me interesa participar de ese tipo de cosas. No voy a ir. De ninguna manera voy a participar”.

Algunos de sus dirigidos, que asimilaban mejor el motivo de la convocatoria, estarán presentes. Ana María Careaga, la directora ejecutiva de Espacio para la Memoria dijo que será “un evento que permitirá difundir lo que se intentó tapar con el fútbol en la Argentina de la dictadura militar: los campos de concentración como la ESMA, que funcionó a pocas cuadras del estadio de River y las denuncias que se hacían en el exterior por violaciones a los derechos humanos”.

Este partido será un desafío si se toma en cuenta lo que sucedió en 1998, en el 20° aniversario del Mundial, cuando las Abuelas de Plaza de Mayo hacían una campaña para buscar a sus nietos. Como ahora, se les pidió que colaboraran a varios hombres del fútbol. El profesor Ricardo Pizarotti (fallecido el 10 de marzo de 2007), integraba el cuerpo técnico de aquella selección del 78 y cuestionó la palabra “lucha” en un comunicado que había redactado la agrupación que preside Estela Carlotto.

El 9 de julio de 2003 sucedería el segundo episodio de esta saga de desencuentros en un Monumental semivacío. Ante unas 6 mil personas (casi un diez por ciento de la capacidad), otros organizadores (esa vez desde el ámbito privado) le rindieron homenaje a los campeones mundiales en el 25° aniversario del título. Se abría entonces un nuevo y áspero debate sobre la etapa más cruel de nuestra historia. Y resultaría un karma para los bienintencionados mediadores unir bajo una misma consigna a los protagonistas manipulados de aquel Mundial con los familiares de las víctimas.

No pudieron interceder Julio Ricardo Villa y Claudio Morresi, dos ex jugadores con inquietudes que exceden al mundo de la pelota. El primero, integrante de aquel plantel que dirigía Menotti y su colega, un viejo colaborador de Abuelas cuyo hermano Jorge desapareció durante la dictadura y que en la actualidad es el secretario de Deporte de la Nación. La mezquindad de un par de campeones del mundo (Daniel Passarella y Américo Gallego) y la postura de Balón, la empresa organizadora del partido que no quiso “politizar” el evento, colocaron en una situación incómoda a los organismos de Derechos Humanos que pretendían difundir sus posturas sobre el Mundial '78 durante aquel partido jugado hace cinco años. Un partido que se proponía recaudar fondos para los campeones mundiales que vivían de manera precaria, con urgencias económicas.

La historia parece repetirse ahora, en la antesala del 30° aniversario. Menotti, crítico, dice que no asistirá el 29 de junio. El Mundial 78 es como un guijarro en sus zapatos. En 2003, y quizá por única vez, al entrenador se lo vio atribulado por la dimensión política que adquirió aquel título que ayudó a ganar: “Es probable que haya sido permeable a aceptar algunos diálogos con algunos tipos y que no lo debería haber hecho. Eso me jode mucho...”, admitió. En efecto, el hecho maldito del país futbolero es una presencia molesta que vuelve cada diez años. Pasó en 1988, durante 1998 y ahora ocurre de nuevo.

Videla saludando en el balcón de la Casa Rosada a una multitud es una fotografía que lastima. Hasta ciertos premios lastiman. Hubo uno que le entregaron al público local por su buena conducta. O condición de rebaño. O las dos cosas juntas. *La Nación* tituló la noticia sobre la distinción a los espectadores locales el 27 de junio del 78, dos días después de la final contra Holanda, en su portada sábana: “El pueblo argentino recibió un galardón”. Así comenzaba el recuadro diagramado debajo de una imagen del dictador: “La Asociación Internacional contra la Violencia en los Juegos Deportivos, con sede en Mónaco y que preside el príncipe Raniero, otorgó al pueblo argentino el trofeo con que premia la citada entidad la corrección, generosidad y respeto en los espectáculos deportivos”.

El último párrafo cerraba así: “Tal vez este es un premio muy difícil de conquistar, pero al obtenerlo el pueblo argentino demostró al mundo que no es imposible mantener una conducta intachable. En un campeonato mundial es muy difícil mantener un control psíquico riguroso y para eso hay que tener el suficiente equilibrio emocional. Los argentinos lo han demostrado y esa demostración valió, finalmente, para alcanzar el codiciado premio”.

¿Les hubiera sido posible a los hinchas actuar de otro modo durante los partidos del Mundial? ¿Lo que Raniero definía como corrección y respeto no era tener domesticada la rebeldía y sumarse a un silencio cómplice? A juzgar por lo que sostenía Morresi en una entrevista que le realizó la desaparecida revista El Periodista el 16 de agosto de 1985, las tribunas estaban rigurosamente vigiladas, como los trenes de la célebre película checa dirigida por Jiri Menzel.

“Fui a ver el partido inaugural del campeonato del mundo del 78, cuando en la cancha de River jugaron Alemania y Polonia. Me tuve que bancar el discurso de Videla. Me quedé de brazos cruzados puteando para adentro y advirtiéndole que entre la gente había muchos canas adiestrados para aplaudir y que la gente se contagiara”.

Habría que analizar esta aparente contradicción. El público de un país donde el espectáculo deportivo se ha ganado con creces el rótulo de más violento y obsceno del mundo en su círculo multitudinario, recibía un premio por su buena conducta. Quizá el único de su historia. Una historia plagada con centenares de muertes que nos recuerdan a diario lo peligroso que resulta ir a un estadio de fútbol en la Argentina. Aunque durante la dictadura había cosas mucho más peligrosas que asistir a una cancha. El terror se imponía en todas partes. El fútbol era un circo custodiado por fieras mimetizadas en el follaje de las banderas y los papelitos que popularizó Clemente, el personaje de Caloi.

¿Y ayer qué?

En junio de 1978 desaparecieron 63 personas en todo el país y Adolfo Pérez Esquivel, quien ganaría el premio Nobel de la Paz dos años después, era liberado el viernes 23, dos días antes de la final. La inmensa mayoría de los medios se subordinaba a las directivas de la Junta, con escasas excepciones, como el Buenos Aires Herald que dirigía el británico Robert Cox. El 14 de abril había fallecido en Buenos Aires el único periodista deportivo que se oponía a la realización del Mundial desde que el torneo había sido otorgado a la Argentina: Dante Panzeri. Incluso, desde mucho tiempo antes que los militares dieran el golpe del 76.

La antítesis de Panzeri, el periodista Enrique Romero que había redactado una carta apócrifa del futbolista holandés Ruud Krol a su hija, trabajaba en la revista El Gráfico. “Mamá me contó que los otros días lloraste mucho porque algunos amiguitos te dijeron cosas muy feas que pasaban en la Argentina. Pero no es así. Es una mentirita infantil de ellos. Papá está muy bien. Aquí todo es tranquilidad y belleza. Esta no es la Copa del Mundo, sino la Copa de la Paz”, escribió el corresponsal en la provincia de Mendoza donde se concentraba el seleccionado que saldría subcampeón mundial.

Héctor Vega Onesime, el director de El Gráfico -citado por Llonto en su libro-, recordó que “con el escándalo encima, incluyendo una protesta del embajador holandés en la Argentina y la amenaza del equipo de retirarse del Mundial, la cuestión se solucionó con una conferencia de prensa en la que Krol desmintió la carta”. Romero pidió disculpas pero ya era tarde. Sería un eslabón menor en la cadena informativa de obsecuentes del régimen y el autor de un texto que el gran jugador holandés calificó como “indigno, artero y cobarde”.

El Gráfico y José María Muñoz, el relator de América, sí se transformarían dentro del periodismo deportivo en los íconos de aquello que, ya en democracia, la revista Humor denominaría “La prensa canalla”. Las publicaciones de editorial Atlántida (El Gráfico y otras del mismo sello como Gente, Somos o Para Ti), se convirtieron en las house organ de la dictadura con ciertos periodistas que superaban como apologistas a los voceros de uniforme más consubstanciados con el régimen.

Renné Salas, de Gente, se anotaba primera en la lista. “Recorría las redacciones de Paris Match, L’ Express, Le Point, Le Monde y Le Figaro ‘para conocer las razones que los llevan a publicar notas contra la Argentina y qué argumentos tienen. En toda Europa hay una moda antiargentina. Es la moda de los intelectuales de izquierda. Es mucho más nota un jefe montonero que yo, y eso no lo dudes’, diría una vez terminado el campeonato” (*El terror y la gloria*, Abel Gilbert y Miguel Vitagliano, Editorial Norma).

Dos meses después de finalizado el Mundial, en la *Revista Argentina ante el mundo* (septiembre-octubre del 78), los periodistas deportivos Mauro Viale y Marcelo Araujo escribieron: “Fue el milagro argentino. Nadie discute que el país ganó el Campeonato Mundial de Fútbol de 1978 antes de que se diera el puntapié inicial. Su organización lograda contra los presagios, sorprendió al mundo (...) Los periodistas argentinos que tuvimos que convivir con nuestros colegas extranjeros durante esos días pudimos comprobar cómo en los más honestos de ellos – afortunadamente la mayoría – se disolvían los prejuicios que traían de sus países merced a la insidiosa propaganda motorizada por las organizaciones subversivas y los ingenuos de siempre (...) Es cierto que los argentinos todos vivieron por primera vez en décadas la oportunidad de salir a la calle bajo una sola bandera. Después de cuatro o cinco años de sufrir una guerra sucia, la guerra desatada por la subversión, surgió la ocasión de expresar entusiasmo” (extraído de *Decíamos ayer*, de Eduardo Blaustein y Martín Zubieta).

La cronología de esos días es como un calidoscopio donde el fútbol y los actos de gobierno se confunden como los gritos de gol en el estadio Monumental con los gritos de dolor arrancados por la tortura en las mazmorras de la ESMA.

El 1° de junio comienza el Mundial con el aburrido empate a cero entre Alemania y Polonia. El 7, en base a un informe del Fondo Monetario Internacional que cita el diario La Prensa, se atribuye a la Argentina la tasa de inflación más alta del mundo con el 172,9 por ciento anual. El 15 de junio, La Nación reproduce una breve declaración del general Videla sobre el partido que Argentina le gana 2 a 0 a Polonia: “Es una gran victoria para el deporte y para el país”. El 24, un día antes de la final del Mundial, el canciller Oscar Montes (un hombre de la marina), sostiene en la séptima Asamblea General de la OEA que “en la Argentina no existen violaciones a los derechos humanos”. El 25, la selección nacional derrota a Holanda por 3 a 1 con dos goles de Mario Kempes y uno de Daniel Bertoni tras los 90 minutos reglamentarios y el tiempo suplementario. Y el 5 de julio, Videla agasaja con un almuerzo al plantel conducido por Menotti en la residencia presidencial de Olivos.

El día siguiente a la obtención de la Copa, el diario La Razón reprodujo declaraciones de José Alfredo Martínez de Hoz, el ministro de Economía de la dictadura: “Debemos seguir jugando el gran partido del proceso nacional, en el cual el triunfo final va a depender no sólo del gobierno sino del esfuerzo y participación de cada uno de los argentinos. Juntos lograremos la victoria”.

El proceso era el Proceso de Reorganización Nacional, el pomposo título con que la dictadura definía su propio destino manifiesto. Mientras los buenos augurios políticos quedaban en manos del funcionario civil más representativo del régimen militar; las conjeturas sobre el valor simbólico que se le atribuía al torneo, corrían por cuenta de la prensa deportiva. La realización del Mundial era para ese sector una conquista suprema

y ayudaba a mitigar los males de todos, según la visión de Juan de Biase, el responsable de la sección deportes de Clarín: “Es probable que en lo individual y en lo colectivo nos haga olvidar durante un mes de la problemática personal y nacional. Aceptémoslo. Es cierto”, escribió el 1° de junio.

Algunas conclusiones

Un buen tónico para la memoria pueden resultar las conclusiones sobre el Mundial 78 de instituciones y personajes influyentes en la vida nacional que, treinta años después, aún conservan intacto su poder. La Sociedad Rural y un empresario como Carlos Pedro Blaquier son apenas un par de ejemplos.

En los Anales de la organización agropecuaria de 1978, Celedonio Pereda, su presidente, dejó sentada su posición: “En estos días se ha evidenciado otro éxito fundamental del gobierno y es que se ha logrado en poco más de dos años, a pesar de las dificultades que todos hemos debido soportar, una extraordinaria unidad y reafirmación del espíritu nacional (...) Esperemos que los periodistas de todas partes del mundo que nos visitan, fieles a su lema de informar con objetividad, transmitan con veracidad lo que han visto. Así se acabará con la difamación que aquellos argentinos descartados hacen correr en los medios informativos de Occidente, utilizando para ello el producto de sus asaltos y secuestros”.

Blaquier, el dueño del conocido ingenio Ledesma ubicado en la ciudad jujeña de Libertador General San Martín, iría más lejos que su colega Pereda. Propietario de una empresa que colaboró con la desaparición de sus trabajadores durante la recordada noche del apagón (el 27 de julio de 1976), solía cartearse con Martínez de Hoz, preocupado por la imagen que los medios extranjeros divulgaban sobre el país. En uno de esos intercambios epistolares con el ministro, le confió cómo había gestionado publicidad encubierta favorable a la dictadura en la revista Time:

“Con la misma franqueza con que ellos me habían propuesto el negocio, yo les decía que Ledesma no estaba dispuesta a hacer publicidad en una revista que ha venido deformando la realidad argentina a un punto tal que cabe preguntarse si es sólo atribuible a un error o si es que hay algo más detrás de ello. Que desde ya, los aproximadamente 10.000 dólares que tendría que aportar Ledesma estaban a disposición dado el interés invocado por el Ministerio de Economía, por quien siento una profunda admiración por todo lo que está haciendo para la recuperación de la Argentina en medio de enormes dificultades. Que una salida podría ser que Ledesma entregase su aporte a otra empresa que quisiese aparecer en Time, y que sumados ambos aportes esta empresa pudiese hacer un aviso de doble tamaño”.

La campaña antiargentina que se atribuía a los exiliados tenía su contrapartida en réplicas como las que financiaba Blaquier. Andanadas que también eran acompañadas por personajes como Henry Kissinger, un amante del fútbol recibido con todos los honores por la junta militar. “Esto, y no sólo por la conquista deportiva, es una prueba irrefutable de lo que son capaces de hacer los argentinos”, elogiaba tras la final del torneo.

Los militares tenían su propia tropa. Nunca más justa sería esa expresión coloquial. Y también, además del ex secretario de Estado norteamericano, otros mandatarios acompañaban su gesta del 78, como el dictador de Bolivia, Hugo Banzer, quien asistió a la final. Augusto Pinochet no viajó a Buenos Aires el 25 de junio porque tres días antes, el gobierno de Jimmy Carter había retirado su embajador en Santiago en protesta por la falta de colaboración en la investigación del asesinato del canciller chileno Osvaldo Letelier ocurrido en Washington.

La fotografía no sería posible. Videla, Banzer y Pinochet en el Monumental, con Kissinger como titiritero, hubieran formado la postal más refinada de la opresión.

“La dictadura procuró que el Mundial contribuyera al afianzamiento de su propia causa. Difícil es precisar con certeza la magnitud de esa contribución. Incuestionable es, en cambio, la intención con que se encaró el acontecimiento”, señalan Ariel Scher y Héctor Palomino en su libro *Fútbol, pasión de multitudes y de elites*, editado en 1988.

El contralmirante Carlos Alberto Lacoste, el hombre clave del torneo, definió al evento desde la trinchera victoriosa de los organizadores: “El fútbol ha sido un conducto para que todo esto vuelva a empezar la grandeza argentina”. Treinta años después, lo que perdura es un molesto recuerdo, un campeonato mundial que nos moviliza lo peor de nuestra historia. El Mundial 78 no puede zafarse de ella, mal que les pese a quienes lo jugaron o festejaron por las calles. Este periodista, aclara, gritó los goles de la selección. Tenía 20 años y todavía no había empezado a trabajar en una redacción.

G.V

(Página 12, suplemento Radar, 1 de junio de 2008)

Un desaparecido, una tribuna

"Nos buscamos en la felicidad pero nos encontramos en la desgracia" (Henri Bataille)

Marquitos Zucker soñaba con un mundo más solidario. Se lo demandaba su compromiso de militante político y pagó con la desaparición semejante desafío a la última dictadura militar. Hoy existe un sitio que evoca su memoria, que sintetiza en su persona a tantos como él, jóvenes de una generación entrañable que, también como él, fueron hinchas de algún equipo de fútbol. En el club Defensores de Belgrano hay una tribuna que lleva su nombre desde el 25 de mayo pasado. Un amigo y dos dirigentes de la institución recordaron al hijo del actor Marcos Zucker tras un acto que, sí registrara un antecedente similar, aún no ha sido difundido: por primera vez en la Argentina, un territorio tan sensible al sentimiento futbolístico recibió el nombre de un desaparecido y, al mismo tiempo, de un consecuente habitante del tablón. A menudo, las plateas, palcos o sectores populares de un estadio perpetúan sobre el cemento a directivos, jugadores o periodistas. Esta vez, se hizo justicia como nunca.

Hugo Arbona, un integrante de la comisión que conduce la entidad, tuvo la idea. Se estaba por cumplir en ese momento el vigesimoquinto aniversario del golpe militar de 1976. Marcelo Achile, el presidente del club que tiene buenas posibilidades de salir campeón en el torneo de Primera "B", explicó cómo fue: "Arbona interpretó la voluntad de muchos hinchas de Defensores de reivindicar la memoria de Marquitos, porque él siempre está presente. La comisión aceptó totalmente la propuesta y nos pareció oportuno fijar la fecha de un nuevo aniversario del club para ponerle el nombre a la tribuna oficialmente, así como lo hicimos también con las nuevas plateas" (NdlaR: a este sector se lo denominó Daniel Deluca, en homenaje al hijo fallecido de Eduardo Deluca, el ex presidente de la institución).

La "techada", como se la conoce desde su construcción a mediados de los años '60, tiene en su corazón, en letras rojo y negras bien grandes, la inscripción "Tribuna Marcos Zucker (h)". Ubicada de espaldas a la avenida Libertador, sobre un predio de casi 16 mil metros cuadrados, es la cabecera de la cancha donde, desde siempre, se ubica la hinchada local. La avenida Comodoro Rivadavia separa a "Defe" de la tenebrosa Escuela de Mecánica de la Armada, acaso el símbolo más contundente de la represión ilegal que acabó con los sueños del hinchista que ahora tiene su nombre pintado sobre el cemento.

Nicolás Bezazián, el vicepresidente 1º del club, conoció a Marquitos: "El comenzó a venir al club con otro chico de la zona de Palermo, su barrio. Era un flaquito de pelo

ensortijado, que nos acompañaba a nosotros y se sintió plenamente identificado con Defensores. Calculo que habrá sido a fines de la década del '60. Pasaba todo el día acá, en Nuñez. Inclusive se puso de novio con una chica de aquí y venía a la pileta. El era muy solidario, un chico muy querible y, con muchísimo dolor, años después nos enteramos lo que le había ocurrido". Achile, un militante peronista de 34 años que supo de la vida de Zucker por los más veteranos, agregó: "Este tipo de trayectorias me encanta reivindicarlas, porque lo que le sucedió a él, nos pudo pasar a cualquiera de nosotros. Los más grandes siempre nos expresaron todo el amor y el cariño que sintieron por Marquitos y que, por sus ideales, le pasó lo que le pasó".

Amigos del tablón

Juan Romeo Ferrara, alias Toti, mantuvo una estrecha amistad con el joven desaparecido. Hoy, desde San Miguel de Tucumán, donde reside, es capaz de recordar con una precisión que no alteró el paso del tiempo, varias anécdotas que revelan cómo se identificaba su amigo con Defensores. Corría el 18 de noviembre de 1972, cuando ambos, al día siguiente de que Perón regresara al país durante una lluviosa jornada, salieron desde la cancha de Defensores hacia la casa de la calle Gaspar Campos, en Vicente López, para ver al anciano general. "Ese sábado, el equipo le había ganado a Dock Sud 3 a 1 por el campeonato de Primera "C"...", afirma Ferrara sin titubear. Un flaquito huesudo, que gambeteaba rivales sobre la raya de cal con una facilidad asombrosa, les habilitaba a él y a Marquitos la ilusión de un pronto retorno a la "B". Se trataba de René Orlando Houseman.

Habían pasado la dictadura militar del general Alejandro Lanusse y los gobiernos justicialistas de Héctor Cámpora, el propio Perón y su esposa Isabel, los desaparecidos ya comenzaban a contarse por miles y el fútbol, a unos pasos de la ESMA, continuaba jugándose. El Loco Houseman hacía rato que ya había salido campeón con Huracán y Defensores continuaba a los tumbos en la "B". La tarde del 21 de diciembre de 1976, el gordo Toti - periodista y relator de fútbol - compartió con su amigo un angustioso desenlace deportivo. El equipo acababa de empatar en la cancha de Estudiantes de Caseros con Comunicaciones y debía esperar otro resultado para saber si mantenía la categoría. "Defensores necesitaba que Flandria y Sarmiento, que jugaban entre sí, no empataran. Así, el que perdía, bajaba a la "C". Nosotros sabíamos que iban 1 a 1 y ya se acababa el partido. Cuando estábamos escuchando la radio, sentimos que daban los resultados y, de repente, una voz dice: "Hay un gol, gol de Seppaquercia para Flandria. Marquitos venía de la calle, nos abrazamos y nos caímos al piso de tanto festejar".

En 1977, el joven Zucker fue secuestrado en la calle y mantenido en cautiverio por un grupo de tareas durante 46 días. Según su amigo, "le dijeron que no había nada en su contra, que iba a salir. Pero un día, se metieron en su casa de Palermo y él decidió irse a vivir a Brasil". A partir de ese instante, Ferrara comenzó a preparar un viaje a Río de Janeiro para encontrarse con el "Pato", como también lo apodaban a Marcos. Terminaba enero de 1978, Independiente se consagraba campeón en Córdoba y Carlos Reutemann ganaba un Gran Premio de Fórmula Uno en Jacarepaguá.

"En la noche del 29 de enero quedamos en juntarnos en un departamento de Ipanema, en lo que hoy es la calle Vinicius de Moraes. Cuando entré había como quince personas y me sorprendí tanto por la cantidad, como porque eran todos argentinos. Les hacían una despedida a los que se iban a España. Yo, ingenuo, pregunté si irían a la Costa del Sol o un lugar de ese tipo. Me contestaron que no, que viajaban a San Sebastián y que después volverían a recuperar nuestra patria. Ninguno de los que estaban allí podía regresar al país", evoca Toti, quien vio por última vez a Marquitos en Foz de Iguazú, una ciudad fronteriza de Brasil.

Con el tiempo, ambos se alejaron todavía más. Uno, el militante político, pasó a residir en Madrid. Sin embargo, volvió en varias ocasiones a la Argentina. El otro, su amigo- hinchista, recibió la peor noticia una tarde imprecisa, de la época más infame que haya vivido el país. "Marcos no te va a escribir más", me dijeron. Y, desde ahí, empecé a atar cabos. Porque las cartas que me había mandado en 1978, '79 y '80 me llegaban abiertas y el teléfono estaba pinchado", sostiene Ferrara, quien integró la comisión de prensa de Defensores en los años '70.

El último 25 de mayo, Cristina, la hermana de Marcos Zucker (h), su sobrina y un grupo de sus compañeros de militancia, le tributaron un emotivo homenaje en la tribuna que ahora lleva su nombre. Varios centenares de hinchistas que no lo conocieron también estuvieron presentes en el acto. Su padre, el actor, se encontraba en Estados Unidos. Toti, su inseparable amigo de tantos sábados compartidos en canchas del ascenso, permaneció en Tucumán. Unos y otros, a la distancia o en el club, levantaron sus banderas de lucha por una sociedad más justa.

"La juventud siempre fue la reserva moral de todas las épocas, aunque en la etapa de Marquitos había más participación de los chicos. Nosotros pensamos que es nuestro deber reivindicar la memoria. Porque ese capítulo de la historia nos causa mucho dolor, pero es parte de nuestra historia al fin" concluyó el vicepresidente Bezazián, como sí sus palabras formaran parte de un discurso preparado para la ocasión. Desde algún lugar, allí donde las utopías cobran fuerza y un mundo solidario no

parece inalcanzable, Marquitos Zucker está presente. Y en Defensores de Belgrano, su club, se lo hicieron saber.

Gustavo Veiga

(Página 12, 18 de junio de 2001)

PD: Marcos Zucker es el único hincha de fútbol desaparecido durante la dictadura cuyo nombre fue colocado a la tribuna de un club de fútbol. Esta nota fue elegida por el autor como tributo a quienes, sin ser deportistas, siguieron con pasión el deporte.

Fangio y la Mercedes Benz

Todos los días, en algún lugar de la Argentina, alguien pretenderá dar una decente sepultura al pasado. Gran parte de los malpolíticos cumplen su rol de enterradores como si respondiesen a un Dios, del que reciben órdenes.

Piensen en Scioli, por ejemplo. El vicepresidente que se jacta de mirar hacia otro lado cuando hay que hablar de lo ocurrido en la Argentina entre 1976 y 1983. Para Scioli, los desaparecidos durante la dictadura son poca cosa. Lo hacen también los empresarios cómplices a quienes los militares les sirvieron para eliminar de sus empresas a todos los sindicalistas honestos y luchadores. Esa mezcla de malpolíticos y empresarios cómplices inauguró, hace unos días, una estatua a Juan Manuel Fangio, en Puerto Madero.

Llamativamente, el monumento se levantó en la calle Azucena Villaflor. Al descubrir la pieza, Scioli sonreía. Como no todos saben quién fue Azucena, vale recordarlo: madre fundadora de las Madres de Plaza de Mayo en 1977. Secuestrada por la dictadura, en la calle, cuando iba a comprar el diario para ver si habían publicado la solicitada en la que reclamaban por sus hijos y arrojada, junto a otras dos madres, a las aguas del cementerio más grande y más vergonzoso que tiene nuestro país: el Río de la Plata.

Como no todos saben quién fue Fangio, vale recordarlo: cinco veces campeón del mundo, piloto excepcional y uno de los tantos imbéciles que apoyó a la dictadura de Videla con el alma.

No se trata de hacer leña con el muerto. Se trata de la verdad, nada más que la verdad. Fangio se prestó a acompañar a Jorge Rafael Videla a Venezuela para "propagandizar las buenas acciones del gobierno". Pocos días después del viaje, Azucena era arrojada, por los hombres del dictador, a las aguas que, pensaban, eran las del olvido.

Pero Fangio tiene una más. Durante la dictadura, fue el presidente de Mercedes Benz Argentina. Y durante esa dictadura desaparecieron trece miembros de la Comisión Interna sindical de la Mercedes Benz en Argentina. Trece.

En Alemania, basados en una investigación periodística de Gaby Weber, la "Asociación Republicana de Abogadas y Abogados" presentó, en septiembre de 1999, una denuncia penal por asesinatos, secuestros y lesiones graves contra miembros de la Junta Militar, contra el jefe de producción de la sucursal de Mercedes Benz en González Catán, Juan Tasselkraut, y contra los responsables de la empresa Daimler Chrysler, ex Mercedes, que resulten responsables.

En la filial de Mercedes Benz de González Catán existía, desde 1974, una Comisión Sindical, independiente del sindicato oficial SMATA. Luego del golpe del 24 de marzo de 1976, en muchas fábricas de automóviles, oficiales y soldados con fusiles portaban listas con nombres de sindicalistas "rojos".

Ocurrió en la Ford y sucedió en Mercedes. Pero los delegados secuestrados de la Ford sobrevivieron a las torturas y, en cambio, la mayoría de los delegados de Mercedes fueron asesinados.

Juan Martín, uno de ellos, fue detenido en la fábrica. Lo sometieron a interrogatorios en la comisaría de San Justo. "Me preguntaban -cuenta- por qué creaba problemas a mis superiores, por qué luchaba por los derechos de los trabajadores y si conocía a terroristas. Me torturaron con la picana eléctrica. Sentí que mi cerebro volaba. Quería reconocer todo, con tal de que eso terminara. Pero, yo no conocía ningún terrorista. ¿Qué podía hacer?"

Los trabajadores de la fábrica se movilizaron y se plantaron frente al cuartel de La Tablada para reclamar por la libertad de Martín. En soledad, y sin que la prensa de entonces publicara nada, mantuvieron dos días de acampe en La Tablada. Fue uno de los gestos más dignos de aquellos oscuros años. Le salvaron la vida a Martín. "Cuando volví a la fábrica, todos los compañeros salieron a la calle, para saludarme. ¡Cuatro mil trabajadores! Los ojos se me llenaron de lágrimas." Martín no quiso seguir en la fábrica y solicitó una indemnización.

Esteban Reimer y Hugo Ventura integraban, junto a Martín, la Comisión Interna. Ambos fueron citados el 4 de enero de 1977 a la oficina central de la empresa en la avenida Libertador. (Otra ironía: la sede actual de Daimler Chrysler se encuentra en la misma calle Azucena, en Puerto Madero). Llevaban una lista con las reivindicaciones salariales. Fueron escuchados y Reimer regresó a su casa con cierta alegría. Pero esa noche, cuando el gremialista llevó su hija de un año a la cama, mientras su esposa, embarazada de cinco meses, lavaba los platos, escucharon golpes contra las ventanas y el grito de "¡Policía!".

Nueve bestias armadas asaltaron la vivienda. Traían una lista y le preguntaron si se llamaba Reimer. Cuando dijo sí, ordenaron que se vistiera mientras daban vuelta la casa, tiraban libros, discos y rompían fotos de Evita.

La señora Reimer buscó a su marido en las comisarías de la zona. Silencio. A la mañana siguiente fue a la parada del ómnibus, donde esperaban sus compañeros de trabajo. Ese día estaba convocada una asamblea para que los delegados informaran sobre las conversaciones con la patronal. Gran parte de los obreros no quería ir a la fábrica por temor. Para entonces, ya eran cinco los sindicalistas sobre quienes no había rastros.

Los nombres que aún no tienen estatua son: Rubén Caddeo, desaparecido el 5 de abril del 76, Miguel Grieco y José Vizzini, desaparecidos el 14 de diciembre de 1976, Esteban Reimer y Víctor Ventura, desaparecidos el 5 de enero de 1977, Charles del Carmen Grossi, desaparecido el 5 de agosto de 1977, Fernando Del Conte, desaparecido el 12 de agosto de 1977, Héctor Belmonte, Diego Núñez y Alberto Gigena, desaparecidos el 13 de agosto de 1977, Jorge Leichner, desaparecido el 14 de agosto de 1977, Juan Mosquera, desaparecido el 17 de agosto del 77 y Alberto Arenas, desaparecido el 19 de agosto de 1977.

El caso Mercedes Benz permaneció oculto en nuestro país durante años.

El caso Fangio también.

Pablo Llonto

(Un Caño, número 7, diciembre de 2005)

Las placas de Miguel

En Tucumán, alguien se propuso destrozarse a golpes la memoria. Dos placas que evocan a Miguel Sánchez, el atleta desaparecido el 8 de enero de 1978, fueron arrancadas en su provincia natal. La última la sustrajeron el 27 de febrero de un monumento en el predio El Provincial, a nueve cuadras de la céntrica Plaza Independencia. La primera había sido destruida el año pasado en Bella Vista, la localidad donde nació, en un hecho que no tuvo trascendencia a nivel nacional. Como los dos episodios se suman a otro ocurrido en 2007 – unas pintadas con esvásticas en aquel monolito que reivindicaban al ex dictador Videla -, todo indicaría que se trata de nostálgicos de la dictadura militar que secuestró al deportista.

El abogado Bernardo Lobo Buggeau, ex secretario de Derechos Humanos provincial, denunció en diálogo con Página/12: “Se afectó el espacio público destinado a la memoria y el estado está obligado a actuar. Los argentinos somos merecedores de una investigación judicial. Hay una actitud muy pasiva de quienes en otras ocasiones investigaron hechos menores”. Salvador Agliano, secretario adjunto de la CTA tucumana y una de las personas que organizó los homenajes a Sánchez, dijo: “Me niego a decir que esto ha sido un acto delictivo con el fin de robar la última placa. Y si hubiera sido así, ¿no se va a investigar por eso?”.

Hay un hecho que refuerza la impresión del gremialista. En el monumento a los detenidos desaparecidos de avenida Roca y Buenos Aires donde se llevaron la placa hace menos de dos semanas, quedó otra con los nombres de los funcionarios provinciales que habían inaugurado ese lugar. La de Sánchez había sido colocada el domingo 20 de noviembre de 2005 cuando se realizó la primera edición tucumana de la Carrera de Miguel. La misma prueba atlética que se corre desde enero del 2000 en Roma, Italia, por iniciativa del periodista italiano Valerio Piccioni y que continúa en Buenos Aires y Berazategui (la ciudad donde vivía el deportista) desarrollándose hasta hoy.

La placa de bronce que arrancaron del monumento a los desaparecidos decía: “Miguel Venancio Sánchez detenido desaparecido en Berazategui el 8 de enero de 1978. Nació en Bella Vista, Tucumán, el 6 de noviembre de 1952. Atleta federado del club Independiente de Avellaneda. Hoy como ayer seguiremos luchando por memoria, verdad y justicia. Gobierno de Tucumán, Secretaría de Estado de Derechos Humanos. Central de Trabajadores Argentinos (CTA), Carrera de Miguel, noviembre de 2005”.

Esta placa será reemplazada en los próximos días, en vísperas de un nuevo aniversario del golpe de estado del 24 de marzo del 76. “Vamos a poner otra, aunque no de bronce. Estaba justo en una esquina y el lugar no estaba muy bien cuidado. A la anterior la sacaron de cuajo y hasta ahora parece que no le importó a nadie. Al gobierno tampoco, ni siquiera intervino un organismo provincial o hicieron un comunicado al respecto. Y eso que ya hubo otros atentados iguales o parecidos”, denuncia Agliano, quien también es secretario general de la Federación Argentina de Visitadores Médicos.

Su alusión es a la destrucción de una placa en homenaje al atleta que había descubierto en Bella Vista el municipio local. También hubo un atentado donde se pintaron cruces esvásticas en el monumento a los desaparecidos el 25 de febrero de 2007, lo que motivó su refacción posterior. Y a estos ataques debería agregarse el que ocurrió en la Escuelita de Famaillá, donde se sustrajo una placa en homenaje a los desaparecidos de ese centro clandestino de detención. “Estaba en la escuela Diego de Rojas desde 2004 y duró apenas ocho meses”, recuerda Lobo Buggeau.

Desde el monolito de Roca y Buenos Aires parte la carrera de Miguel cada noviembre, porque de ese modo se conmemora la fecha de su nacimiento, aunque la última se corrió

el 6 de diciembre del año pasado por dificultades organizativas. Elvira Sánchez, la hermana de Miguel, quiere saber qué pasó con las placas que arrancaron unas manos sin memoria. “Me llamaron de Tucumán para contármelo y yo todavía no puedo decir quiénes fueron. Si son nostálgicos de Bussi o personas que lo hicieron para vender el bronce”. Lobo Buggeau se queja de “la dejadez del gobierno” de José Alperovich. Como fuere, el hecho debería investigarse.

G.V

(Página 12, 12 de marzo de 2009)

De terrenos, jugadores y desaparecidos

Las oportunidades de negocios que ofrece el mercado en países como la Argentina, a menudo pueden ser tan inexplicables como reprochables. Gama S.A, una empresa constructora con sede en Córdoba, no sólo se dedica a edificar departamentos; también adquiere futbolistas y, en esta cartera, ya cuenta con más de medio plantel de Belgrano y algunos jugadores de Talleres, los dos clubes más importantes de la provincia. Pero así como se la conoce por el alto perfil de su dueño, Jorge Petrone y las frecuentes campañas publicitarias que realiza, desde hace unos días su imagen su vio salpicada por una denuncia que la involucra en una operación inmobiliaria efectuada con el documento de identidad de un estudiante desaparecido en 1977. Se trata de un caso macabro que ha sido denunciado ante la justicia federal por la hermana de Fernando Manuel Degregorio, un joven secuestrado en la Capital Federal durante la última dictadura y cuyo DNI apareció en Córdoba nueve años después.

Resulta intrigante el origen y posterior desarrollo de Gama S.A. La firma que hoy posee la totalidad o considerables porcentajes de catorce futbolistas de Belgrano y un puñado de Talleres, deberá explicar ante la doctora Graciela Garzón de Lazcano, titular del Juzgado Federal N° 3 de Córdoba, cómo tomó posesión de un amplio terreno ubicado en el barrio Alberdi que, en el Registro de la Propiedad de la provincia, está a nombre de un desaparecido.

"La constructora Gama, como empresa vinculada, aparece desde un principio y también el presidente de Talleres, Carlos Dossetti, como contador de esa firma. Nuestra situación tomó relevancia ahora porque esta gente es conocida en el ambiente futbolístico cordobés. Gama, por ejemplo, desconoce la existencia de Fernando Degregorio, pero sí afirma que el terreno es de su propiedad y que se lo habrían comprado a la empresa Konstrucciones SA", afirma Alicia Degregorio, la hermana menor del estudiante que un grupo de tareas secuestró de su casa en el barrio de Caballito, el 30 de marzo de 1977.

Konstrucciones S.A presentó su quiebra el 3 de octubre de 1984 y, desde ese momento, Petrone habría comenzado a adquirir la mayoría de sus propiedades. Quien era su presidente, Abraham León Kuschnir, en la actualidad se encuentra prófugo y, uno de sus ex directores, Héctor Hugo Huergo, tiene algunas causas abiertas en la justicia. El doctor Jorge Héctor Bertona, aquel que mantuvo un serio conflicto con la AFA ampliamente difundido por los medios cuando era asesor letrado de Talleres, fue el síndico de la empresa entre 1978 y 1984 (y hoy es concejal en la ciudad

de Córdoba). Dos años después, el 14 de noviembre de 1986, Konstrucciones S.A vendió el terreno de 3.000 metros cuadrados que luego se escrituró a nombre de Degregorio. La familia del joven desaparecido se enteró de que había existido esta operación cuando en febrero de 2000, recibió una intimación de la Dirección General de Rentas por el pago de impuestos atrasados. Desde entonces, la doctora María Elva Martínez, del SERPAJ, como Alicia Degregorio, empezaron una investigación y pudieron atar los primeros cabos sueltos.

Así llegaron hasta Gama S.A, el constructor Petrone y el contador Dossetti. Ahora bien, ¿cómo arribó la propiedad a manos de esta gente? La reconstrucción de las sucesivas ventas está en manos de la juez Garzón de Lazcano, quien ya determinó un allanamiento en el domicilio del presidente de Talleres y otro en el Registro de la Propiedad. El dirigente niega cualquier relación con el caso del estudiante, pero no puede ocultar que asesoró en temas contables a Petrone, por lo menos hasta octubre de 1999. Este vínculo explica en parte por qué, el acaudalado empresario cordobés, asistió con fondos frescos al club que preside Dossetti. Dinero que, por otra parte, le ha costado recuperar, aunque quedó a cubierto con la cesión en garantía de los pases correspondientes al arquero Mario Cuenca y al defensor Julián Maidana. Además, es propietario del 100 por ciento del volante Adrián Avalos.

El particular estilo de Petrone para hacer negocios heterogéneos, también lo ha llevado a colocar sus fichas en el otro club grande del fútbol cordobés: Belgrano. Con la misma dinámica que efectúa operaciones inmobiliarias, el empresario inyectó capitales en las empobrecidas arcas de la institución donde es ídolo Luis Fabían Artime y, a cambio, se quedó con un equipo completo y tres suplentes. Este versátil constructor posee hoy el 100 por ciento de los derechos económicos de Julio López, Darío Zárate, Esteban González, Gastón Martina, Marcelo Amaya, Heber D'Assise, Sebastián Jarast, Walter Roldán, Juan Cortés y Marcelo Iglesias. Además, tiene el 65 por ciento de Gustavo Bordicio, Franco Amaya, Julio Mugnaini y Franco Peppino. Sus primeros réditos ya los había obtenido cuando Leonardo Torres fue transferido a un club coreano a fines del año pasado. El pase del mejor futbolista que jugaba en Belgrano también le pertenecía a Gama S.A, o sea, a Petrone. Un personaje que ya se ha vuelto omnipresente como nadie en territorio cordobés.

G.V

(Página 12, 26 de marzo de 2001)

Tres brasileños por la memoria

Están ahí, unidos por historias semejantes adentro de una película, como están unidos ahora junto a la mesa de un bar. El documental donde recuerdan a sus seres queridos se llama Atletas y dictadura, la generación perdida. Uno de sus autores, el brasileño Marco Villalobos, departe con ellos, integrado a la conversación como si los conociera desde hace mucho tiempo. Sus vidas, sin embargo, se cruzaron por primera vez a mediados de febrero último. Periodista e historiador inquieto, Marco viajó junto a su amigo y discípulo, Marcelo Outeiral -un colega de TV Globo oriundo de Porto Alegre como él-, para entrevistar a Elvira Sánchez, Segundo Correa y Raúl Barandiaran, entre otros. Son la hermana y el amigo de Miguel Sánchez, el fondista desaparecido y el compañero de equipo de varios jugadores de La Plata Rugby, un club diezmado por la última dictadura militar.

Quizá no cause sorpresa cómo dos periodistas de Brasil se interesaron en retratar nuestra tragedia, pero sí el enfoque que eligieron darle. Impresionados por las desapariciones de decenas de militantes que asimismo eran deportistas, vinieron a Buenos Aires para recoger los testimonios de familiares y amistades. Hoy, con el trabajo concluido, esperan presentarlo antes de finalizar el año en Sport TV, un canal de respetable audiencia en su país. El documental profundiza en el perfil de los atletas y las historias contenidas en el libro “Deporte, desaparecidos y dictadura”, de ediciones Al Arco, publicado en marzo de 2006. Una problemática casi inexplorada que no tiene lugar en la industria del entretenimiento deportivo.

“A partir de que el caso de Miguel salió a la luz ya no tengo un dolor terrible, sino una pena acompañada. Cada día que pasa es como si recibiera más adrenalina. Por eso les agradezco a Marco y Marcelo este trabajo que hicieron en Brasil. Y que contribuyan a que se conozca a todos estos deportistas que la dictadura hizo desaparecer por sus ideales. Esto nos da más fuerza para seguir”, cuenta Elvira Sánchez, la hermana menor del corredor tucumano desaparecido el 8 de enero de 1978, un puñado de días después de haber participado en el tradicional maratón de San Silvestre, en Brasil.

Sentado a su lado, el “Tucu” Correa, ex maratonista y actual entrenador de atletas, evoca la figura de su amigo: “Nos juntábamos a escribir en Parque Chacabuco sobre nuestra provincia. A nosotros, más que la política, nos unía la tucumaneidad. Él conocía el ingenio Bella Vista y yo el Ñuñorco y el Santa Lucía. Hablábamos de ellos y sobre nuestras experiencias personales en Tucumán, a la que vivíamos añorando. A partir de Miguel comencé a perder el miedo, ese miedo que pensé no tenía, pero que evidentemente existía”.

El arquitecto Barandiaran, ex rugbier del club La Plata, le dice a Correa: “Mi historia es parecida a la tuya, porque vos eras amigo de Miguel y yo de Otilio, Mariano, Santiago, Hernán y Pablo... (varios de los jugadores que asesinaron o hicieron desaparecer la Triple A y la dictadura)” De repente, interrumpe el comentario y se sobresalta con una idea que comparte a modo de pregunta: “¿Sabían que el 24 de marzo del año que viene se cumplen 30 años de la fuga de Claudio (por Tamburrini) de Mansión Seré?”

Y sin darles tiempo a los demás, se responde solo: “Él me dijo que quiere hacerles un homenaje a los deportistas desaparecidos. Una vez me explicó que por haber sido deportista se pudo escapar. Lo que no quiere decir que lo hayan secuestrado por ser deportista, pero sí que, por su conducta de atleta, no hay nada que pueda parecer imposible. Esa idea de que con el esfuerzo todo se consigue. Claudio jugaba al fútbol y era arquero”, recuerda sin necesidad de aclarar que se refiere al escape del ex jugador de

Almagro en vísperas del Mundial 78, llevado al cine por el director Adrián Caetano, en la película Crónica de una Fuga.

Villalobos, 50 años, reportero y profesor de periodismo en dos universidades de Porto Alegre, tiene un par de libros publicados sobre las dictaduras brasileña y uruguaya. Mientras Sánchez, Correa y Barandiaran van desgranando sus anécdotas sobre Miguel o los jóvenes de La Plata, él toma fuerza para hablar en portugués, como define con cierta modestia a su correcto castellano: “En Brasil tenemos la idea de que los deportistas son gente que no se preocupa por la situación actual, los temas políticos, la condición en que vive la gente, que son alienados. Por eso, es importante que se sepa esto. Que hubo maratonistas, jugadores de rugby o de hockey, tenistas y futbolistas que no pensaban solamente en sus deportes”.

Cuando el encuentro compartido por el brasileño y sus nuevos amigos argentinos ya dejó atrás la ronda del té y el café, Marco, como doctor en historia iberoamericana que se precia de tal, pone en contexto al documental que produjo con Outeiral: “Habla de una generación muy politizada. Y los deportistas no podían estar afuera de eso. Todos estaban en el mismo tren. Y los que para mí tenían la posición correcta, terminaron martirizados y desaparecidos”.

G.V

(Página 12, 5 de agosto de 2007)

PD: El camarógrafo Milton Cougo completó el equipo de documentalistas brasileños que realizó Atletas y dictadura. La película se presentó hasta ahora en Venezuela, Brasil y Argentina.

Director técnico de día, represor de noche

El 13 de junio de 1977, después de una misa y cuando las sombras ya se habían apoderado de Libertador General San Martín, un grupo de tareas invadió la casa de la familia Aredez. A su frente estaba Juan de la Cruz Kairuz, un policía que trabajaba como represor por las noches y de día entrenaba al Atlético Ledesma, el club que ese año conduciría en el Campeonato Nacional de la AFA. Este esbirro de la familia Blaquier, propietaria del ingenio azucarero que colaboró con la desaparición de treinta trabajadores durante la última dictadura en aquella zona del noroeste, también había sido un conocido futbolista de Primera División en Atlanta, Newell's, San Martín de Tucumán y Gimnasia de Jujuy entre 1966 y 1975.

Ricardo Aredez grabó en sus retinas aquel episodio que no sería el primero ni el último en su trágica historia familiar. Es el hijo de Olga, la madre de Plaza de Mayo que falleció el pasado 17 de marzo después de dar sola y durante años las vueltas del coraje alrededor de la plaza San Martín, allá en Ledesma. Es también el hijo del doctor Luis Aredez, ex intendente del pueblo que osó cobrarle impuestos al ingenio en 1973 y terminó desaparecido el 13 de mayo del '77 cuando salió del hospital de Fraile Pintado, una localidad vecina.

“Se cumplía el primer mes de la desaparición de mi padre y veníamos de una misa. Cuando acabábamos de llegar a casa, tocaron el timbre. Atendí yo y me tiraron la puerta para atrás. Entraron en gran cantidad militares con uniforme y ametralladoras que estaban comandados por Juan de la Cruz Kairuz, que en esa época era técnico de Atlético Ledesma. Me quedó su imagen porque a cada momento salía en reportajes en los diarios y cuando entró a punta de pistola y se llevó un montón de cosas estaba de civil. El daba las órdenes, sabía perfectamente lo que hacía y en un segundo invadieron los tres pisos de mi casa. Sólo estábamos mi mamá, mi abuela y yo, que tenía dieciséis años”, recuerda Aredez, quien trabaja hoy en la Universidad de Buenos Aires.

Del fútbol a la represión

El entrenador-represor hace tiempo que dejó de patrullar las calles de Libertador General San Martín, pero continúa en su otra actividad, el fútbol, que le daría cierta notoriedad cuando llegó desde su Tucumán natal a Buenos Aires para jugar en Atlanta. En el club de Villa Crespo, tuvo como compañero de equipo en 1966 a Carlos Timoteo Griguol, quien no lo recuerda: “La verdad, no me acuerdo de él. Como sí de Zubeldía, Artime, Alberto González y Gatti, que vino mucho después. También de Errea, de mi primo Mario... Si lo viera hoy a Kairuz, no lo conocería”, cuenta el respetado técnico que salió campeón con Central y Ferro.

En el libro “La historia de Atlanta”, cuyo autor es el cordobés Alejandro Domínguez, se lo puede observar al defensor en una fotografía en blanco y negro, formado en un equipo de 1967, el último año en que jugó para los Bohemios. Allí están de pie, Vignale, Biasutto, Lazzarini, Kairuz, Maguna y Perico Raimondo y en cuclillas Cabrera, Puntorero, Jorge Fernández, Salomone y Jorge Domínguez.

La trayectoria del lateral izquierdo nacido el 15 de marzo de 1945, dejó varias huellas en la crónica deportiva de los '60. Un comentario del diario Crónica del 4 de abril de 1967, lo describe como un “marcador con elogiada tendencia ofensiva, audaz en el ataque, tipo Díaz o Marzolini...”

Kairuz había debutado a los 15 años en su provincia, también integró una selección nacional “B” y poco antes de fichar para Atlanta, jugaría uno de los partidos más importantes de su vida deportiva: contra el Santos de Brasil, que visitó San Miguel de Tucumán en 1966. Bastante presumido a la hora de declarar, en un reportaje que le

realizó La Razón el 8 de junio del '67, recordaría un hecho que, para él, fue el más destacado de aquel amistoso: “Tuve que marcar a Pelé y al decir de todos los diarios, lo hice perfectamente, al extremo de haberlo anulado”.

Sus desempeños en el club de Villa Crespo le dieron una comentada posibilidad de ser transferido a Boca, aunque, finalmente, en enero de 1968 fue vendido a Newell's junto al volante Puntorero. Los dos pases se concretaron a cambio de 18 millones de pesos y la cesión del jugador Vizzo. Hasta 1970, Kairuz jugó en el equipo rosarino. Volvió a San Martín de Tucumán al año siguiente y luego continuó su campaña en Gimnasia de Jujuy, donde se perdieron sus últimos rastros como futbolista en 1975. Durante ese Nacional que ganó River – el segundo título consecutivo después de 18 años de sequía – el Lobo llegó al octogonal final e incluso le empató al campeón 2 a 2.

A fines de ese año, ya se gestaba el golpe militar y Kairuz bifurcaba sus ocupaciones. Como reconocería en un reportaje que le realizó el periodista Pablo Llonto para la revista El Gráfico en 2001, ingresó a las fuerzas de seguridad porque “...el Jefe de la Policía de Jujuy era hincha de fútbol y me ofreció el puesto. Se puede decir que fui lo que se dice hoy un favorecido, un ñoqui...” Un ñoqui que además reconoció en esa nota un dato clave para entender aquel episodio en que se cruzará con los Aredez la noche del 13 de junio de 1977.

“Yo vivía dentro del ingenio...” declaró.

Azúcar amargo

El menor de los Aredez – Ricardo tiene tres hermanos más, Olga, Adriana y Luis – sabe muy bien cómo funcionó el aparato represivo en Ledesma, la ciudad que toma el nombre del emporio azucarero de los Blaquier y donde nació Ariel Ortega (ver aparte). “Allá siempre hubo muchísima impunidad. Porque hay un poder feudal desde hace cien años, aunque no contaban con nuestra forma de tener memoria. La noche de los apagones y la complicidad del ingenio en llevarse a los nuestros en sus móviles, manejados por sus empleados, los denunciarnos ante el mundo entero. No tomaron en cuenta que difundiríamos la complicidad del poder económico”, sostiene quien apenas era un adolescente cuando Kairuz irrumpió en su casa.

Aredez tampoco olvida la noche del 24 de marzo del '76, cuando detuvieron a su padre por primera vez: “Yo lo vi cuando lo llevaban en una camioneta de la empresa Ledesma, manejada por un empleado de la empresa Ledesma”. También lo impactó volver a ver el rostro de ese hombre de semblante duro y de baja estatura que comandaba el grupo de tareas que invadió su casa.

“Me impresionó mucho ver esa cara. Que ya fuera un hombre mayor, gordo, en la película Diablos, Familia y Propiedad de Fernando Krichmar. La foto de él, una foto actual, aparece ahí. Hasta donde sabía, trabajó en la seguridad de la Casa de Gobierno de Salta, con el gobernador Romero”, dijo el hijo de Olga, la mujer que es un personaje destacado en aquel documental y en otro que produjo el periodista Eduardo Aliverti, Sol de Noche, y que investigó el apagón que permitió el secuestro de 400 personas en Libertador General San Martín y Calilegua.

Kairuz reconoce haber estado conchabado en la policía jujeña durante ocho años, función que desarrolló de modo paralelo al fútbol, donde continuó como director técnico hasta diciembre del año pasado. Pasó por varios clubes del noroeste – además de Atlético Ledesma – como Juventud Antoniana y Central Norte de Salta, San Martín de Tucumán y hacia fines del 2004 todavía se desempeñaba en un equipo cuyo nombre le quedaba a medida: Atlético Policial de Catamarca. Su camiseta es igual a la de Boca y por eso les dicen los xeneizes.

“Al club lo fundaron ex policías, pero ya nada tiene que ver con ellos. Además, su fútbol está gerenciado. Se encuentra ubicado en la zona sur de la ciudad, en el barrio La Tablada y lo apoya una hinchada importante. Los dirigentes no quedaron conformes con Kairuz porque el equipo ganaba como local, pero lo goleaban como visitante. Por eso, lo reemplazaron” le confió a Página/12 un periodista deportivo de El Ancastrí, un diario local.

Desde entonces, nada se sabe del represor con nombre evangélico. Juan de la Cruz, quien acaba de cumplir 60, seguramente añorará tiempos mejores. Algunas fotografías de sus años como futbolista en Primera División, permiten verlo con la camiseta de Atlanta en un Monumental de Núñez repleto o con la rojinegra de Newell's, siguiendo de cerca a Daniel Onega en el estadio del Parque Independencia.

“Yo no puedo convivir con la idea de que este tipo está libre, que goza de total impunidad, después de haber entrado a mi casa y dar órdenes a viva voz a los soldados que subieron hasta los tanques de agua. El operativo duró como una hora y me marcó muchísimo. Kairuz gritaba instrucciones precisas para hacer todo en el menor tiempo posible y así llevarse un montón de cosas, como sucedió”, evoca Aredez con la mirada triste.

Su madre falleció después de sufrir un tumor cancerígeno estimulado por la bagazosis, enfermedad que ocasiona la quema del bagazo – un desecho de la caña de azúcar - que el complejo agroindustrial de los Blaquier realiza al aire libre. Un recurso de amparo contra la empresa se tramitaba hasta marzo en la justicia jujeña, donde se pide que “cese la contaminación ambiental provocada por el ingenio Ledesma”. La causa corre ahora el riesgo de archivarse porque murió la querellante. Kairuz y otros represores como él, que cumplieron tareas en la empresa, sobrevivieron a Olga Aredez, un símbolo de la lucha por los derechos humanos. Pero no contaban con su inquebrantable lucha. Ricardo explica por qué: “Estábamos nosotros para denunciarlos”.

Gustavo Veiga

(Página 12, 17 de abril de 2005)

PD: Juan de la Cruz Kairuz continúa en libertad. Se presentó en la justicia para que lo investiguen y niega, pese a los testimonios que lo incriminan, haber integrado un grupo de tareas en Ledesma, Jujuy.

Kairuz y Siglo Bohemio

Los últimos rastros de Juan de la Cruz Kairuz se pierden en Salta. En cambio, su imagen y su voz, contenidas en la película Siglo Bohemio, tienen un destino seguro: el tacho de la basura. Mónica Nizzardo, Aníbal Garisto y Javier Orradre, los realizadores del documental sobre la historia de Atlanta, ya decidieron qué harán con el reportaje al director técnico-represor. Decidieron eliminarlo cuando se enteraron a través de Página/12 de su tenebroso pasado. Un gesto de repudio al ex futbolista que jugó en el club de Villa Crespo entre los años 1966 y 1967.

"¡Qué hijo de puta!" se dijeron los tres, después de saber que aquel marcador de punta tucumano había integrado un grupo de tareas en Ledesma, una localidad jujeña convertida en feudo de la familia Blaquier. Cuando lo entrevistaron para el filme, el 3 de junio del año pasado, no tenían idea de que Kairuz había encabezado operativos ilegales durante la dictadura. Por eso, la película se estrenó en el cine Cosmos incluyendo su reportaje que será borrado en una versión definitiva que los autores aspiran a colocar en el mercado asiático.

Nizzardo es la jefa de prensa de Atlanta. Además, trabaja como actriz de teatro, profesora de música y francés. Siglo Bohemio nació como una idea suya, que luego compartió con sus dos compañeros cineastas. Cuando se le pregunta sobre Kairuz, sin titubeos cuenta la determinación que ya tomó: "Estamos en pleno proceso de cortar la película y ninguno de los tres tuvimos que reflexionar demasiado sobre el tema. Nos dijimos: sí, ya está, este tipo no va. Es como una forma de no avalarlo. Yo no tengo ningún desaparecido cercano, pero tomé conciencia de lo que pasó y me identifiqué con el dolor de tanta gente que estuvo siempre en la búsqueda de justicia. Ojalá que esto sirva para algo".

Garisto es egresado de una escuela de cine y se especializó en guión. Hinchas fanático de Atlanta como los otros realizadores, sigue al equipo desde la popular. Unos volantes que arrojó Nizzardo en el estadio de Villa Crespo, lo pusieron al tanto del proyecto, cuando ninguno de los tres se conocían. Para él, si se difunde la historia de Kairuz, podrían "cerrársele las puertas de los clubes. Porque había hecho una carpeta que presentó en Atlanta y también en Tigre para que lo llamaran. Yo no querría en mi institución una persona así. Porque como socio que paga su cuota, no me parece justo que el dinero vaya a parar al sueldo de un represor".

Siglo Bohemio se estrenó el 30 de septiembre del año pasado y las cinco funciones que duró en cartelera, fueron seguidas por muchos hinchas. Las imágenes que se ven de Kairuz, se lograron gracias al dato que aportó un

dirigente. "El tesorero me comentó que un ex jugador de Atlanta estaba dirigiendo a Tigre. Chequeamos quién era con Edgardo Imas, el historiador del club, y salimos a buscarlo. Como no queríamos hacerle el reportaje en el club donde trabajaba, conseguimos el teléfono de una casa de aberturas en la que estaba empleado, la empresa de un familiar suyo", recuerda Nizzardo.

"Nos pareció un hombre muy educado, tranquilo, que habla con ese tono pausado de la gente del interior. Y bueno, le hicimos la entrevista, y nos dijo que había sido el jugador más caro de todos los que vendió Atlanta en su historia. Me acuerdo que tenía una carpeta con la historia de su transferencia y de sus trabajos como director técnico", agrega Garisto. En efecto, Kairuz fue vendido a Newell's en enero de 1968, junto al volante Puntorero. En esa época, la institución era presidida por el legendario León Kolbowsky, a quien el ex jugador se refiere en la película.

Para los autores, la idea de cortar esas imágenes del represor, recibió una buena acogida en el club. "Yo les envíe un mail a varios dirigentes. Y para todos fue una sorpresa saber que Kairuz participó en la represión ilegal. Tomaron el caso con extrañeza y de todos hubo un repudio unánime. No hubo una persona que me haya preguntado: ¿por qué lo vas a sacar de la película?, después de haber comentado nuestra decisión. La tomaron como algo lógico", comenta Nizzardo, hincha de Atlanta por tercera generación.

Garisto coincide con ella. "Hay que darles la espalda a estos personajes que se hicieron fuertes entre 1976 y 1983. A Kairuz lo tenemos que sacar de la película, como cuando uno va a comer a un lugar público, hay un represor y se va. Pensamos que Atlanta hará lo mismo y no le va a dar cabida si alguna vez se le ocurre volver".

G.V.

(Página 12, 12 de junio de 2005)

Al servicio de la dictadura

Su historia tiene una semejanza notable con la de Isidoro Gómez, el personaje que interpreta en *El Secreto de sus ojos* el actor español Javier Godino; un represor de la última dictadura que se mimetiza entre la multitud en un estadio de fútbol (el de Huracán, aunque es hincha de Racing). Edgardo “Gato” Andrada no salió de una película, aunque su vida pueda parecer cinematográfica. Pelé lo arrastró a la fama del fútbol mundial cuando el 19 de noviembre de 1969 le marcó el gol número mil de su exitosa carrera. Antes había atajado en Rosario Central, cuando le convirtieron aquel tanto emblemático de penal lo hacía en Vasco da Gama de Brasil y después sería el arquero de Colón, hasta su retiro en Renato Cesarini. En el verano de 2008, un integrante de la patota que secuestraba gente en la provincia de Santa Fe, Eduardo “El Tucu” Constanzo, denunció su costado no difundido en la represión militar. La divulgación más reciente de la lista del Personal Civil de Inteligencia (PCI) que cumplió esa tarea entre 1976 y 1983 transformó la sospecha en certeza. El arquero figura en ella.

En el 34° aniversario del golpe, militantes de la Unidad Antirrepresiva por los Derechos Humanos (UADH) lo escracharon en su domicilio del sur de Rosario. A los 71 años, Andrada trabaja como coordinador en las divisiones inferiores del club donde debutó en Primera. “Yo no tengo nada que ver con lo que se me está acusando. Este señor Constanzo desvaría, habla sin saber y no sé por qué me involucró en todo esto. Participé en el Ejército pero no es pecado formar parte de esa fuerza”, esgrimió en su defensa cuando lo entrevistó el periodista Gustavo Yaroch el 14 de febrero de 2008. El represor que lo delató lo había acusado de participar en un hecho preciso: el secuestro, desaparición y muerte de los militantes montoneros Osvaldo Cambiaso y Eduardo Pereyra Rossi, el 14 de mayo de 1983. El episodio más resonante de esas características ocurrido durante los últimos meses de la dictadura. Andrada negó todo, pero sólo robusteció las versiones que lo involucraban en la represión ilegal.

El arquero que supo gozar de un casi unánime reconocimiento futbolero y de quien todavía hoy se ofrecen posters en Mercado Libre sacados de alguna vieja revista *El Gráfico*, se desempeña en el semillero de Rosario Central. Quienes le siguen los pasos - ya no como técnico y sí como represor -, señalan que no puede formar jóvenes que juegan en los torneos de la Asociación Rosarina de Fútbol desde su cargo de coordinador del fútbol amateur. Horacio Usandizaga, el visceral presidente del club, no piensa lo mismo. Cuando el periodista de *Notiexpress*, Alejo Diz, le preguntó por Andrada, dijo amparándose en elementales nociones del derecho: “Es empleado del club. Vi las denuncias que tiene. Pero a él le asiste el principio de inocencia. No puedo hacer otra cosa”.

Para los jóvenes de la UADH, el ex número uno que defendió el arco de Central en 184 partidos, no es una gloria del fútbol. Los afiches que repartieron en las inmediaciones de su casa de la calle Rui Barbosa, al sur de Rosario, señalan: “Edgardo “Gato” Andrada, ex arquero de Colón de Santa Fe, Rosario Central y Vasco da Gama (Brasil). Hoy es coordinador de las divisiones inferiores de Rosario Central, es decir que está a cargo de chicos que practican fútbol en el club. Pero además: personal civil de Inteligencia del Ejército (PCI) durante la dictadura militar, figura en el listado oficial publicado hace poco más de un mes. Imputado, junto a Patti (Luis Abelardo) por el secuestro y asesinato de Osvaldo Cambiaso y Eduardo Pereyra Rossi en Tribunales de San Nicolás. Estuvo presente espionando en el escrache que el 24 de octubre de 2000 realizamos a Walter Pagano (hoy preso y a punto de ser condenado por genocida). Se nos escapó cuando fue reconocido”.

La calva reluciente de Andrada no cambió desde la época en que atajaba a mediados de los años 60. A diferencia de las fotografías en que se lo ve saliendo a detener un centro con seguridad o posando en una formación de Central, ahora su cara aparece en primer plano, recortada y pegada sobre la corteza de los árboles o las columnas de alumbrado del barrio donde vive. En un comunicado que la UADH dio a conocer el miércoles pasado, sus integrantes describieron que “la mujer de Andrada tuvo la insolencia propia de los que disfrutaban de impunidad al pretender recriminarnos, pero rápidamente cayó en la reivindicación de la dictadura y del criminal con el que cohabita admitiendo que el mismo era un ‘asesino de asesinos’ mientras aplaudía...”

El rumor de que el futbolista perteneció a los servicios de Inteligencia de la dictadura se conocía en Rosario desde hacía años. En la agrupación H.I.J.O.S lo sabían y una denuncia anónima presentada en 1997 ante un juzgado bonaerense de San Martín, estimulaba esa presunción. Viejos compañeros de equipo de Andrada, como Aldo Pedro Poy y Otto Sesana, se sorprendieron al escuchar la versión de que aquel arquero que les cubría las espaldas en cada partido, fuera el encargado de recolectar información para el Ejército. Algunos le habían perdido el rastro cuando se fue a Brasil, la mayoría siguió su trayectoria hasta que colgó los botines a los 43 años en Renato Cesarini y unos pocos supieron de él por los diarios cuando se conchabó como asesor deportivo en la Legislatura provincial, durante la gobernación de José María Vernet.

La lista de agentes civiles de las fuerzas armadas que el gobierno nacional permitió conocer por el decreto 4/2010 incluye al ex arquero de Central en medio de una extensa nómina donde también aparecen funcionarios, comerciantes, empleados de la Justicia, periodistas y militantes infiltrados en partidos políticos, entre otros. La nómina está siendo investigada por el juez federal Ariel Lijo y puede transformarse en un indicio más para conocer mejor los delitos imprescriptibles que se le atribuyen a Andrada.

G.V

(Página 12, 28 de marzo de 2010)

PD: El ex arquero de Rosario Central ya era un hombre de armas llevar en la década del 60. Un pequeño artículo publicado el 12 de junio de 1963 en la revista El Gráfico, se titula: “Andrada y su revólver”. Lo sacó cuando un grupo de hinchas lo intimidaron.

Dos árbitros en offside

Se llaman José Francisco Bujedo y Ángel Narciso Racedo, fueron árbitros de fútbol en los años 70, pero la historia los recordará más como represores de la dictadura. Dirigían partidos en la Liga Marplatense; Bujedo como juez principal y Racedo como su asistente. En cambio, cuando salían a realizar operativos clandestinos desde la base naval (ambos pertenecían a los servicios de inteligencia de la marina), se invertían los roles: Racedo era el jefe bajo el alias de Comisario Pepe y Bujedo su subordinado. El primero se encuentra detenido en el penal de Batán con prisión preventiva en las causas 4446 y 4447 por delitos de lesa humanidad que investiga el Juzgado Federal 3 de Mar del Plata. Su camarada y compañero de terna arbitral se mantiene en libertad, aunque familiares de desaparecidos ya le elevaron al juez Rodolfo Pradas un pedido de detención.

Sus casos revelan la doble vida que llevaban estos militares en la costa bonaerense. Ejercían una actividad de superficie como el fútbol -en la que incluso Bujedo llegó a ser considerado el mejor de la Liga en su época, entre fines de los 60 y comienzos de los 70-, y en paralelo se dedicaban a cazar personas en una ciudad donde hubo 290 desaparecidos entre 1976 y 1978. Juan Carlos Morales, el respetado periodista deportivo que nació y trabajaba en Mar del Plata en esa etapa, recuerda al árbitro de la fotografía que ilustra esta nota ingresando al campo de juego con una pelota: “Tenía un nivel destacado, un gran estado atlético y era considerado el mejor”.

Otro periodista deportivo marplatense, José Luis Ponsico, describió el 23 de abril de 2001 en el Juicio por la Verdad cómo el secuestro de su colega Amílcar González lo llevó hasta la dupla arbitral. Declaró que un sindicalista de apellido Bellini le había contado que dos referís se reunían en la sede del gremio UTEDyC y que pertenecían a “los servicios de inteligencia de la Marina”. En aquel juicio desarrollado en Mar del Plata se describe que Ponsico, cuando intentaba averiguar el paradero de González, se entrevistó con Bujedo y Racedo. Al primero lo conocía por su labor como cronista deportivo. Del segundo tenía las referencias de Bellini: “Ojo, que en esta situación el jefe es Racedo y Bujedo es el segundo. ¿Sabés como lo llaman acá? (...) Lo llaman el comisario Pepe”.

El referí tiene ahora 73 años y su juez de línea 68. El primero vive en Mar del Plata y su compañero residía en Punta Alta hasta que fue detenido el 26 de agosto. Bujedo estuvo vinculado en 2007 al Ente Municipal de Deportes y Recreación (EMDER) de General Pueyrredón y preside la sociedad de fomento marplatense San Carlos, mientras que Racedo vendía souvenirs en un local de la principal galería de aquella ciudad cercana a Bahía Blanca, donde también incursionó en otra curiosa actividad. La revista Dazebao de Punta Alta, en un artículo publicado el 18 de octubre de 2008, explicó de qué se trataba:

“Intentó mantener un perfil bajo, aunque durante los '90 tuvo una cierta exposición pública al obtener por tres años la concesión de los carnavales de la ciudad de Punta Alta. Cuando tuvo que contratar personal para cobrar las entradas de “los corsos” dejó en evidencia sus contactos: el primer año fueron los scouts navales; el segundo los infantes de la Escuela de Infantería de Marina que estaban de franco; al tercero lo mismo pero con los policías de la base”.

Bujedo y Racedo son muy distintos físicamente. El árbitro hoy debe ser un hombre calvo y de baja estatura, a juzgar por las fotos en que vestía de negro y de pantalones cortos y que ya lo mostraban con una pelada inocultable. Su ladero en las canchas y en las mazmorras de Mar del Plata, según surge de las denuncias presentadas en la Justicia Federal, mide 1,80, tiene ojos verdes y el pelo rubio. La misma imagen que tomó el

diario La Capital de Mar del Plata en que se ve a ambos junto a un tercer árbitro, le permitió al abogado César Sivo, quien patrocina a varios familiares de desaparecidos, identificarlo. “Es Racedo, el de pelo ondeado” le dijo a este diario sin dudar.

El hombre que vivía en Punta Alta sin ser molestado, siguió su carrera arbitral en la llamada Liga del Sur. Se explica por una sencilla razón: los marinos de guerra son mayoría en esa ciudad que posee la mejor calidad de vida del país (según un ranking reciente elaborado por un grupo de investigadores del Conicet). El 70 por ciento de su población de unos 60 mil habitantes depende directa o indirectamente de la base de Puerto Belgrano. En el legajo número 304.062 del marino Racedo, consta un pedido de autorización de marzo del 80 a su jefe naval para que pueda desempeñarse en aquella Liga, que reúne a clubes de Bahía Blanca y de localidades vecinas.

Lo firma el teniente de navío Enrique de León: “...desde hace varios años, siendo representante del consejo federal argentino y contando con la correspondiente autorización de la dirección del personal para desempeñarse como árbitro de la asociación marplatense...” El sello que acompaña el texto dice “Contra Inteligencia Operaciones Base Naval I.M Baterías” y está contenido en la investigación que llevó adelante la Secretaría de Derechos Humanos bonaerense.

En la Asociación Bahiense de Árbitros (ABA) que Racedo condujo en la década del 80, incluso cuando todavía se mantenía en actividad, se sorprendieron con la noticia de su arresto. “Fue un balde de agua fría”, graficó un joven referí que atendió el teléfono de la sede gremial el jueves 6 por la noche. En la ABA se dan cursos de arbitraje como el que desarrolló el instructor Juan Carlos Crespi, un conocido ex juez internacional de la AFA. Su actual presidente se llama Marcelo Sánchez. Y Alberto Martínez, el afiliado más antiguo del sindicato, conduce la Escuela arbitral. Es la persona que – cuentan en el gremio – conoce mejor que nadie la trayectoria deportiva de Racedo.

Apenas lo detuvo la gendarmería a fines de agosto, el represor se presentó así: “No tengo nada que ver. En los 70 yo era árbitro de fútbol”. La coartada es más cínica que inverosímil y no lo salvó de quedar involucrado en la causa del Circuito Represivo Base Naval Mar del Plata. Durante los años en que Racedo operaba en la ciudad balnearia, también desaparecía gente en Punta Alta. Héctor González, ex secretario de Gobierno local durante la gestión del intendente peronista Jorge Izarra (1995-2003), sobrevivió para contarlo.

Estuvo detenido cinco años entre 1976 y 1981, tiene muy presente al marino y recuerda que “ya en democracia, continuaba siendo árbitro”. A su salida de la cárcel, y de regreso en su pago chico, los mismos que lo habían secuestrado a cara descubierta le dijeron con sorna: “González, sin rencores, ¿no?”. Él mismo se responde aquella frase con otra: “Hacíamos política en el riñón del enemigo”. Su definición es todo un símbolo, como que el conocido represor Ricardo Miguel Cavallo, alias SÉRPICO, nació en Punta Alta. Muchos como él hacían operativos en sus calles cuando Racedo y Bujedo combinaban sus entrenamientos como árbitros con los secuestros, desapariciones y tormentos en Mar del Plata.

El primero apeló la prisión preventiva aunque continúa en la Unidad 44 de Batán. Volvió a estar cerca de su compañero de arbitraje, como cuando en la dictadura dirigían partidos en el estadio General San Martín, que bien podían ser los clásicos entre Aldosivi y Alvarado o Kimberley y San Lorenzo de Mar del Plata, uno de los cuales todavía es recordado por el polémico desempeño de Bujedo.

Los memoriosos del fútbol cuentan que, en la principal ciudad balnearia del país, siempre se habló de un grupo de represores que recaudaba unos pesos más poniéndose los pantalones cortos para hacer sonar el silbato o levantar el banderín en una posición adelantada. Racedo y Bujedo son sus más conocidos exponentes. Ahora, treinta y dos

años después, los acusan de delitos de lesa humanidad junto a otros oficiales superiores.
Un juicio espera por ellos.

G.V

(Página 12, 9 de noviembre de 2008)

Nómina de deportistas desaparecidos (1)

- 1) Adriana Acosta (hockey sobre césped)
- 2) Alicia Alfonsín (básquetbol)
- 3) Julio *Choclo* Alvarez (rugby)
- 4) Rodolfo Jorge Axat (rugby)
- 5) Pablo Balut (rugby)
- 6) Marcelo *Beto* Bettini (rugby)
- 7) Gustavo Ramón Bruzzone (ajedrez)
- 8) Luis Ciancio (fútbol) (2)
- 9) *Negro* Cordero (rugby)
- 10) Ricardo Dakuyaku (rugby)
- 11) Pablo Del Rivero (rugby)
- 12) Daniel *Guliver* Eliçabe (rugby)
- 13) Deryck Gillie (yachting)
- 14) Hugo *Pinino* Lavallo (rugby)
- 15) Ricardo Omar Lois (rugby)
- 16) Mario Mercader (rugby)
- 17) Mariano Montequín (rugby)
- 18) Jorge Moura (rugby)
- 19) Luis *Luti* Munitis (rugby)
- 20) Eduardo *Manopla* Navajas (rugby)
- 21) Gustavo *Papilo* Olmedo (fútbol) (3)
- 22) Otilio Pascua (rugby)
- 23) Juan Carlos Perchante (rugby)
- 24) Ricardo Posse (rugby)
- 25) Alfredo Reboredo (rugby)
- 26) Eduardo el *Gallego* Requena (fútbol)
- 27) Carlos Alberto Rivada (fútbol)
- 28) **Hernán Roca (rugby)** (4)
- 29) **Miguel Sánchez (atletismo)**
- 30) Santiago Sánchez Viamonte (rugby)
- 31) Daniel Schapira (tenis)
- 32) Enrique *Shortorn* Sierra (rugby)
- 33) Sergio Fernando Tula (gimnasia artística)
- 34) Abel Vigo (rugby)
- 35) Carlos *Willy* Williams (rugby)

A esta lista que salió en la segunda edición del libro en agosto de 2010 hay que sumar a:

- 36) **Antonio Enrique Piovosio (fútbol)**
- 37) Gregorio “Guyó” Sember (natación). También profesor de educación física.
- 38) Facundo Urteaga (ajedrez)
- 39) Silvina Parodi (natación)

- (1) La lista se reproduce a partir de testimonios de familiares, amigos y compañeros de equipo. Todos estaban federados y la mayoría compitió en el nivel superior de su respectivo deporte. Es muy posible que esta nómina tenga alguna omisión involuntaria.
- (2) Sus restos fueron identificados 33 años después por el equipo de Antropología Forense y descansan en el cementerio parque de Berisso desde el 11/9/09.
- (3) Sus restos fueron identificados por el equipo de Antropología Forense y descansan en el cementerio de Los Sarmientos, La Rioja, desde el 23/10/03. Una calle del pueblo lleva su nombre.
- (4) Hernán Roca fue asesinado por la Triple A en abril de 1975. Sus compañeros hicieron un minuto de silencio por él en un partido contra Champagnat.

GUSTAVO VEIGA

